

COLECCION UNIVERSAL

— N.º 381 y 382 —

H. DE BALZAC

Un asunto tenebroso

NOVELA

TOMO II Y ULTIMO



Precio: Una peseta

MADRID, 1921

COLECCION UNIVERSAL

H. de Balzac

UN ASUNTO TENEBROSO

TOMO II Y ULTIMO

MCMXXI

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1921.

R 0 2 3 2 4

COLECCION UNIVERSAL

H. DE BALZAC

Un asunto tenebroso

NOVELA

TOMO II Y ULTIMO

La traducción del francés ha
sido hecha por Juan Guixé



MADRID, 1921

UN ASUNTO TENEBROSO

SEGUNDA PARTE

EL DESQUITE DE CORENTIN

I

Amor doble y único.

Esperando que la granja destinada a Michú fuera construída, el falso Judas se alojaba en el piso encima de las cuadras, junto al famoso portillo. Michú se procuró dos caballos: uno para él y otro para su hijo, pues los dos se unieron a Gothard para acompañar a la señorita de Cinq-Cygne en todos sus paseos, cuya finalidad era, como puede suponerse, llevar alimentos a los cuatro gentileshombres y velar porque no les faltase nada. Francisco y Gothard, ayudados por Couraut y por los perros de la condesa, exploraban los alrededores del escondrijo y aseguraban que no hubiera nadie cerca de allí. Lorenza y Michú

eran portadores de los víveres que Marta, su madre y Catalina ocultaban para conservar el secreto, pues ninguno de ellos ponía en duda que había espías en la aldea. También, por prudencia, esta expedición no tenía lugar más que dos veces por semana y siempre a horas diferentes, tan pronto de día como de noche. Esas precauciones duraron tanto como el proceso Rivière, Poulignac y Moreau. Cuando el *senatus consultum*, que elevó al Imperio a la familia Bonaparte y nombró emperador a Napoleón, fué sometido a la aceptación del pueblo francés, el señor de Hautesserre firmó el registro que le presentó Goulard. Por fin se supo que el Papa vendría a coronar a Napoleón. La señorita de Cinq-Cygne no se opuso ya a que se elevara una solicitud pidiendo que los dos Hautesserre y sus primos fueran borrados de la lista de emigrados y recuperasen sus derechos de ciudadanos. El bueno de Hautesserre corrió en seguida a París y fué a ver al noble marqués de Chargeboeuf, que conocía al señor de Talleyrand.

El ministro gozaba entonces del favor del emperador, e hizo llegar el escrito a Josefina, y Josefina lo remitió a su marido, a quien llamaban ya emperador, majestad, señor, antes de conocer el resultado del escrutinio popular. Los señores de Chargeboeuf, de Hautesserre y el abate Goujet fueron también a París, obtuvieron una audiencia de Talleyrand, y el ministro les prometió

su apoyo. Napoleón había indultado ya a los principales actores de la gran conspiración realista dirigida contra él; pero aunque los cuatro gentileshombres no eran más que sospechosos, al salir de una sesión del Consejo de Estado, el emperador llamó a su gabinete al senador Malin, Fouché, Talleyrand, Cambacérès, Lebrun y Dubois, prefecto de policía.

—Señores—dijo el futuro emperador, que conservaba aún su traje de Primer Cónsul—, hemos recibido una solicitud de los señores de Simeuse y de Hauteserre, oficiales del ejército del príncipe de Condé, para que se les autorice a volver a Francia.

—En ella están—dijo Fouché.

—Como otros mil que yo he encontrado en París—respondió Talleyrand.

—Yo creo—respondió Malin—, que usted no ha visto a éstos, pues están escondidos en la selva de Nodésme, creyéndose en su casa.

Guardó muy bien de contar al Primer Cónsul y a Fouché las palabras a las cuales debía la vida; pero, apoyándose en los informes dados por Co-rentin, convenció al Consejo de la participación de los cuatro gentileshombres en el complot de Rivière y de Polignac, señalando a Michú como cómplice de ellos. El prefecto de policía confirmó los asertos del senador.

—¿Cómo ha podido saber el administrador que la conspiración había sido descubierta, cuando el Emperador, su Consejo y yo, éramos las solas per-

sonas que conocíamos el secreto?—preguntó el prefecto de policía.

Nadie prestó atención a las observaciones de Dubois.

—Si están ocultos en el bosque y usted lleva siete meses sin encontrarlos—dijo el Emperador a Fouché—han expiado bien sus faltas.

—Basta—dijo Malin, asustado de la perspicacia del prefecto de policía—que sean mis enemigos para que yo imite la conducta de vuestra majestad; pido, pues, su perdón y me constituyo en abogado suyo.

—Serán menos peligrosos para usted reintegrados a la patria que emigrados, pues de este modo prestarán juramento a la Constitución del Imperio y a las leyes—dijo Fouché mirando fijamente a Malin.

—¿Por qué son una amenaza para el señor senador?—dijo Napoleón.

Talleyrand cuchicheó un rato con el Emperador. El perdón y la reintegración de los señores de Simeuse y de Hautesserre pareció desde aquel momento cosa acordada.

—Señor—dijo Fouché—, todavía puede vuestra majestad oír hablar de ellos a Talleyrand, a requerimientos del duque de Grandlieu, que acababa de dar su palabra y su fe de gentilhomme, cosa que ejercía gran seducción sobre Napoleón, en nombre de aquellos señores, de que no intentarían nada contra el Emperador y de que se someterían sin reservas.

—Los señores de Hauteserre y de Simeuse no quieren hacer ya armas contra Francia después de los últimos acontecimientos. Tienen poca simpatía por el Gobierno imperial, y son de esas gentes que vuestra majestad debe conquistar; se contentarán con vivir en suelo francés, obedeciendo a las leyes—dijo el ministro.

Después puso ante la vista del Emperador una carta, que acababa de recibir, que expresaba esos sentimientos.

—Quien es tan franco debe ser sincero—dijo el Emperador mirando a Lebrun y a Cambacérès—. ¿Tienen ustedes que hacer todavía alguna objeción?—preguntó a Fouché.

—En interés de vuestra majestad—respondió el futuro ministro de la policía general—pido que se me encargue de transmitir a esos señores su perdón *cuando éste sea definitivamente acordado*—dijo en voz alta.

—Sea—dijo Napoleón, observando la preocupación que se traslucía en el semblante de Fouché.

El consejo fué levantado sin que, al parecer, el asunto estuviera terminado. Pero, en cambio, tuvo por resultado suscitar en la memoria de Napoleón una nota dudosa acerca de los cuatro gentileshombres. El señor de Hauteserre, creyendo en el éxito, había escrito una carta anunciando la feliz noticia. Los habitantes de Cinq-Cygne no se extrañaron al ver, unos días después, a Goulard que vino a decir a la señora de Hauteserre y a Lorenza que llamasen a los cuatro gentileshom-

bres a Troyes, donde el prefecto les remitiría el fallo que les devolvía la posesión de todos sus derechos después de su juramento prestando adhesión a las leyes del Imperio. Lorenza respondió al alcalde que ella haría que advirtiesen a sus primos y a los señores de Hauteserre.

—¿No están, pues, aquí?—dijo Goulard.

La señora de Hauteserre miró con ansiedad a la joven, que salió, dejando al alcalde para ir a consultar con Michú. Michú no vió ningún inconveniente en libertar inmediatamente a los emigrados. Lorenza, Michú, su hijo y Gothard partieron a caballo para la selva, llevando un caballo más que de costumbre, pues la condesa debía acompañar a los gentileshombres a Troyes y volver con ellos. Todos los que supieron la noticia se agruparon en el césped para ver partir la alegre cabalgata. Los cuatro jóvenes salieron de su escondrijo, montaron a caballo, sin ser vistos por nadie, y tomaron la carretera de Troyes, acompañados de la señorita de Cinq-Cygne. Michú, ayudado por su hijo y Gothard, cerró la entrada de la cueva, y los tres volvieron a pie. En el camino, Michú se acordó de que había olvidado los cubiertos y el cubilete de plata de sus amos, y volvió solo a la cueva. Al llegar al borde de la charca oyó voces en la cueva y se dirigió, atravesando la maleza.

—¿Sin duda viene usted a buscar la plata?—le dijo Peyrade sonriendo, y sacando su gran nariz encarnada entre el follaje.

Sin saber por qué, pues sus señores estaban ya

en salvo, Michú sintió un escalofrío hasta el tucano; tan viva fué en él esa especie de aprensión vaga, indefinible, producida por la desgracia próxima. Sin embargo, avanzó y encontró a Corentin en la escalera, llevando una vela en la mano.

—No somos malos—dijo a Michú—; hubiéramos podido coger a sus ex nobles hace una semana; pero sabíamos que estaban indultados... ¡Es usted un valiente! ¡Nos ha dado usted demasiado que hacer para que dejásemos de satisfacer nuestra curiosidad!

—Daría cualquier cosa—exclamó Michú—por saber quién nos ha traicionado...

—Si le intriga a usted mucho, amigo mío—dijo sonriendo Peyrade—, mire las huellas de sus caballos y verá que ustedes mismos se han traicionado.

—Sin rencor—dijo Corentin, haciendo seña al capitán de gendarmes de que acercara los caballos.

—¡El miserable obrero parisiense que tanta habilidad tenía para herrar caballos a la inglesa, que se ha ido de Cinq-Cygne, era de los suyos!—exclamó Michú—; le ha bastado mandar reconocer el terreno y seguir el paso de nuestros caballos herrados con ramplones y hacernos seguir por alguno de los suyos disfrazado de leñador o de cazador furtivo. Estamos pagados.

Michú se consoló pronto pensando que el descubrimiento del escondrijo no encerraba ya peligro, puesto que los gentileshombres recobraban

su personalidad de súbditos franceses y su libertad. Sin embargo, tenía razón en sus presentimientos. La policía y los jesuitas tienen la virtud de no abandonar jamás ni a sus amigos ni a sus enemigos.

El bueno de Hauteserre volvió de París, y le causó bastante sorpresa ver que no había sido el primero en dar la noticia de la liberación de los gentileshombres. Durieu preparó una de sus más succulentas comidas. Todos se vistieron de fiesta; los proscriptos eran esperados con impaciencia. Cerca de las cuatro llegaron, alegres y humillados a la vez, pues durante dos años debían estar bajo la vigilancia de la alta policía y obligados a presentarse todos los meses a la Prefectura y vivir esos dos años en Cinq-Cygne.

—Les mandaré el registro para que lo firmen—les había dicho el prefecto—. Después, pasados unos meses, pedirán ustedes la supresión de esas condiciones impuestas a todos los cómplices de Pichegrú. Yo apoyaré la demanda.

Estas restricciones, bastantes merecidas, entristecieron un poco a los jóvenes. Lorenza reía.

—El Emperador de los franceses—dijo ella—es un hombre bastante mal educado. Y no se ha acostumbrado todavía a perdonar.

Los gentileshombres encontraron en la reja a todos los habitantes del castillo, y en el camino, a una buena parte de los de la aldea, que habían ido allí para ver a los jóvenes, famosos en la provincia por sus aventuras. La señora de Haute-

serre abrazó largamente a sus hijos; tenía el semblante bañado en lágrimas; no podía articular palabra, y permaneció callada durante una buena parte de la velada, porque era feliz. Cuando los hijos gemelos de Simeuse se mostraron y descendieron del caballo, hubo un grito general de sorpresa, causado por su asombrosa semejanza: la misma mirada, la misma voz, las mismas facciones. El uno y el otro tuvieron el mismo gesto de jinetes y la misma actitud al pasar la pierna por encima de la grupa del caballo para apearse, y un movimiento idéntico al soltar las riendas. Su manera de vestir, absolutamente igual, contribuía más aún a que se les tomara por verdaderos *menecmos*. Llevaban botas a la Suworow, confeccionadas para resistir los más duros golpes, pantalones ajustados de piel blanca, chaqueta de caza, verde, y botones de metal; corbata negra y guantes de ante.

Los dos jóvenes tenían entonces treinta años, y, según una expresión muy usada entonces, eran unos caballeros encantadores. De estatura media, talle esbelto y bien plantados, tenían los ojos vivos, abundantes y largas pestañas, como las de los niños; cabellos negros, hermosa frente y la tez de una blancura olivácea. Su modo de hablar, dulce como el de las mujeres, fluía graciosamente de sus hermosos labios rojos. Sus modales, más elegantes y más finos que los acostumbrados en los gentileshombres provincianos, denotaban que el trato de los hombres y el conocimiento de las

cosas les habían dado una segunda educación, más perfecta todavía que la primera, que los hacía hombres completos. Gracias a Michú no les faltó dinero durante el tiempo de su emigración, y pudieron viajar y ser bien acogidos en las cortes extranjeras. El viejo gentilhombre y el abate los encontraron un poco altivos; pero en su situación tal vez esto era efecto de un noble carácter. Poseían los pequeños refinamientos de una educación esmerada, y desplegaban una destreza superior en los ejercicios físicos. La sola semejanza que podía diferenciarlos estaba en las ideas. El menor seducía por su alegría de carácter, y el mayor, por su melancolía; pero este contraste, puramente moral, no podía percibirse sino después de una larga intimidad.

—¡Ah, hija mía!—dijo Michú al oído de Marta—. ¿Cómo no querer a esos dos muchachos?

Marta, que admiraba como mujer y como madre a los dos gemelos, hizo una graciosa seña con la cabeza a su marido, estrechándole la mano. A los del castillo se les permitió abrazar a sus nuevos amos.

Durante los siete meses de reclusión a que los cuatro jóvenes se habían condenado, cometieron varias veces la imprudencia, tan necesaria, de dar algunos paseos, vigilados por Michú, su hijo y Gothard. Durante esos paseos, iluminados por hermosas noches de Luna, Lorenza, uniendo el presente al pasado de su vida común, había sentido la imposibilidad de escoger entre los dos hermanos.

Un amor igual y puro por los dos gemelos dividía su corazón. Creía tener dos corazones. Por su parte, los dos Pablos no habían osado hablar de su inminente rivalidad. ¿Tal vez se habían encomendado los tres al azar? La situación de espíritu en que se encontraban influía sin duda sobre Lorenza; pues, pasado un momento de vacilación, dió el brazo a los dos hermanos para entrar en el salón, seguida del señor y de la señora de Hauteserre, que iban al lado de sus hijos preguntándoles mil cosas. En aquel instante todos los presentes gritaron:

“¡Vivan los de Cinq-Cygne y los de Simeuse!”

Lorenza se volvió, siempre entre los dos hermanos, e hizo un lindo gesto, dando las gracias.

Cuando estas nueve personas llegaron a observarse, pues en toda reunión, aun en el seno de la familia, viene siempre un momento en que, después de largas ausencias, los individuos se observan, a la primera mirada que Adriano de Hauteserre lanzó a Lorenza, y que fué sorprendida por su madre y por el abate Goujet, les pareció a éstos que el joven amaba a la condesa. Adriano, el menor de los Hauteserre, poseía un alma tierna y dulce; su corazón continuaba siendo adolescente, a pesar de las catástrofes que acababa de experimentar el hombre. Parecido en esto a muchos militares a quienes la frecuencia del peligro deja el alma virgen, se sentía oprimido por las hermosas timideces de la juventud. En esto se diferenciaba enteramente de su hermano, hom-

bre de aspecto brutal, gran cazador, militar intrépido, lleno de resolución, pero materialista, sin agilidad de inteligencia y sin delicadeza para las cosas del corazón. El uno era todo alma; el otro, todo acción; sin embargo, el uno y el otro poseían la misma idea del honor necesaria a la vida de los gentileshombres. Moreno, pequeño, delgado y seco, Adriano de Hautesserre tenía, no obstante, una gran apariencia de fuerza; mientras que su hermano, de estatura alta, pálido y rubio, parecía débil. Adriano, de un temperamento nervioso, era fuerte de alma; Roberto, aunque linfático, se complacía en mostrar su fuerza, puramente corporal. Las familias ofrecen estas rarezas, cuyas causas sería muy interesante estudiar, pero aquí sólo puede explicarse cómo Adriano no podía tener un rival en su hermano.

Roberto profesaba a Lorenza el afecto de un pariente, y el respeto propio de un noble por una joven de su casta. En cuanto a los sentimientos, el mayor de los Hautesserre pertenecía a esa clase de hombres que consideran a la mujer como dependiente del hombre, limitando a lo físico el derecho de maternidad, exigiéndole muchas perfecciones y sin tomarla en consideración ni hacer caso de ella. Según ellos, admitir a la mujer en sociedad, en política, en la familia, es una subversión social. Estamos hoy tan lejos de esta opinión de los pueblos primitivos, que casi todas las mujeres, aun aquellas que no quieren la libertad funesta pregonada por las nuevas sectas, tienen

razón para ofenderse por semejante opinión; pero Roberto de Hautesserre tenía la desgracia de pensar así. Roberto era un hombre de la Edad Media, y su hermano menor un hombre de su tiempo. Esas diferencias, en lugar de estorbar el afecto entre los dos hermanos, lo habían, por el contrario, estrechado. Desde la primera velada, esos matices fueron apercibidos y juzgados por el cura, por la señorita Goujet y la señora de Hautesserre, quienes, mientras jugaban al *boston*, columbraban ya las dificultades de lo porvenir.

A los veintitrés años, después de las reflexiones de la soledad y de las angustias de una gran empresa fracasada, Lorenza, sintiéndose otra vez mujer, experimentó una inmensa necesidad de afecto, desplegó todas las gracias de su espíritu, y era seductora. Con la ingenuidad de una niña de quince años reveló los hechizos de su ternura. Durante los tres últimos años, Lorenza no había sido mujer sino por el sufrimiento, y quería resarcirse de los dolores pasados mostrándose tan amorosa y coqueta como grande y fuerte había sido hasta allí. Por esto, los cuatro ancianos, que fueron los últimos en abandonar el salón, estaban bastante inquietos por la nueva actitud de la encantadora condesita. ¿Qué fuerza no tendría la pasión en una persona joven de este carácter y de esta nobleza? Los dos jóvenes amaban a la misma mujer con una ciega ternura. ¿A cuál de los dos Lorenza escogería? ¿Escoger al uno, no sería matar al otro? Condesa por origen, apor-

taba a su marido un título, dos preclaros privilegios y una vasta ilustración; tal vez pensando en esos bienes, el marqués de Simeuse se sacrificaría para que su hermano se casara con Lorenza, el cual, según las reglas antiguas, era pobre y carecía de título. ¿Pero el hermano menor querría privar al mayor de tan grande dicha como ser esposo de Lorenza? De lejos, este combate de amor hubiera tenido pocos inconvenientes. Por otra parte, mientras los dos hermanos corrían esos peligros, el azar de los combates podía cortar la dificultad; pero ¿qué sucedería viviendo juntos los tres? Cuando María Pablo y Pablo María, que se hallaban en la edad en que las pasiones dominan con toda su fuerza, compartían las miradas, las expresiones, las atenciones y las palabras de su prima, ¿no se declararían entre ellos unos celos cuyas consecuencias podrían ser tremendas? ¿Qué sería de la hermosa, igual y tranquila existencia de los dos gemelos? A tales suposiciones, expuestas durante la última partida de *boston*, la señora de Hauteserre respondió que no creía que Lorenza se casara con ninguno de sus dos primos. La vieja dama había experimentado durante la velada uno de esos presentimientos inexplicables, cuyo secreto sólo conocen las madres y Dios. Lorenza, en su fuero interno, no estaba menos alarmada de verse cara a cara con sus primos. Al drama animado de la conspiración, a los peligros corridos por los dos hermanos, a las desgracias de su emigración, sucedía un

drama inesperado. La noble muchacha no podía recurrir al medio violento de no casarse con ninguno de los dos gemelos; era demasiado honesta para contraer matrimonio guardando el secreto de una pasión irresistible en el fondo del corazón. Quedarse soltera, dejar a sus dos primos, no decidirse y tomar por marido al que le permaneciese fiel, a pesar de sus caprichos, fué una decisión más que buscada, entrevista. Al dormirse, ella se decía que lo más sabio sería dejarse llevar por la casualidad, el azar. El azar es en amor la Providencia de las mujeres.

Al día siguiente por la mañana Michú partió para París, de donde regresó quince días después, trayendo cuatro hermosos caballos para sus nuevos amos. Dentro de seis semanas debía comenzar la caza, y la condesita había creído prudentemente que las distracciones violentas de este ejercicio serían un lenitivo contra las dificultades de la constante convivencia y familiaridad con sus primos. Sucedió primero una cosa imprevista que sorprendió a los testigos de estos extraños amores, excitando su admiración. Sin que en ello hubiera nada premeditado, los dos hermanos rivalizaban en los cuidados y ternuras a su prima, encontrando en ello un placer de alma que parecía hacerles sufrir. Entre ellos y Lorenza la vida era tan fraternal como entre ellos dos. Nada más natural. Después de tan larga ausencia sentían la necesidad de estudiar a su prima, de conocerla bien y de hacerse conocer bien por ella,

dejándola el derecho de elección, sosteniéndose en esta prueba por el mutuo cariño que hacía de su doble vida una misma vida. El amor, lo mismo que la semejanza, no acertaba a distinguir entre los dos hermanos. Lorenza tuvo necesidad para reconocerlos y no equivocarse darles corbatas diferentes, blanca al mayor y negra al pequeño. Sin este perfecto parecido; sin la identidad de vida que a todo el mundo equivocaba, semejante situación parecería absolutamente imposible. No es explicable sino teniendo en cuenta que se trata de esa índole de hechos en los que no se cree sino viéndolos. Y aun habiéndolos visto, el espíritu se encuentra más embarazado para explicarlos que lo estaba antes de creerlos. ¿Hablaban Lorenza? Su voz resonaba de la misma manera en los dos corazones, igualmente enamorados y fieles. ¿Manifestaba ella una idea ingeniosa, agradable o bella? Su mirada encontraba el agrado expresado en dos miradas que la seguían constantemente, interpretando sus menores deseos y sonriéndole siempre con nuevas expresiones, alegres en el uno, tiernamente melancólicas en el otro. Cuando se trataba de su dueña, los dos hermanos experimentaban esos admirables latidos del corazón en armonía con la acción que, según el abate Goujet, llegan a lo sublime. A menudo sucedía que si había que ir a buscar cualquier cosa; si se trataba de uno de esos pequeños servicios con que gusta tanto a los hombres complacer a la mujer, el mayor cedía a

su hermano el placer de realizarlos, lanzando a su prima una mirada conmovedora y altiva a la vez. El menor ponía orgullo en pagar esta especie de deudas. Este noble combate en un sentimiento en que el hombre llega hasta la ferocidad celosa del animal, confundía todas las ideas de los viejos que lo presenciaban.

Esos menudos detalles atraían a veces las lágrimas a los ojos de la condesa. Una sola sensación, pero inmensa tal vez en ciertos organismos privilegiados, puede dar idea de las emociones de Lorenza; para comprenderla hay que recordar el acorde perfecto de dos voces tan hermosas como las de la Sontag y de la Malibran en un dúo armonioso; la unisonancia perfecta de dos instrumentos tocados por músicos geniales, cuyos sonos melodiosos penetrasen en el alma como suspiros de un solo ser apasionado. Algunas veces, viendo al marqués de Simeuse hundiéndose en un sillón, mirando profunda y melancólicamente a su hermano que hablaba y reía con Lorenza, el cura le creía capaz de un inmenso sacrificio; pero bien pronto sorprendía en sus ojos el fuego de una pasión invencible. Cada vez que uno de los dos gemelos se encontraba solo con Lorenza podía creerse el preferido.

—En estos momentos me parece que no son más que uno—decía la condesa al abate Goujet, que la interrogaba acerca del estado de su corazón.

El sacerdote encontraba entonces en ella una

falta absoluta de coquetería. Lorenza, verdaderamente, no se creía amada por dos hombres.

—Pero, querida niña—le decía una noche Hauteserre, cuyo hijo se moría silenciosamente de amor por Lorenza—. ¡Es necesario escoger!

—¡Déjenos ser felices—respondía ella—. Dios nos salvará a pesar de nosotros mismos!

Adriano de Hauteserre ocultaba en el fondo de su corazón unos celos que lo devoraban, y guardaba el secreto de sus torturas, comprendiendo cuán menguada era su esperanza. Se contentaba con la dicha de ver a la fascinadora, que durante los varios meses que subsistió esta viva lucha brilló en todo su esplendor. En efecto, Lorenza se había hecho presumida y se acicalaba con el minucioso cuidado de la mujer que se siente amada. Seguía las modas, e iba más de una vez a París con objeto de parecer más bella, adquiriendo trapos y las últimas novedades. Para proporcionar a sus primos los menores placeres de que se habían visto privados durante tanto tiempo, hizo de su castillo, a pesar de las lamentaciones y de la resistencia de su tutor, la vivienda más confortable que se conocía entonces en toda la Champaña.

Roberto de Hauteserre no comprendía nada de aquel sordo drama que se desarrollaba en torno de él. No se apercibió del amor de su hermano por Lorenza. Roberto se complacía en burlarse de la condesita por su coquetería, pues confundía este detestable vicio con el deseo de agra-

dar; pero se equivocaba siempre que se trataba de cosas de sentimiento, de gusto y de alta cultura. Así, cuando el hombre de la Edad Media salía a escena, Lorenza, sin que el otro se apercibiera, le repartía el papel de tonto del drama; divertía a sus primos discutiendo con Roberto y le conducía poquito a poco al centro del aguazal, donde se hundía la tontería y la ignorancia. Se superaba en sus mixtificaciones espirituales, y para ser perfectas, debían dejar contenta a su víctima. Sin embargo, por grosera que fuera la naturaleza de Roberto, durante esta hermosa época, la única feliz que debían disfrutar estos tres bellos seres, no se interpuso jamás entre los Simeuse y Lorenza, pronunciando una palabra viril que tal vez hubiera decidido la cuestión. Le sorprendió la sinceridad de los dos hermanos y adivinó sin duda hasta dónde puede llegar el temor de una mujer concediendo al uno pruebas de ternura que no haya poseído el otro y que le hubiesen entristecido; cuando uno de los hermanos podía ser dichoso de lo que acontecía al otro, y cuando podía por ello sufrir en lo más profundo de su corazón.

Este respeto de Roberto explicaba admirablemente la situación que, ciertamente, hubiera gozado de privilegio en tiempos de la fe, cuando el Soberano Pontífice tenía el poder de intervenir para cortar el nudo gordiano de los fenómenos raros cercanos al misterio impenetrable. La Revolución había fortalecido aquellos corazones

en la fe católica; así, la religión hacía más espantosa todavía aquella crisis, pues la grandeza de los caracteres aumentaba la grandeza de las situaciones. Por tanto, ni los esposos de Hauteserre, ni el cura, ni su hermana, esperaban nada vulgar de los dos hermanos y Lorenza.

El drama, misteriosamente encerrado en el marco de la familia, donde cada uno se observaba en silencio, tuvo un curso rápido y lento a la vez; trajo tantos goces inesperados, pequeños combates, preferencias defraudadas, esperanzas caídas, esperas crueles, aplazamientos hasta el mañana para explicarse, declaraciones mudas, que la coronación de Napoleón pasó desapercibida para los moradores de Cinq-Cygne. Estas pasiones tenían su tregua buscando una distracción violenta en los placeres de la caza, que, fatigando excesivamente al cuerpo, roban al alma ocasiones de viajar por las estepas peligrosas del ensueño. Ni Lorenza ni sus primos pensaban en sus asuntos, pues cada día traía un interés palpitante.

—En verdad—dijo una noche la señorita Goujet—, yo no sé a quién de todos los enamorados quiere más.

Adriano se encontraba solo en el salón con los cuatro jugadores de *boston*; levantó los ojos y tornóse pálido. Algunos días después lo único que le ataba a la vida era el placer de ver a Lorenza y oírla hablar.

—Yo creo—dijo el cura—que la condesa, en su calidad de mujer, ama con mayor abandono.

Lorenza, los dos hermanos y Roberto volvieron al poco. Los periódicos acababan de llegar. Viendo la ineficacia de las conspiraciones urdidas en el interior, Inglaterra armó a Europa contra Francia. El desastre de Trafalgar había echado por tierra uno de los planes más extraordinarios que el genio humano inventara, con el que el emperador hubiera pagado su elección sembrando entre ruinas el poderío inglés. En aquellos días el sitio de Boloña fué levantado. Napoleón, cuyos soldados eran inferiores en número, como siempre, iba a presentar batalla a Europa en campos donde no había aún luchado. El mundo entero se preocupaba del resultado de esta campaña.

—¡Ah, esta vez sucumbirá!—dijo Roberto acabando la lectura del periódico.

—Tiene encima las fuerzas de Austria y de Rusia—dijo María Pablo.

—Nunca ha maniobrado en Alemania—añadió Pablo María.

—¿De quién habláis?—preguntó Lorenza.

—Del Emperador—respondieron los tres gentileshombres.

Lorenza lanzó a sus dos enamorados una mirada desdeñosa, que humilló a éstos; pero que entusiasmó a Adriano. El desdeñado hizo un gesto de admiración, y tuvo una mirada de orgullo que expresaba que su solo pensamiento era Lorenza.

—¿Lo ve usted? El amor le ha hecho olvidar el odio—dijo el abate Goujet en voz baja.

Fué el primero, el último, el único reproche que los dos hermanos escucharon; pero en ese momento encontraron su amor inferior al de su prima, que dos meses después supo la enorme victoria de Austerlitz por la discusión que el bueno de Hauteserre tuvo con sus hijos. Fiel a su plan, el anciano quería que sus hijos volvieran al ejército; sin duda serían reintegrados a sus grados, y podrían hacer todavía una buena carrera militar. El partido realista puro llegó a ser el más fuerte de Cinq-Cygne. Los cuatro gentilhombres y Lorenza se burlaban de la sensatez del anciano, que parecía olfatear la desgracia en lo porvenir. La prudencia es tal vez el ejercicio de un sentido del espíritu más que una virtud, si es posible acoplar estas dos palabras; pero llegará un día en que los fisiólogos y los filósofos admitirán que los sentidos son en cierto modo resultado de una viva y penetrante acción procedente del espíritu.

II

Un buen consejo.

Una vez concluída la paz entre Francia y Austria, hacia fines del mes de febrero de 1806, un pariente que había pedido por entonces su perdón, empleado por los señores de Simeuse, y que más tarde debía darles pruebas de su fidelidad, el ex noble marqués de Chargeboeuf, cuyas propiedades estaban situadas en Seine-et-Marne, en la provincia del Aube, llegó a Cinq-Cygne procedente de su tierra en una especie de carretela de las llamadas en aquel tiempo berlinas. Cuando el mísero carruaje entró en el patio, los moradores del castillo, que se hallaban comiendo, tuvieron un acceso de risa; pero al reconocer la cabeza calva del anciano, que asomaba entre las cortinillas de cuero de la berlina, el señor de Hauteserre le nombró, y todos se levantaron para ir al encuentro del jefe de la casa de Chargeboeuf.

—Hacemos mal en no anticiparnos—dijo el marqués de Simeuse a su hermano y a los dos Hauteserre—; debemos ir a darle las gracias.

Un criado con traje de campesino, que guiaba el coche, colocó el látigo en un tubo de abultado

cuero, y se dispuso a ayudar a descender del coche al marqués; pero Adriano y el más pequeño de los Simeuse se le adelantaron, abrieron la portezuela, que se hallaba enganchada a unos botones de cobre, y sacaron al buen hombre, a pesar de sus protestas. El marqués tenía la pretensión de cambiar su berlina amarilla con portezuela de cuero por un coche excelente y cómodo. El criado, ayudado por Gothard, había desenganchado ya los dos grandes caballos, de lustrosa grupa, y que servían, sin duda, lo mismo para los trabajos agrícolas que para el coche señorial.

—¿A pesar del frío? Pero usted es un bravo del tiempo antiguo—dijo Lorenza a su viejo pariente, tomándolo del brazo y conduciéndolo al salón.

—No se dignan ustedes ir a ver a un viejo como yo—dijo con delicadeza, dirigiendo de este modo reproches a sus jóvenes parientes.

—¿A qué vendrá?—se preguntó a sí mismo el bueno de Hauteserre.

El señor de Chargeboeuf, simpático viejo de sesenta y siete años, que llevaba pantalón amarillo claro, era de piernas pequeñas y desmedradas, que cubría con medias de mezcilla, llevaba redecilla, polvos y peinado estilo de ala de pichón, formando un ala pequeña a cada lado de la cabeza. Su traje de caza, paño verde y botones de oro, estaba adornado de pasamanería dorada. Su chaleco blanco deslumbraba por sus

enormes bordados de oro. Estos arreos, todavía en moda entre la gente vieja, le daban un aspecto bastante parecido al gran Federico. Nunca se ponía su tricornio para no destruir el efecto de la media luna que una capa de polvos dibujaba en su cráneo. Apoyaba la mano derecha en un bastón de puño en forma de pico de cuervo, y así al mismo tiempo su bastón y su sombrero con un gesto digno de Luis XIV. El digno viejo se desembarazó de una bata de seda acolchada, se arrellenó en una butaca, conservando entre sus manos su bastón y su tricornio, en una actitud cuyo secreto no ha pertenecido a nadie más que a los cortesanos de Luis XV, dejando las manos libres para jugar con la tabaquera, alhaja que siempre era preciosa. Por esto, el marqués sacó del bolsillo del chaleco, cerrado por una guarnición bordada de arabescos dorados, una rica tabaquera. Al propio tiempo que preparaba su porción y que ofrecía una ronda de tabaco con un gesto amable y mirada afectuosa, observó el placer causado por su visita. Entonces pareció comprender por qué los jóvenes emigrados habían faltado a sus deberes con él. Su aspecto parecía decir: "Cuando se hace el amor, no hay tiempo para hacer visitas."

—Se quedará algunos días con nosotros—dijo Lorenza.

—Es imposible—respondió él—. Si no estuviéramos separados por los acontecimientos, pues vosotros habríais franqueado mayores distancias

de las que nos alejan, sabrías, querida niña, que yo tengo hijas, nueras, nietas y nietos. Todos ellos se inquietarían al no verme esta noche, y me quedan diez y ocho leguas que recorrer.

—Tiene usted buenos caballos—dijo el marqués de Simeuse.

—¡Ah! Vengo de Troyes, donde despaché ayer algunos asuntos.

Después de las obligadas preguntas acerca de la familia, de la marquesa de Chargeboeuf y sobre las cosas realmente indiferentes por las cuales la cortesía manda interesarse vivamente, le pareció al señor de Hauteserre que el señor de Chargeboeuf venía a advertir a sus jóvenes parientes que no cometiesen ninguna imprudencia. Según el marqués, los tiempos habían cambiado mucho, y nadie podía saber lo que llegaría a ser el Emperador.

—¡Oh, se convertirá en un dios!—dijo Lorenza.

El buen viejo habló de las concesiones que había que hacer. Oyéndole expresar la necesidad de someterse, con mayor autoridad y seguridad que él ponía en sus doctrinas, el señor de Hauteserre miró a su hijo casi suplicante.

—¿Serviría usted a un hombre como ése?—dijo el marqués de Simeuse al marqués de Chargeboeuf.

—Si, siempre que el interés de mi familia lo exigiera.

El viejo dió a entender, pero vagamente, peligros lejanos; cuando Lorenza le intimó a que se

explicara, rogó a los cuatro gentileshombres a que dejaran de cazar y estuvieran quietos en su casa.

—Vosotras consideráis siempre los dominios de Gondreville como vuestros—dijo a los señores de Simeuse—, y esto os vale terribles odios. Veo que os causa asombro que estén concitadas contra vosotras malas voluntades en Troyes, donde no olvidan vuestro valor. Nadie se oculta para contar cómo habéis escapado a las pesquisas de la policía general del Imperio; unos os alaban y otros os consideran como enemigos del Emperador. Algunos fanáticos se extrañan de la clemencia de Napoleón con vosotros. Esto no es nada. Habéis jugado con gentes que se creían más listas que vosotros, y las gentes de baja extracción no perdonan nunca. Tarde o temprano, la justicia, que en esta provincia está influida por vuestro enemigo, el senador Malin, que ha colocado en todas partes hechuras suyas, hasta en las oficinas ministeriales, su justicia, pues, estará muy contenta de veros comprometidos en un mal asunto. Un campesino os buscará cuestión acerca de su campo cuando os encontréis en él, vosotros tendréis las armas cargadas y como sois vivos de genio, cualquier desgracia puede sobrevenir en aquel momento. En vuestra posición, es necesario tener razón cien veces para demostrar que uno no se equivoca. Y no hablo así sin fundamento. La policía vigila constantemente el distrito y mantiene un comisario en este rincón

insignificante de Arcis, expresamente para proteger al senador del Imperio contra vuestras empresas. Tiene miedo de vosotros y él mismo lo ha confesado.

—¡Nos calumnia!—exclamó el menor de los Simeuse.

—¡Os calumnia! ¡Es cierto! Pero ¿qué es lo que cree la gente? Esto es lo importante. El senador no ha olvidado que Michú le apuntó con su carabina. Después de vuestro regreso la condesa ha tomado en su casa a Michú. Para muchas gentes, y para la mayor parte del público, Malin tiene, por tanto, razón. Vosotros no ignoráis lo delicada que es la posición de los emigrados ante aquellos que se encuentran en posesión de sus bienes. El prefecto, hombre de talento, me ha deslizado dos palabras en una conversación que tuvimos ayer sobre vosotros, que me ha inquietado. En fin, que no quisiera veros aquí...

Tal respuesta fué acogida con profundo asombro. María Pablo llamó vivamente.

—Gothard—dijo al muchacho que acudió—, ve a buscar a Michú.

El ex administrador de Gondreville no se hizo esperar.

—Michú, amigo mío—dijo el marqués de Simeuse—, ¿es cierto que tú has querido matar a Malin?

—Sí, señor marqués; y cuando vuelva buscaré la ocasión.

—¿Tú sabes que somos sospechosos de haberte instigado, y que nuestra prima, al tomarte como colono, está acusada de haberte ayudado en tu proyecto?

—¡Dios mío!—exclamó Michú—. ¿Soy, pues, un maldito? ¿No podré librarles nunca, tranquilamente, de ese malvado Malin?

—No, amigo mío, no—repuso Pablo María—; va a ser necesario que abandones el país y nuestro servicio; nosotros cuidaremos de ti; te pondremos en situación de aumentar tu fortuna. Vende todo lo que posees aquí, negocia tus fondos, y te enviaremos a Trieste, a casa de uno de nuestros amigos, que tiene grandes relaciones y te empleará muy bien hasta que las cosas de aquí vayan mejor para todos.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Michú, que se quedó como clavado en su sitio.

—¿Había testigos cuando te has emboscado para tirar contra Malin?—preguntó el marqués de Chargeboeuf.

—Grévin, el notario, estaba hablando con él; es quien me ha impedido matarlo, ¡afortunadamente! La señora condesa sabe por qué—dijo Michú mirando a su ama.

—¡No será sólo el tal Grévin quien lo sepa!—dijo el señor de Chargeboeuf, a quien parecía contrariar el interrogatorio, a pesar de realizarse en familia.

—También lo sabe uno de los espías que hace

tiempo vino aquí para enredar a mis amos—respondió Michú.

El señor de Chargeboeuf se levantó para mirar, al parecer, al jardín, y dijo:

—¡Pero usted ha obtenido un buen resultado de Cinq-Cygne!

Después salió seguido por los dos hermanos y por Lorenza, que adivinaron el sentido de esta exclamación.

—Vosotros sois francos y generosos, pero imprudentes siempre—les dijo el anciano—. Nada más natural que yo os advirtiese del rumor público, *que debe ser una calumnia*; pero he aquí que hacéis de ello una verdad para gentes débiles como los señores de Hautesserre y sus hijos. ¡Oh, juventud, juventud! Deberíais dejar aquí a Michú e iros vosotros. Mas, en todo caso, si os quedáis, escribid unas líneas al senador a propósito de Michú, diciéndole que acabáis de saber por mí los rumores que corren acerca de vuestro colono y que le habéis despedido.

—¡Nosotros!—exclamaron los dos hermanos—; escribir a Malin, el asesino de nuestros padres, el expoliador desvergonzado de nuestra fortuna?

—¡Malin que ha votado la muerte de Luis XVI en el caso que el ejército de Condé entrara en Francia, y si no la reclusión perpetua!—dijo la condesa de Cinq-Cygne.

—¡Malin, que tal vez ha aconsejado la muerte del duque de Enghien!— exclamó Pablo María.

—Pero si queréis recapitular sobre sus títulos de

nobleza—exclamó el marqués—, Malin, que ha ido besando el suelo por donde pisaba Robespierre para hacerle caer cuando vió que los que pretendían derribarle eran más numerosos; Malin, que hubiera hecho fusilar a Bonaparte si el 18 de Brumario no hubiera fallado, restauraría a los Borbones si Napoleón peligrara; Malin, que estará siempre al lado del más fuerte para darle la espada o la pistola con que acabar con el adversario que inspira temor. ¡Pues... razón de más!

—¡Qué bajo hemos caído!—dijo Lorenza.

—Hijos míos—dijo el viejo marqués de Chargeboeuf, tomándolos a los tres por la mano, y conduciéndolos aparte, cerca de uno de los parterres, que entonces se hallaba cubierto de una ligera capa de nieve—vais a enfadaros al escuchar la opinión de un hombre sensato, pero debo dároslo. He aquí lo que yo haría: yo tomaría por mediador a un buen viejo, como quien dice yo mismo, y le encargaría de pedir un millón a Malin por ratificar la venta de Gondreville... ¡Ah, estoy seguro que accedería, guardando el secreto! Vosotros tendríais, a la cotización actual de los fondos, cien mil libras de renta, y podríais comprar alguna hermosa propiedad en otro lugar de Francia; dejaríais la administración de Cinq-Cygne al señor de Hautesserre, y sortearíais quién de los dos debe ser el marido de esta bella heredera. Pero las palabras de un viejo son, para los jóvenes, como las palabras de los jóvenes para un viejo: un ruido cuya significación no se percibe.

El viejo marqués hizo ademán a sus tres parientes de que no admitía respuesta, y ganó el salón donde estuvieron durante su conversación el abate Goujet y su hermana. La proposición de echar a cara y cruz la mano de su prima había sublevado a los dos Simeuse, y Lorenza estaba como disgustada por la amargura del remedio indicado por su pariente. Por esto estuvieron menos amables con el anciano, sin dejar de ser corteses. El afecto por él se enfrió. El señor de Chargeboeuf, que advirtió esta frialdad, miró varias veces lleno de compasión a aquellos tres seres que poseían el sortilegio del encanto. Aunque la conversación se hizo general, volvió a insistir sobre la necesidad de someterse a los acontecimientos, elogiando al señor de Hautesserre por su persistencia en querer que sus hijos volviesen a ingresar en el ejército.

—Bonaparte—dijo—hace duques. Ha creado títulos del Imperio y hará condes. Malin quisiera ser conde de Grondville. Es una idea—añadió mirando a los de Simeuse—que puede seros provechosa.

—O funesta—dijo Lorenza.

Cuando sus caballos estuvieron enganchados, el marqués partió, siendo despedido por todos. Estando dentro del coche hizo seña a Lorenza de que se acercara, y ésta se puso sobre el estribo con una ligereza de pájaro.

—Tú no eres una mujer vulgar y debes comprenderme—le dijo al oído—. Malin tiene dema-

siados remordimientos para dejaros tranquilos y os tenderá alguna celada. Por lo menos ¡tened mucho cuidado en lo que hacéis, aun en las acciones más nimias! En fin, transigid: he aquí mi última palabra.

Los dos hermanos permanecieron de pie cerca de su prima, en medio del césped, mirando profundamente inmóviles la berlina, mientras ésta daba la vuelta a la verja y desaparecía por el camino, hacia Troyes, pues Lorenza les había repetido la última palabra del marqués. La experiencia padecerá siempre la equivocación de mostrarse en berlina con medias de mezcilla y redecilla en la nuca. Ninguno de aquellos corazones jóvenes podía concebir el cambio que se operaba en Francia; la indignación les alteraba los nervios, y el honor hervía en ellos como la sangre noble de sus venas.

—¡El jefe de los Chargeboeuf! —dijo el marqués de Simeuse—. ¡Un hombre que tiene por divisa “¡Venga uno más fuerte!” —*Adsit fortior*— uno de los más hermosos gritos de guerra.

—Se ha convertido en un *boeuf* (1)—dijo Lorenza sonriendo con amargura.

—Ya no estamos en los tiempos de San Luis—repuso el menor de los Simeuse.

—¡*Morir cantando!*—exclamó la condesa—.

(1) Chargeboeuf quiere decir, literalmente, Cargabuey. Balzac hace, pues, un juego de palabras, poniendo en boca de Lorenza la palabra *boeuf*, es decir, *buey*. (Nota del traductor.)

Este grito de las cinco jóvenes que fundaron nuestra casa será el mío.

—¡No es acaso el nuestro ¡*Si mueres!*? ¡Nada de cuartel!—repuso el mayor de los Si-meuse—; pues, reflexionando encontraremos que en nuestro pariente, el *boeuf*—buey—ha rumiado prudentemente lo que acaba de decirnos. ¡Gondreville convertirse en nombre de un Malin!

—¡La cuna de la casa!—exclamó el menor.

—¡Mansard lo ha proyectado para la nobleza y no para el pueblo!—dijo el mayor.

—¡Si eso llegara a ser, preferiría mejor ver quemado Gondreville!—exclamó la señorita de Cinq-Cygne.

Un aldeano, que había ido a ver una ternera que le vendía el infeliz de Hautesserre oyó, saliendo del establo, la frase.

—Entremos en casa—dijo Lorenza sonriendo—. Hemos corrido el peligro de cometer una imprudencia dando la razón a un *boeuf*—buey—, a propósito de una ternera. —¡Pobre Michú!—dijo ella entrando en el salón—; había olvidado tu travesura; pero como no estamos en olor de santidad en esta comarca, no nos comprometamos. ¿Tienes algún otro pecadillo de que reprocharte?

—Me reprocho no haber matado al asesino de mis antiguos amos antes que acudir en socorro de ellos.

—¡Michú!—exclamó el cura.

—Pero yo no abandonaré la comarca—dijo él prosiguiendo y sin prestar atención a la exclama-

ción del cura—mientras no sepa que ustedes están seguros. Yo veo rondar por aquí unos sujetos que no me hacen gracia. La última vez que hemos cazado en la selva se dirigió a mí esa especie de guarda que me ha reemplazado en Gondreville y me preguntó si nosotros estábamos en terreno de nuestra propiedad. “Ah, amigo mío—¡e dije yo—, es muy difícil perder en dos meses la costumbre de dos siglos.”

—Te equivocas, Michú—dijo sonriendo de gozo el marqués de Simeuse.

—¿Y qué respondió él?—preguntó el señor de Hauteserre.

—Dijo—repuso Michú—que pondría en conocimiento del senador nuestras pretensiones.

—¡Conde de Gondreville!—exclamó el mayor de los Hauteserre. ¡Ah, qué gran farsa! El hecho es que llaman su majestad a Bonaparte...

—Y su alteza a monseñor el gran duque de Berg—dijo el cura.

—¿A quién, a ése?—dijo el señor de Simeuse.

—Murat, el cuñado de Napoleón—dijo el viejo de Hauteserre.

—Bueno—repuso la señorita de Cinq-Cygne—. ¿Y llaman su majestad a la viuda del marqués de Beauharnais?

—Sí, señorita—dijo el cura.

—Debiéramos ir a París para ver todo esto—exclamó Lorenza.

—¡Ay señorita—dijo Michú—, yo he estado para llevar a mi hijo al colegio, y puedo jurarle

que no hay que jugar con eso que llaman la guardia imperial! Si todo el ejército está formado bajo este modelo, la cosa puede durar más que nosotros.

—Se dice que hay familias nobles que vuelven a servir en el ejército—dijo el señor de Hauteserre.

—Y, según las leyes actuales, los hijos de usted—repuso el cura—estarán obligados a ir al servicio. La ley no reconoce ya rangos ni nombres.

—¡Ese hombre nos hace más daño con su corte que la revolución con su hacha!—exclamó Lorenza.

—La Iglesia reza por él—dijo el cura.

Aquellas palabras, dichas una a una, eran otros tantos comentarios a los sensatos consejos del marqués de Chargeboeuf; pero los jóvenes tenían demasiada fe, demasiado honor para aceptar una transacción. Se decían a sí mismos también lo que se han dicho en todas las épocas los partidos vencidos: que la prosperidad del partido vencedor acabaría; que el Emperador no estaba sostenido sino por el ejército; que el hecho perece, tarde o temprano, ante el derecho, etc. A pesar de estas opiniones, cayeron en la fosa abierta delante de ellos, y que otras gentes más dóciles y prudentes, como el bueno de Hauteserre, hubiesen evitado. Si los hombres quisieran ser francos, reconocerían tal vez que nunca la desgracia se ha desencadenado sobre ellos sin que hubiesen recibido alguna advertencia patente u oculta. Hay muchos que no han apercibido el sentido profundo de tal aviso misterioso o claro sino después del desastre.

—En todo caso, la señora condesa sabe que yo no puedo abandonar el país sin haber presentado mis cuentas—dijo Michú por lo bajo a la señorita de Cinq-Cygne.

Por toda respuesta ella hizo un signo de inteligencia a Michú, que se fué en seguida.

III

Las circunstancias del asunto.

Michú vendió inmediatamente sus tierras a Beauvisage, el colono de Bellache, y no podía cobrar sino hasta pasados una veintena de días. Un mes después de la visita del marqués, Lorenza, que había comunicado a sus dos primos la existencia de su fortuna, les propuso señalar el jueves, día de la tercer semana de Cuaresma, para retirar el millón escondido en la selva. La gran cantidad de nieve había hasta entonces impedido a Michú ir a buscar el tesoro; pero él quería realizar esta operación con sus amos. Michú deseaba a toda costa abandonar el país, pues se temía a sí mismo.

—Malin acaba de llegar bruscamente a Gondreville, sin que sepa la causa—dijo a su ama—; yo no resistiría una prueba semejante a la de ver poner en venta Gondreville a consecuencia del fallecimiento de su propietario. ¡Me creo, en cierto modo, culpable de no seguir mis inspiraciones!

—¿Qué razón puede obligarle a dejar París en pleno invierno?

—Todo Arcis habla de ello—respondió Michú—.

Ha dejado a su familia en París y no le acompaña nadie mas que su ayuda de cámara. Le hacen compañía el señor Grévin, notario de Arcis; la señora Marion, la mujer del recaudador general del Aube, y la cuñada de Marion.

Lorenza consideró aquél como un excelente día, pues les permitía desembarazarse de las gentes. Las fiestas de Carnaval atraerían a los aldeanos, y no habría nadie en los campos. Pero la elección del día sirvió precisamente a la fatalidad, que interviene en muchos asuntos criminales. El azar hizo sus cálculos con tanta habilidad como la señorita de Cinq-Cygne los suyos. La inquietud de los esposos de Hauteserre habría de ser muy grande al conocer que había enterrado un millón cien mil francos en oro en un castillo situado al borde de la selva, cuando sus propios hijos, al ser consultados, fueron de opinión de no decirles nada. El secreto de la expedición fué concertado entre Gothard, Michú, los cuatro gentileshombres y Lorenza. Después de bastantes cálculos se logró meter cuarenta y ocho mil francos en un largo saco sobre la grupa de cada caballo. Tres viajes bastaron. Por prudencia se convino alejar a todos aquellos cuya curiosidad pudiera ser peligrosa en Troyes, dándoles permiso para que fueran a presenciar las fiestas de la *Mi-Carême*. Catalina, Marta y Durieu, con quien se podía contar, guardaron el castillo. Los criados aceptaron alborozados el asueto concedido, y partieron antes de rayar el alba. Gothard, ayudado por

Michú, dió pienso y ensilló los caballos muy de madrugada. La caravana tomó por los jardines de Cinq-Cygne, y de allí, amos y criados, ganaron la selva. En el momento en que montaban a caballo, pues la puerta del parque era tan baja que cada uno anduvo el trozo del parque a pie llevando su caballo por la brida, el viejo de Beauvisage, colono de Bellache, acertó a pasar por allí.

—¡Vamos—exclamó Gothard—, he aquí uno que pasa!

—Soy yo—dijo el honrado colono apareciendo—. Salud, señores. ¿Van de caza, a pesar de las prohibiciones de la Prefectura? ¡No seré yo quien diga nada; pero tengan cuidado! Tienen amigos, pero también muchos enemigos.

—¡Ah—dijo sonriendo el gordo de Hauteseire—, Dios quiera que nuestra caza sea buena, y volverás a encontrar a tus amos!

Aquellas palabras, a las que el suceso daba otro sentido, valieron a Roberto una mirada severa de Lorenza. El mayor de los Simeuse creía que Malin restituiría la tierra de Gondreville a cambio de una indemnización. Y los jóvenes querían hacer lo contrario de lo que les había aconsejado el marqués de Chargeboeuf. Roberto, que compartía sus esperanzas, pensaba en ello al pronunciar esa palabra fatal.

—En todo caso, ¡chitón, amigo!—dijo Michú a Beauvisage, que salió el último, llevándose la llave de la puerta.

Hacía una de esas hermosas mañanas de fines

de marzo en que el aire es seco, la tierra está tersa, la atmósfera pura y la temperatura contrasta con los árboles sin hojas. El tiempo era tan suave, que en la lejanía se percibía claramente el verdor del campo.

—Vamos a buscar un tesoro, cuando tú eres el verdadero tesoro de nuestra casa, prima —dijo riendo el mayor de los Simeuse.

Lorenza marchaba delante, llevando a cada lado de su caballo a uno de sus primos. Los dos Hautoeserre la seguían, y detrás de éstos iba Michú. Gothard iba delante de todos, para explorar el camino.

—Puesto que su fortuna va a ser hallada, en parte al menos, cásese con mi hermano—dijo el más pequeño en voz baja—. El la adora, y serían ricos como los nobles de hoy día.

—No; déjele toda su fortuna, y me casaré con usted, ya que soy tan rica como los dos juntos—respondió ella.

—Que sea así—exclamó el marqués de Simeuse—. Yo la abandonaré para buscar a una mujer digna de ser su hermana.

—¡Me ama usted menos de lo que yo creía—repuso Lorenza mirándole celosamente.

—No; los amo a los dos más que ustedes a mí—respondió el marqués.

—Entonces, ¿se sacrificaría usted?—preguntó Lorenza al mayor de los Simeuse, dirigiéndole una mirada de preferencia momentánea.

El marqués guardó silencio.

—Pues yo, entonces, no pensaría más que en usted, y sería insoportable para mi marido—repuso Lorenza, a quien aquel silencio arrancó un movimiento de impaciencia.

—¿Cómo podré vivir sin ti?—exclamó el menor, mirando a su hermano.

—Sin embargo, usted no puede casarse con los dos—dijo el marqués—. Y es tiempo de tomar una decisión—añadió en el tono brusco de un hombre herido en el corazón.

Hizo adelantarse a su caballo unos pasos para que los dos Hauteserre no oyesen nada. El caballo de su hermano y el de Lorenza imitaron el movimiento. Cuando se hubo establecido un espacio prudente entre ellos y los otros tres, Lorenza quiso hablar; pero las lágrimas fueron sus primeras palabras.

—Me encerraré en un convento—dijo ella al fin.

—¿Dejaría usted extinguir el nombre de los Cinq-Cygne?—dijo el menor de los Simeuse—. ¡Y en lugar de un solo desgraciado que se resigna a serlo, haría usted dos! No; aquel de nosotros dos que sólo haya de ser para usted un hermano, se resignará. Sabiendo que nosotros no somos tan pobres como creíamos, nos hemos puesto de acuerdo—dijo mirando al marqués—. Si yo soy el preferido, toda nuestra fortuna será para mi hermano. Si yo tengo la desgracia de no serlo, mi hermano me da la fortuna, así como los títulos de Simeuse, pues él llevará el de Cinq-Cygne! De todas maneras, el que no tenga la di-

cha de ser su esposo tendrá probabilidades de establecerse. Y si se siente morir de pena, se hará matar en el ejército para no entristecer el hogar de los que se hayan casado.

—Nosotros somos verdaderos caballeros de la Edad Media, dignos de nuestros padres.

—No queremos continuar así—dijo el menor—. No crea, Lorenza, que el sacrificio carece de voluptuosidad.

—Mi muy amados míos—dijo ella—, soy incapaz de escoger. ¡Yo amo a los dos como uno solo, y como ustedes aman a su madre! Dios nos ayudará. Yo no me decidiré. Remitámonos a la casualidad, y pongo una condición.

—¿Cuál?

—Aquél que sea mi hermano estará a mi lado hasta que yo le permita abandonarme. Yo quiero ser sólo juez de la oportunidad de la partida.

—Sí—dijeron los dos hermanos sin explicarse el pensamiento de su prima.

—Aquél de los dos a quien la señora de Hautesserre dirija primero la palabra esta noche en la mesa, después del *Benedicite*, será mi marido. Pero ninguno recurrirá a superchería ni la pondrá en el trance de ser interrogado.

—Jugaremos limpio—dijo el menor.

Los dos hermanos besaron la mano de Lorenza. La seguridad de un desenlace, que tanto el uno como el otro podían considerar favorable, puso a los dos gemelos extraordinariamente contentos.

—De todas maneras, querida Lorenza, tú harás un conde de Cinq-Cygne—dijo el mayor.

—Y los dos jugamos a quién no será Simeuse—dijo el menor.

—Esta vez creo que la señora no será ya mucho tiempo soltera—dijo Michú detrás de los Hauteserre—. Mis amos están muy contentos. Si mi ama escoge, yo no me voy; ¡quiero ver esa boda!

Ninguno de los dos Hauteserre respondió nada. Una urraca levantó el vuelo bruscamente entre los Hauteserre, y Michú, supersticioso como la gente primitiva, creyó oír tocar a muerto. La jornada comenzó, pues, alegremente para los enamorados, que raramente ven las urracas cuando se encuentran juntos en el bosque. Michú, armado de su plano, reconoció los lugares; cada gentil-hombre se proporcionó un azadón, y por fin encontraron el tesoro. La parte de la selva donde había sido escondido estaba desierta, lejos de todo camino, de modo que la caravana, cargada de oro, no encontró a nadie. Fué una desgracia. Viniendo de Cinq-Cygne para buscar los últimos doscientos mil francos, enardecida por el éxito, la caravana tomó un camino más directo que el que había seguido en los precedentes viajes. Este camino pasaba por un punto elevado desde donde se veía el parque de Gondreville.

—¡Fuego!—dijo Lorenza apercibiendo una llama formando una columna azulada.

—Es el fuego de la alegría—respondió Michú. Lorenza, que conocía los menores senderos de

la selva, dejó la caravana y picó espuelas hacia el pabellón de Cinq-Cygne, la antigua vivienda de Michú. Aunque el pabellón estaba cerrado y deshabitado, la puerta de la verja estaba abierta, y las trazas del paso de varios caballos sorprendieron extraordinariamente a Lorenza. La columna de humo se elevaba de una pradera del parque inglés, donde ella presumió que se quemaba hierba.

—¡Ah!, está usted ahí también, señorita—exclamó Violette que salía del parque en su jaca a gran galope y que se detuvo delante de Lorenza—. ¿Se trata de una broma de Carnaval, no es eso? ¿No le matarán, verdad?

—¿A quién?

—Sus primos no quieren su muerte.

—¿La muerte de quién?

—Del senador.

—¡Tú estás loco, Violette!

—Pero ¿qué hace usted aquí?—preguntó él.

Ante la idea del peligro que podían correr sus primos, la intrépida amazona picó espuelas y llegó al sitio donde estaban ellos, en el momento en que se encontraban cargando los sacos.

—¡Alerta! ¡No sé lo que pasa, pero volvamos a Cinq-Cygne!

Mientras que los gentileshombres se dedicaban a transportar la fortuna, salvada, del viejo marqués, sucedía una extraña escena en el castillo de Gondreville.

A las dos y media, el senador y su amigo Gré-

vin, jugaban una partida de ajedrez junto al fuego, en el salón grande de la planta baja. La señora de Grévin y la de Marion hablaban en un lado de la chimenea sentadas en el canapé. Todos los habitantes del castillo habían ido a presenciar el paso de una curiosa comparsa de máscaras anunciada hace mucho tiempo en el distrito.

La familia del guarda que reemplazaba a Michú en el pabellón de Cinq-Cygne se había ido también. El ayuda de cámara del senador y Violette se encontraban solos en el castillo. El portero, los jardineros y sus mujeres se hallaban entregadas a sus ocupaciones; su casa estaba situada a la entrada del patio, al final de la avenida de Arcis, y la distancia que existía entre el ventorrillo y el castillo, no permitía oír el tiro de un fusil. Además, la gente se hallaba en el dintel de la puerta mirando en dirección a Arcis, que estaba a una media legua de allí, esperando el paso de la comparsa. Violette esperaba en una amplia antecámara el instante de ser recibido por el senador y Grévin para tratar del asunto relacionado con la prórroga de su arrendamiento. En aquel momento, cinco hombres enmascarados, enguantados, que por la estatura, las maneras y el andar parecían los señores de Hautesserre, de Simeuse y Michú, se arrojaron sobre el ayuda de cámara y Violette, los amordazaron con un pañuelo y los ataron en unas sillas de la repostería. A pesar de la celeridad de los agresores, éstos no pudieron evitar que

el ayuda de cámara y Violette dieran algunos gritos. Estos gritos fueron oídos en el salón. Las dos mujeres creyeron que eran voces de alarma.

—¡Escuche!—dijo la señora de Grévin—. ¡Hay ladrones en casa!

—¡Bah, es un chillido de carnaval!—contestó Grévin; vamos a tener máscara en el castillo.

La discusión dió tiempo a los cinco desconocidos para cerrar las puertas del lado del patio de honor y de encerrar al ayuda de cámara y a Violette. La señora Grévin, que era muy obstinada, queriendo saber a toda costa la causa del ruido, se levantó y se encontró con los cinco enmascarados, que la trataron lo mismo que a Violette y al ayuda de cámara; después entraron en el salón y los dos más corpulentos se apoderaron del conde de Gondreville, le amordazaron y se lo llevaron hacia el parque, mientras los otros tres ataban y amordazaban a la señora Marion y al notario en sus sillones. La ejecución de este plan no tardó más de una media hora. Los tres desconocidos, en unión de los que se habían llevado al senador, registraron el castillo desde la bodega al granero. Abrieron todos los armarios sin violentar ninguna cerradura; golpearon las paredes y fueron los dueños del castillo hasta las cinco de la tarde. En ese momento el ayuda de cámara acababa de romper con los dientes las cuerdas que ataban las manos de Violette, quien, desembarazado de su

mordaza, comenzó a pedir socorro. Al oír sus gritos, los cinco desconocidos salieron al jardín, subieron de un salto a sus caballos, parecidos a los de Cinq-Cigne, y huyeron, pero no tan rápidamente que impidieran a Violette el verlos. Después de haber desatado al ayuda de cámara, que desató a su vez a las mujeres y al notario, Violette cogió su jaco y corrió tras los malhechores. Al llegar al pabellón se quedó asombrado de encontrar abiertas las dos hojas de la puerta de la verja y de ver a la señorita de Cinq-Cygne de centinela.

Cuando la joven condesa hubo desaparecido, Grévin se unió a Violette acompañado del guarda rural de la comunidad de Gondreville; Grévin montaba un caballo que le había proporcionado el portero del castillo. La mujer del portero había ido a avisar a la gendarmería de Arcis.

IV

La justicia en el año IV.

Violette comunicó en seguida a Grévin su encuentro con Lorenza y la huída de la audaz señorita, cuyo carácter profundo y decidido le era conocido.

—Lorenza estaba espiando—dijo Violette.

—¿Es posible que sean los de Cinq-Cygne los autores del atentado?—exclamó Grévin.

—¡Cómo!—respondió Violette—. ¿No ha reconocido usted al gordo de Michú? ¡Es él quien se ha lanzado sobre mí! He conocido bien su puño. Además, los cinco caballos eran indudablemente los de Cinq-Cygne.

Al ver las huellas de las herraduras en la arena de la plazoleta y en el parque, el notario dejó en observación al guarda rural, junto a la verja, para que estuviera al cuidado de las preciosas huellas, y envió a Violette a buscar al juez de paz de Arcis con objeto de que levantara acta. Después volvió inmediatamente al salón del castillo de Gondreville, adonde habían llegado el teniente y el sargento de la gendarmería imperial acompañados de cuatro hombres

y un cabo. El teniente era, como puede suponerse, el sargento a quien dos años antes Francisco había agujereado la cabeza, y a quien Co-rentin puso entonces en antecedentes acerca de su peligroso adversario. Se llamaba Giguet y tenía un hermano que era uno de los mejores coroneles de artillería y se distinguía por su capacidad como oficial de gendarmes. Más tarde mandó el tercio del Aube. El sargento, llamado Welff, había conducido en otro tiempo a Co-rentin de Cinq-Cygne al pabellón, y del pabellón a Troyes. Durante el camino, el parisién había hablado bastante para ponerse al corriente de lo que llamaba la martingala de Lorenza y de Michú. Los dos militares mostraron, pues, un gran ardimiento contra los moradores de Cinq-Cygne. Malin y Grévin, el uno por el otro, habían manejado el Código llamado de Brumario del año IV, obra jurídica de la Convención llamada nacional, promulgado por el Directorio. Grévin conocía esa legislación a fondo y podía, por tanto, operar en este asunto con una terrible celeridad, pero bajo una presunción convertida relativamente en certidumbre respecto a la criminalidad de Michú, de los señores de Hauteserre y de Si-meuse. Nadie recuerda hoy, excepto algunos viejos magistrados, esa organización de justicia que Napoleón reformó precisamente por la promulgación de sus códigos y por la institución de su magistratura, que rige ahora en Francia.

El código de Brumario del año IV reservaba al director del Jurado de provincia la persecución inmediata del delito cometido en Gondreville. Obsérvese de paso que la Convención había borrado del lenguaje jurídico la palabra "crimen". No admitía sino los delitos contra la ley, que entrañaban multas, encarcelamiento y penas infamantes o afflictivas. La muerte era una pena afflictiva. Sin embargo, la pena afflictiva de muerte debía ser suprimida en tiempo de paz y reemplazada por veinticuatro años de trabajos forzados. La Convención estimaba que veinticuatro años de trabajos forzados equivalían a la pena de muerte. ¿Qué decir del Código penal, que inflingía la pena de trabajos forzados a perpetuidad? La organización preparada entonces suprimía la magistratura de los directores del Jurado, que reunía efectivamente enormes poderes. Respecto a la persecución de los delitos y a la acusación, el director del Jurado era, en cierto modo, a la vez agente de policía judicial, procurador del rey, juez de instrucción y del Tribunal real. Solamente su procedimiento y su acta de acusación estaban sometidas al visto bueno de un comisario del poder ejecutivo y al veredicto de ocho jurados, a los cuales exponía los hechos instruídos en el sumario, que escuchaban a los testigos, a los acusados, y pronunciaban el primer veredicto llamado de acusación. El director debía ejercer sobre los jurados, reunidos en su despacho, una influencia tal,

que no podían ser otra cosa que sus colaboradores. Tales jurados constituían la parte de la acusación. Existían otros jurados que formaban el Jurado cerca del Tribunal criminal encargado de juzgar a los acusados. Por oposición a los jurados de acusación, éstos se llamaban jurados de juicio. El Tribunal de lo criminal, al que Napoleón acababa de dar el nombre de "Sala de lo criminal", se componía de un presidente, de cuatro jueces, del acusador público y de un comisario del Gobierno. Sin embargo, de 1799 a 1806 existieron las salas llamadas especiales, que juzgaban sin Jurado en ciertas provincias algunos atentados; las salas se componían de jueces que pertenecían al Tribunal civil, que se constituía en Tribunal especial. Este conflicto de la justicia especial y la justicia criminal suscitaba cuestiones de competencia, que juzgaba el Tribunal de Casación. Si la provincia del Aube hubiese tenido su Sala especial, el juicio del atentado cometido contra un senador del Imperio hubiera sido sin duda diferido. Pero esa tranquila provincia estaba excluida de la jurisdicción excepcional. Grévin envió, pues, al sargento al director del Jurado de Troyes. El egipcio corrió a galope y volvió a Gondreville, trayendo en la silla de posta al magistrado casi soberano.

El director del Jurado de Troyes era un ex teniente del Tribunal civil, ex secretario a sueldo de uno de los comités de la Convención, amigo de Malin y empleado por él. El tal magistrado se llama-

ba Lechesneau, verdadero práctico de la antigua justicia criminal; había, lo mismo que Grévin, ayudado mucho a Malin en sus trabajos jurídicos de la Convención. A causa de esto le recomendó a Cambacérès, que le nombró procurador general en Italia. Desgraciadamente para su carrera, Lechesneau sostuvo relaciones íntimas con una gran dama de Turín, y Napoleón se vió obligado a destituirlo para substraerle a un proceso correccional intentado por el marido sobre la substracción de un hijo adulterino. Lechesneau, que todo se lo debía a Malin, y que adivinaba la importancia de semejante atentado, había llamado al capitán de la gendarmería y a un piquete de doce hombres. Antes de partir se entendió, como es natural, con el prefecto, que, sorprendido por la noche, no pudo servirse del telégrafo. A fin de comunicar el inaudito crimen al ministro de policía general, gran juez y al Emperador, se expidió a París una estafeta. Lechesneau encontró en el salón de Gronderville a las señoras Marion y Grévin, a Violette, al ayuda de cámara del senador y al juez de paz asistido de su escribano. Se habían practicado varias diligencias en el castillo. El juez de paz, ayudado por Grévin, recogía cuidadosamente los primeros datos del proceso. Lo primero que impresionó al magistrado fué las profundas combinaciones que revelaba el suceso y la elección del día y de la hora. La hora impedía buscar inmediatamente los indicios y las pruebas. En aquella época del año, a las cinco y media, momento en que Violette

hubiera podido perseguir a los delincuentes, era casi de noche, y para los malhechores la noche significa casi siempre impunidad. Escoger un día de fiesta, en que todo el mundo salía a ver las máscaras de Arcis, y en que el senador debía encontrarse solo en su casa, ¿no era motivo más que suficiente para borrar las pruebas del delito?

—Hagamos justicia a la perspicacia de los agentes de la Prefectura de policía—dijo Lechesneau—. Constantemente nos han estado avisando para ponernos en guardia contra los nobles de Cinq-Cygne, y nos dijeron que tarde o temprano harían una de las suyas.

Seguro de la actividad del prefecto del Aube, que envió a todas las prefecturas de alrededor de Troyes correos para buscar el rastro de los cinco enmascarados, Lechesneau comenzó a establecer las bases de su instrucción. Contando con dos cabezas jurídicas tan fuertes como las de Grévin y el juez de paz, el trabajo se hizo, como no podía menos, rápidamente. El juez de paz, llamado Pigault, ex primer pasante del bufete donde Malin y Grévin habían estudiado las triquiñuelas de leguleyo en París, fué nombrado tres meses después presidente del Tribunal de Arcis. En lo que se refiere a Michú, Lechesneau conocía las amenazas proferidas anteriormente por aquél contra el señor Marion, y la celada a la cual el senador había escapado en el parque. Estos dos hechos, consecuencia uno del otro, debían ser las premisas del actual atentado, y señalaban tan-

to más al antiguo guarda como jefe de los malhechores, que Grèvin, su mujer, Violette y la señora Marion, declaraban haber reconocido en los cinco individuos enmascarados a un hombre enteramente semejante a Michú. El color de los cabellos y de las patillas, la estatura alta del individuo en cuestión hacían casi inútil su disfraz. ¿Quién más que Michú, además, hubiera podido abrir con llave la verja de Cinq-Cygne? El guarda y su mujer, de vuelta de Arcis e interrogados, declararon haber cerrado las dos verjas con llave. Las verjas, examinadas por el juez de paz, ayudado del guardia rural y de su escribano, no ofrecían traza alguna de violencia.

—Al echarle nosotros de aquí se habrán quedado con las llaves dobles del castillo—dijo Grèvin—. Pero debe haber meditado algún golpe desesperado, pues ha vendido sus bienes en veinte días y cobrado su importe en mi notaría anteayer.

—Ellos le cargarán a él la culpa de todo—dijo Lechesneau, impresionado por lo que acababa de oír—. Michú era para él el instrumento ciego de los gentileshombres.

¿Quién mejor que los señores de Simeuse y de Hauteserre podían conocer a los habitantes del castillo? Ninguno de los asaltantes se equivocó en sus rebuscas; anduvieron en un todo con una seguridad que demostraba que la banda sabía bien lo que quería, y sabía, sobre todo, dónde ir a cogerlo. Ninguno de los armarios abiertos había sido violentado. Los delincuentes demostra-

ban tener las llaves, y, ¡cosa extraña!, no se habían permitido la más pequeña substracción. No se trataba, pues, de un robo. Hasta Violette, después de haber reconocido los caballos del castillo de Cinq-Cigne, había encontrado a la condesita acechando delante del pabellón del guarda. De este conjunto de hechos y de declaraciones resultaban para la justicia menos previsora indicios de culpabilidad respecto a los señores de Simeuse, de Hauteserre y Michú, indicios que se convertirían en certidumbre para un director de Jurado. ¿Qué querían hacer ahora con el futuro conde de Gondreville? ¿Obligarlo a una retrocesión de sus tierras, para cuya adquisición el administrador anunciaba desde 1799 poseer capital? En este punto todo cambiaba de aspecto.

El sabio criminalista se preguntaba cuál podía ser el fin de los tenaces registros hechos en el castillo. Si se hubiera tratado de una venganza, los delincuentes hubiesen podido matar a Malin. Tal vez el senador estaba ya muerto y enterrado. El atentado demostraba por lo menos la existencia del secuestro. ¿Para qué el secuestro, después de las rebuscas llevadas a cabo en el castillo? Ciertamente era una locura el creer que el secuestro de un dignatario del Imperio quedaría mucho tiempo en secreto. La rápida publicidad que debía tener el atentado anulaba los resultados de él.

A tales objeciones, Pigoult respondió que la Justicia jamás puede adivinar todos los motivos

de los desalmados. En todos los procesos criminales existen, entre el juez y el criminal, el criminal y el juez, trozos oscuros; la conciencia tiene abismos donde la luz humana no penetra, sino por la confesión de los culpables.

Grévin y Lechesneau hicieron un signo con la cabeza en señal de asentimiento, sin cesar por eso de tener los ojos fijos en las tinieblas que ellos tenían que aclarar.

—¡El Emperador los ha indultado, a pesar de todo—dijo Pigoult a Grévin y a la señora Marion—; los ha borrado de la lista, aunque fueron de la última conspiración urdida contra él!

Lechesneau mandó, sin más tardar, toda su gendarmería a la selva y al valle de Cinq-Cygne, haciendo acompañar a Giguet por el juez de paz, que era, según los términos del Código, judicialmente, su oficial de policía auxiliar; Giguet encargó al juez que recogiera en la comuna de Cinq-Cygne los elementos de instrucción, y que procediera, si era necesario, a todos los interrogatorios, y, para mayor diligencia, dictó rápidamente y firmó la orden de detención contra Michú, sobre quien recaían cargos evidentes. Después de la partida de los gendarmes y del juez de paz Lechesneau prosiguió el importante trabajo, dictando órdenes de detención contra los Simeuse y los Hauteserre. Según el Código, las actas deben contener todos los cargos que pesan sobre los delinquentes. Giguet y el juez de paz se dirigieron tan rápidamente hacia Cinq-Cygne, que encontraron

a los moradores del castillo que regresaban de Troyes. Detenidos y conducidos a casa del alcalde, donde fueron interrogados, cada uno de ellos, ignorando la importancia de su respuesta, dijo ingenuamente que la víspera le habían concedido permiso para ir durante todo el día a Troyes. A una pregunta del juez de paz, respondieron igualmente que la señorita les había brindado aquella distracción, en la que ninguno de ellos soñaba. Las declaraciones parecieron tan graves al juez de paz, que envió al egipcio a Gondreville a que rogase al señor Lechesneau que viniera a proceder en persona a la detención de los gentileshombres de Cinq-Cygne, a fin de operar simultáneamente, pues él se trasladaba a la granja de Michú para sorprender al pretendido jefe de los malhechores. Los nuevos elementos del proceso parecieron decisivos, y Lechesneau partió inmediatamente para Cinq-Cygne, recomendando a Grévin que hiciera cuidadosamente guardar las huellas que habían dejado los caballos en el parque. El director del Jurado conocía el placer que causaría en Troyes su procedimiento contra los ex nobles, enemigos del pueblo y convertidos en enemigos del Emperador. En semejante disposición de ánimo, un magistrado toma fácilmente unas simples presunciones por pruebas evidentes. Sin embargo, yendo de Gondreville a Cinq-Cygne en el coche del senador, Lechesneau, que ciertamente hubiera hecho un gran magistrado sin la pasión, que luego hizo su desgracia, pues el Empera-

dor, sintiéndose mojigato, halló que era una locura la audacia de los jóvenes nobles y de Michú, muy poco en armonía con el carácter de la señorita de Cinq-Cigne; Lechesneau mismo creyó entonces que las intenciones del atentado eran otras que arrancar al senador la retrocesión de Gondreville. En todo, aun en la magistratura, existe lo que podríamos llamar la conciencia profesional. Las perplejidades de Lechesneau eran el resultante de esta conciencia que todo hombre pone en cumplir aquellos deberes que le son agradables, y que los sabios llevan a la ciencia, los artistas al arte y los jueces a la Justicia. Tal vez por eso los jueces ofrecen a los acusados más confianza que los jurados. El magistrado no se fía sino a las leyes de la razón, mientras que el Jurado se deja llevar por las ondas del sentimiento. El director del Jurado se planteó varias cuestiones a sí mismo, proponiéndose encontrar soluciones satisfactorias en la detención de los delincuentes. Aunque la noticia del secuestro de Malin agitaba ya a la ciudad de Troyes, era todavía ignorada en Arcis a las ocho, pues todo el mundo cenaba cuando fueron a buscar a la gendarmería y al juez de paz; nadie sabía nada, pues, en Cinq-Cygne, cuyo valle y el castillo estaban por segunda vez cercados; pero ahora por la justicia, y no por la policía: las transacciones posibles con la una son a menudo imposibles con la otra.

V

Detenidos.

Lorenza no tuvo más que decir a Marta, a Catalina y a los Durieu que estuvieran dentro del castillo, sin salir ni mirar fuera, para ser estrictamente obedecida por ellos. A cada viaje los caballos se paraban en el camino, frente al portillo, y desde allí, Roberto y Michú, que eran los más robustos de la banda, transportaron secretamente los sacos por el portillo a una cueva, situada bajo la escalera de la torre llamada de la "Señorita". En llegando al castillo, cerca de las cinco y media, los cuatro gentileshombres y Michú se pusieron inmediatamente a enterrar el oro. Lorenza y los de Hauteserre juzgaron conveniente tapiar la cueva. Michú se encargó de esta operación, ayudado por Gothard, que corrió a la granja a buscar algunos sacos de yeso que se guardaban todavía de cuando las obras del castillo, y Marta tornó a casa para entregar secretamente los sacos a Gothard. La granja construída por Michú se hallaba sobre una eminencia del terreno; desde donde en otra ocasión vió a los gendarmes y

adonde se iba pasando por el camino hondo. Michú, muy afanoso, se dió tanta prisa, que cerca de las siete y media había terminado ya su tarea. Volvió rápidamente para impedir a Ghotard que trajese un último saco de yeso que creyó necesitar. La granja donde habitaba Michú estaba ya cercada por el guarda rural de Cinq-Cygne, el juez de paz, su escribano y tres gendarmes, que al acercarse Michú se ocultaron y le dejaron entrar.

Al encontrar Michú a Gothard con su saco al hombro le gritó desde lejos:

—¡Hemos terminado ya, pequeño; vuélvelo a llevar y comerás con nosotros!

Michú tenía la frente llena de sudor y la ropa manchada de yeso, de cal y de barro; estaba muy alegre cuando entró en la cocina de su casa, donde Marta y su madre estaban hirviendo la sopa en espera de él.

En el momento en que Michú cerraba el grifo de la fuente para lavarse las manos se presentó el juez de paz acompañado del escribano y del guarda rural.

—¿Qué quiere usted de nosotros, señor Pignonet?—preguntó Michú.

—¡En nombre del Emperador y de la ley, le detengo a usted!—dijo el juez de paz.

Entonces aparecieron los tres gendarmes conduciendo a Gothard. Al ver los sombreros de los gendarmes, Marta y su madre cambiaron una mirada de espanto.

—¡Bah, bah! ¿Por qué?—preguntó Michú sentándose a la mesa y diciendo a su mujer: —Sírvenme, me muero de hambre.

—Lo sabe usted tan bien como nosotros—dijo el juez de paz haciendo seña al escribano para que comenzase el proceso verbal, después de haber mostrado la orden de arresto al interesado.

—Pero ¿qué te pasa, Gothard? ¿Quieres comer o no?—dijo Michú—. Déjalos que escriban sus tonterías.

—¿Reconoce usted el estado en que se encuentran sus ropas?—dijo el juez de paz—. ¿No negará usted las palabras que acaba de decirle a Gothard en el patio?

Michú, servido por su mujer, que estaba asombrada de la sangre fría de su marido, comía con la avidez propia del hambre, y no respondió; tenía la boca llena y su corazón era inocente. El apetito de Gothard sufrió un aplazamiento a causa de su miedo.

—Vamos a ver—dijo el guarda rural al oído de Michú—, ¿qué has hecho del senador? Por causa tuya se va a hablar de la pena de muerte entre la gente de justicia.

—¡Dios mío!—exclamó Marta, que sorprendida por esas palabras cayó como aterrada.

—¡Violette nos ha jugado alguna mala partida!—exclamó Michú recordando las palabras de Lorenza.

—¡Ah! ¿Conque se acuerda usted de que Violette le ha visto?—dijo el juez de paz.

Michú se mordió los labios y decidió no decir nada más. Gothard imitó a su amo. Viendo la inutilidad de sus esfuerzos para hacerle hablar y conociendo, por otra parte, lo que en el país se llamaba la perversidad de Michú, el juez de paz ordenó que le atasen las manos lo mismo que a Gothard, y que condujeran a ambos al castillo de Cinq-Cygne, adonde se dirigió él también para unirse al director del Jurado.

Los gentileshombres y Lorenza tenían mucho apetito, y la comida les ofrecía un interés muy violento para que la retardasen haciéndose su tocado. Vestida ella de amazona y llevando ellos pantalón blanco de piel, botas de montar y chaqueta de paño verde fueron al salón donde estaban los señores de Hauteserre, bastante inquietos. El buen hombre había observado las idas y venidas, y sobre todo la desconfianza de que había sido objeto, pues Lorenza no pudo someterlo a la consigna dada a los criados. En un momento en que uno de sus hijos había evitado responderle, dijo a su mujer:

—¡Temo que Lorenza nos haya envuelto en algún nuevo y enojoso asunto!

—¿A qué especie de caza habéis ido hoy?— preguntó la señora de Hauteserre a Lorenza.

—¡Ah!, algún día sabrá usted la mala partida de que sus hijos han participado—contestó ella.

Aunque dichas en broma, las palabras de Lorenza asustaron a la vieja señora. Catalina avisó para comer. Lorenza dió el brazo al señor de

Hauteserre y sonrió de la picardía que había hecho a uno de sus primos, obligándole a ofrecer su brazo a la vieja dama, transformada en oráculo por el pacto establecido entre ellos.

El marqués de Simeuse condujo a la señora de Hauteserre hasta la mesa. La escena fué entonces tan solemne que, terminado el *Benedícite*, Lorenza y sus primos sintieron palpar violentamente su corazón. A la señora de Hauteserre, que servía a la mesa, le chocó la ansiedad expresada en la cara de los dos Simeuse y la alteración que observaba en el semblante ingenuo de Lorenza.

—¿Pero pasa algo de extraordinario?—exclamó ella mirando a todos.

—¿A quién habla usted?—dijo Lorenza.

—A todos—respondió la vieja dama.

—En lo que se refiere a mí, madre mía—dijo Roberto—, tengo un hambre canina.

La señora de Hauteserre, sin que le abandonase la turbación, ofreció al marqués de Simeuse un plato que ella destinaba al menor.

—Yo soy como vuestra madre: siempre me equivoco, a pesar de vuestras corbatas. Creí que servía a tu hermano—dijo ella.

—Le ha servido mejor de lo que usted cree—dijo el menor palideciendo—. He aquí al conde Cinq-Cygne.

El pobre muchacho, tan alegre, se puso triste para siempre; pero tuvo fuerza para mirar a Lorenza sonriendo y para reprimir su mortal pe-

sar. En un instante el hermano se sobrepuso al enamorado.

—¡Cómo! ¿Será que la condesa se ha decidido a escoger?—exclamó la vieja dama.

—No—dijo Lorenza—; nos hemos encomendado a la suerte y usted ha sido el instrumento de ella.

Lorenza contó entonces el pacto concertado por la mañana. El mayor de los Simeuse, que veía por momentos aumentar la palidez de su hermano, experimentaba por momentos el deseo de gritar: “¡Cásate tú con ella, yo seré el que muera!” A los postres se oyó llamar a la ventana del comedor, por el lado del jardín. El mayor de los Hauteserre, que salió a abrir, franqueó la entrada al cura, a quien se le había desgarrado el pantalón al escalar la verja del parque.

—¡Escapad, vienen a prenderos!

—¿Por qué?

—No lo sé todavía, pero proceden contra ustedes.

Estas palabras fueron acogidas con una carcajada general.

—¡Nosotros somos inocentes!—exclamaron los gentileshombres.

—Inocentes o culpables—dijo el cura—, montad a caballo y ganad la frontera. Allí estarán ustedes en condiciones de probar su inocencia. Se puede escapar de una condena por contumacia, pero no de una condena contradictoria producida

por las pasiones populares y preparada por los prejuicios. Acuérdense ustedes de la palabra del presidente de Harlay: "Si se me acusase de haber robado las torres de Nuestra Señora, comenzaría por escaparme."

—Pero huir ¿no es declararse culpable?—dijo el marqués de Simeuse.

—¡No huyáis!—dijo Lorenza.

—Siempre tonterías sublimes—dijo el cura desesperadamente—. Si yo tuviera el poder de Dios, les sacaría de aquí. Pero si me encuentran en este salón, y en este estado, volverán contra ustedes y contra mí tan singular visita. Me escapo por donde he venido. Piénsenlo bien; todavía tienen tiempo. Las gentes de justicia no han pensado en la pared medianera del presbiterio, y están ustedes cercados por todas partes.

El resonar de los pasos de una muchedumbre y el ruido de los sables de la gendarmería llenaban el patio y llegaron al comedor instantes después de la partida del pobre cura, que no tuvo más éxito en sus consejos que el marqués de Chargeboeuf.

—Nuestra existencia en común—dijo melancólicamente el menor de los Simeuse a Lorenza—es una monstruosidad, y el amor que nosotros sentimos es monstruoso. Esta monstruosidad ha ganado tu corazón. Tal vez porque las leyes de la Naturaleza se hallan trastornadas en los hermanos gemelos, aquellos cuya historia ha sido conservada, los presenta siempre desgraciados. ¡En

cuanto a nosotros, con qué persistencia nos persigue la adversidad! ¡Otra vez tu decisión se retrasará!

Lorenza estaba como atontada; oía como un zumbido aquellas palabras, siniestras para ella, pronunciadas por el director del Jurado: "En nombre del Emperador y de la ley, detengo a los señores Pablo María y María Pablo de Simeuse, a Adriano y Roberto de Hauteserre. Estos señores —añadió, mostrando a los que le acompañaban las huellas de barro en las ropas de los gentileshombres—, ¿no negarán que han pasado una parte de la jornada montados a caballo?

—¿De qué se les acusa?—preguntó orgullosamente la condesita.

—¿No detienen ustedes a la señorita?—dijo Guiget.

—No; la dejo en libertad bajo fianza, hasta que los cargos que pesan sobre ella sean examinados más ampliamente.

Goulard se ofreció como fiador, pidiendo sencillamente a la condesa su palabra de honor de no escaparse. Lorenza confundió con una mirada tan altiva al antiguo caballerizo de la casa de Simeuse, que tornó a aquel hombre, desde el instante, en enemigo mortal de ella. Y una lágrima salió de sus ojos, una de esas lágrimas de rabia que presagian un infierno de dolores. Los cuatro gentileshombres cambiaron una mirada terrible y permanecieron inmóviles. Los señores de Hauteserre, creyendo haber sido engañados por los

cuatro jóvenes y Lorenza, se hallaban en un estado de estupor indecible. Clavados en sus sillones los padres, que veían cómo se les arrancaba a sus hijos, después de haber temido tanto por ellos y de haberlos recuperado, miraban sin ver, escuchaban sin oír.

—¿Será necesario que le pida a usted que salga fiador por mí, señor de Hautesserre?—exclamó Lorenza a su ex tutor, que fué despertado por ese grito, desgarrador e inconfundible para él, como el sonido de la trompeta del juicio final.

El anciano secó las lágrimas que acudían a sus ojos, lo comprendió todo, y con voz débil respondió a su pariente:

—¡Perdón, condesa; ya sabe que yo le pertenezco con toda el alma!

Lechesneau, sorprendido primeramente por la tranquilidad de unos culpables que había hallado comiendo, volvió a pensar en sus primeras ideas sobre la culpabilidad y vió el estupor de aquella familia y el aire soñador de Lorenza, que trataba de adivinar la trampa que se les había tendido.

—Señores—dijo él cortésmente—, son ustedes demasiado bien educados para oponer una resistencia inútil; síganme los cuatro a las cuadras, donde hay necesidad de quitar en su presencia las herraduras a sus caballos, que han de ser pruebas importantes del proceso y demostrarán tal vez su inocencia o su culpabilidad... Venga usted también, señorita.

El herrador de Cinq-Cygne y su hijo han sido

requeridos por Lechesneau para que vengan en calidad de peritos. Durante la operación que se estaba realizando en las cuadras, el juez de paz condujo a Gothard y a Michú. La operación de quitar las herraduras a cada caballo y de señalarlas para que no se confundieran, para proceder luego a confrontarlas con las huellas que habían dejado en el parque los caballos de los autores del atentado, llevó bastante tiempo. Sin embargo, Lechesneau, prevenido de la llegada de Pigoult, dejó a los acusados en poder de los gendarmes y se fué al comedor para dictar el proceso verbal. El juez de paz le mostró el estado de las ropas de Michú, refiriendo las circunstancias de la detención.

—Habrán matado al senador y lo habrán enterrado bajo yeso en cualquier muralla—terminó diciendo Pigoult a Lechesneau.

—Ahora tengo miedo—respondió el magistrado—. ¿Adónde has llevado el yeso?—dijo a Gothard.

Gothard se puso a llorar.

—La justicia le espanta—dijo Michú, cuyos ojos lanzaban fuego, como los del león cazado en una red.

Todos los habitantes de la casa, retenidos en la vivienda del alcalde, llegaron entonces y se agolparon en la antecámara, donde Catalina y los Durieu se hallaban llorando, y les hicieron saber la importancia de sus declaraciones. A todas las preguntas del director y del juez de paz, Gothard respondió con sollozos; de tanto llorar acabó por pro-

ducirse a sí mismo una especie de ataque convulsivo que asustó a todos. Los demás le dejaron solo. El bribonzuelo, al ver que ya no le vigilaban, miró a Michú sonriendo, y Michú le contestó con otra mirada asintiendo a su conducta. Lechesneau dejó al juez de paz para ir a dar prisa a los peritos.

—Señor—dijo al cabo la señora de Hauteserre, dirigiéndose a Pigoult—, ¿quiere usted explicarnos la causa de estas detenciones?

—Estos señores están acusados de haber secuestrado a mano armada al senador, pues nosotros no suponemos que hayan llegado a matarle, a pesar de las apariencias.

—¿Y en qué pena han incurrido los autores del crimen?—preguntó el bueno de Hauteserre.

—Como quiera que las leyes, que no han sido derogadas por el Código actual siguen en vigor, les corresponde la pena de muerte—repuso el juez de paz.

—¡Pena de muerte!—exclamó la señora de Hauteserre: y se desmayó.

El cura llegó en este momento acompañado de su hermana, que llamó a Catalina y a Durieu.

—¡Pero si nosotros no hemos visto siquiera a vuestro maldito senador—exclamó Michú.

—La señora Marion y la señora de Grévin, el señor Grévin, el ayuda de cámara, el senador, no pueden decir otro tanto—respondió Pigoult, con la sonrisa aceda de un magistrado convencido.

—No comprendo nada de todo esto—dijo Michú, a quien esta respuesta produjo gran estupor, y que

comenzaba a sentirse envuelto, en compañía de sus amos, en una intriga.

En aquel momento todo el mundo volvió de las cuadras. Lorenza corrió hacia la señora de Hautesserre, que contuvo la respiración para decirle: "Hay pena de muerte."

—¿Pena de muerte?...—repitió Lorenza mirando a los cuatro gentileshombres.

Aquella palabra produjo consternación. Guiget, instruido por Corentin, aprovechó aquella circunstancia.

—Todo puede arreglarse todavía—dijo llevando aparte al marqués de Simeuse—. ¿Quién sabe si todo no es más que una broma? ¡Qué diablo! Usted ha sido militar. Entre soldados es fácil entenderse. ¿Qué han hecho ustedes con el senador? Si lo han matado no hay que hablar más; pero si no se trata sino de un secuestro, pónganle en libertad, pues ya ven ustedes que el golpe ha fallado. Yo estoy cierto que el director del Jurado, de acuerdo con el senador, echará tierra al asunto.

—Nosotros no comprendemos nada de lo que usted nos dice—dijo el marqués de Simeuse.

—Si usted lo toma así, esto irá lejos—dijo el teniente.

—Querida prima—dijo el marqués de Simeuse—, nos van a encarcelar, pero no te inquietes; dentro de unas horas volveremos; hay en este asunto equívocos que es preciso desvanecer.

—Yo lo deseo por ustedes, señores—dijo el magistrado haciendo señas a Guiget de conducir a los cuatro gentileshombres, Gothard y Michú—. No los llevéis a Troyes—dijo al teniente—, tenedlos en el puesto de Arcis; mañana por la mañana deben estar presentes en la confrontación de las herraduras con las huellas del parque.

Lechesneau y Pigoult no se fueron sino después de haber interrogado a Catalina, a Hautesserre y su señora y a Lorenza. Los Durieu, Catalina y Marta declararon no haber visto a sus amos más que durante la comida; el señor de Hautesserre dijo haberlos visto a las tres. Cuando a media noche Lorenza se vió sola entre los esposos de Hautesserre, el abate Goujet y su hermana, sin los cuatro jóvenes que desde hacía diez y ocho meses daban vida al castillo, y que eran su amor y su alegría, guardó un largo silencio que nadie osó romper. Jamás hubo aficción más profunda ni más completa. Se oyó un suspiro y todos se volvieron a mirarla.

Marta, olvidada en un rincón, se levantó diciendo: —¡La muerte! Señora... los matarán a pesar de su inocencia.

—¿Qué tiene usted?—dijo el cura.

Lorenza salió sin pronunciar palabra. Tenía necesidad de silencio para volver a encontrar su fuerza en medio del desastre imprevisto.

VI

Vacilaciones de los defensores oficiosos.

A treinta años de distancia, durante los cuales han tenido lugar tres grandes revoluciones, los ancianos sólo pueden recordar hoy día el ruido inaudito producido en Europa por el secuestro de un senador del Imperio francés. Ningún proceso, excepto los de Trumeau, el tendero de la plaza de San Michel, y el de la viuda de Morin, bajo el Imperio; los de Fualdès y el de Castaing, bajo la Restauración; los de la señora Lafarge y de Fieschi, bajo el Gobierno actual, igualó en interés y en curiosidad al de los jóvenes acusados del secuestro de Malin. Un atentado tal contra un miembro de su Senado excitó la cólera del Emperador, al que comunicaron la detención de los delincuentes casi al mismo tiempo que la comisión del delito y el resultado negativo de las pesquisas. La selva, que había sido registrada en lo más recondito; el Aube y las provincias limítrofes escudriñadas en toda su extensión, no ofrecieron el menor indicio del paso o del secuestro del conde de Gondreville. El juez supremo en-

viado por Napoleón se trasladó al lugar del suceso después de haber recibido informes del ministro de policía y que éste le explicara la situación de Malin frente a los Simeuse. El Emperador, ocupado entonces en cosas graves, encontró la solución del asunto en los hechos anteriores.

—Esos jóvenes están locos—dijo—. Un juriconsulto como Malin debe ser encontrado a toda costa. Vigilad a esos nobles para saber cómo se las arreglarán para poner en libertad al conde de Gondreville.

Y recomendó la mayor diligencia en un asunto en el que él veía un atentado contra sus instituciones, un fatal ejemplo de resistencia a los efectos de la revolución, un ataque a la gran cuestión de los bienes nacionales, y un obstáculo a la fusión de los partidos, que constituía la preocupación constante de su política interior. Se consideraba, en resumidas cuentas, burlado por unos muchachos que le habían prometido conducirse bien y vivir tranquilamente alejados de toda lucha realista.

—La predicción de Fouché se ha realizado—exclamó recordando la frase proferida dos años antes por su actual ministro de la policía, bajo la impresión producida en él por el informe de Corentin acerca de Lorenza.

Nadie se puede figurar el celo que una palabra del emperador imprimía a la máquina política o administrativa bajo un Gobierno constitucional en que nadie se interesaba por la cosa pública,

ciego y mudo, ingrato y frío. La poderosa voluntad del Emperador parecía comunicarse tanto a las cosas como a los hombres. Una vez daba su opinión, el Emperador, sorprendido por la coalición de 1806, olvidó el asunto. Pensaba en las nuevas batallas y se ocupaba en movilizar sus regimientos para asestar un gran golpe en el corazón de la monarquía prusiana. Pero su deseo de que se hiciera pronta justicia encontró un poderoso vehículo en la incertidumbre de los magistrados del Imperio. En ese momento, Cambacérès, en su calidad de canciller mayor, y el juez superior Régnier preparaban la creación de los Tribunales de primera instancia, de las salas imperiales y la sala de casación; agitaban la cuestión de los trajes, de los que Napoleón se ocupaba mucho, y con razón; seleccionaban el personal y rebuscaban los restos de los Parlamentos abolidos. Naturalmente, los magistrados del Aube pensaron que dar pruebas de celo en el asunto del secuestro del conde de Gondreville sería una excelente recomendación. Las suposiciones de Napoleón se convirtieron entonces en certidumbres para los cortesanos y las masas.

La paz reinaba todavía en el continente, y la admiración por el Emperador era unánime en Francia: halagaba los intereses, las vanidades, las personas, las cosas, todo, en fin, hasta los recuerdos. La empresa pareció, pues, a todo el mundo un atentado a la tranquilidad pública. Por tanto, los pobres gentileshombres, inocentes, fueron cubiertos de general oprobio. En pequeño núme-

ro, y confinados en sus tierras, los nobles lamentaban el asunto entre ellos, pero ninguno osaba decir palabra. ¿Cómo, en efecto, oponerse al desbordamiento de la opinión pública? En la provincia se exhumaron los cadáveres de las once personas muertas en 1792, por detrás de las persianas del palacio de Cinq-Cygne, y con este motivo se condenaba sin piedad a los acusados. Se temía que los emigrantes no ejerciesen, enardecidos, violencia sobre los compradores de sus bienes, para preparar de este modo la restitución y protestar contra el injusto despojo. Los cuatro gentileshombres fueron, pues, tratados como bandidos, ladrones o asesinos; la complicidad de Michú les fué particularmente funesta. El hombre que había cortado, él o su suegro, todas las cabezas que cayeron bajo el Terror en su provincia, era objeto de los chismes más ridículos. La exasperación fué tanto más viva cuanto Malin había colocado a casi todos los funcionarios del Aube. Ninguna voz generosa se dejó oír para contradecir la voz pública. Los desgraciados no tenían ningún medio legal para combatir tal hostilidad; pues entregando a los jurados los elementos de acusación y de juicio, el código de Brumario no había podido dar a los acusados la inmensa garantía del recurso de acusación por causa de sospecha legítima. Pasados dos días de la detención, amos y criados del castillo de Cinq-Cygne fueron requeridos a comparecer ante el Jurado de acusación. Se dejó Cinq-Cygne entregado a la guarda del colono, bajo la inspección del aba-

te Goujet y de su hermana, que se instalaron allí. La señorita de Cinq-Cygne y los señores de Haute-serre fueron a ocupar la casita que poseía Durieu en uno de los largos y espaciosos arrabales que se extendían en los alrededores de la ciudad de Troyes. Lorenza sintió el corazón oprimido cuando percibió el furor de las masas, la malignidad de la burguesía y la hostilidad del elemento oficial en algunos pequeños hechos que suceden siempre a los parientes de las personas complicadas en un asunto criminal y que viven en las ciudades donde han de ser juzgados. En lugar de palabras de consuelo y confortación, de compasión, se oyen conversaciones que revelan terribles deseos de venganza; los testimonios de odio ocupan el lugar de los actos de estricta cortesía o de la reserva que la prudencia manda, y, sobre todo, un aislamiento afectado por las personas ordinarias, más rápidamente percibido cuanto la desgracia excita la desconfianza. Lorenza había recobrado su fuerza de ánimo; confiaba en la claridad de la inocencia y despreciaba demasiado a la multitud para asustarse de aquel silencio de desaprobación con que era acogida. Ella sostenía el valor de los señores de Haute-serre, pensando al propio tiempo en la batalla judicial que, a juzgar por la rapidez del procedimiento, debía librarse muy pronto ante la Sala de lo criminal. Pero Lorenza iba a recibir un golpe que ella no esperaba, y que iba a disminuir su valor. En medio del desastre y del desbordamiento general, cuando aquella familia, afligida, se en-

contraba como en un desierto, un hombre se engrandeció a los ojos de Lorenza, mostrando toda la belleza de su carácter. Al día siguiente, en que la acusación fué aprobada por la fórmula: *Sí, ha lugar*, que el jefe del Jurado escribió al pie del acta, y ésta fué enviada al acusador público, y la orden de detención contra los acusados convertida en un auto de prisión, el marqués de Chargeboeuf tomó su vieja calesa y fué en socorro de su joven pariente. Previendo la rapidez de la Justicia, el jefe de esta gran familia se apresuró a ir a París, de donde trajo uno de los más sagaces y más honrados procuradores del antiguo régimen, Bordin, procurador judicial de la nobleza en París durante diez años, y quien tuvo por sucesor al célebre abogado Derville. El digno procurador escogió en seguida por abogado al nieto de un ex presidente del parlamento de Normandía, que se preparaba para ingresar en la magistratura y que había hecho los estudios bajo la tutela de Bordin. El joven abogado, para emplear un término abolido que el Emperador iba a resucitar, fué nombrado, en efecto, substituto del procurador general de París, después del proceso actual, convirtiéndose en uno de los más ilustres magistrados. El señor de Grandville aceptó la defensa que se le proponía como una ocasión admirable para darse a conocer. En aquella época los abogados eran reemplazados por defensores de oficio. De este modo, el derecho de defensa no estaba restringido, y todos los ciudadanos podían pleitear y defender su inocencia;

pero, a pesar de esto, los acusados no dejaban de nombrar abogados propios que los defendieran. El viejo marqués, asustado de los estragos que el dolor había causado en Lorenza, estuvo a gran altura por su tacto y su delicadeza. Se abstuvo de recordar los consejos que había dado antes de que llegara lo que su sagacidad preveía; presentó a Bordin como un oráculo cuyos consejos debían ser seguidos al pie de la letra, y el joven de Grandville como un defensor en quien se podía tener entera confianza.

Lorenza tendió la mano al viejo marqués y éste estrechó la suya con una viveza que la conmovió.

—Tenía usted razón—dijo ella.

—¿Está usted dispuesta ahora a escuchar mis consejos?—le preguntó él.

La condesita hizo lo mismo que el señor y la señora de Hauteserre, un signo de asentimiento.

—Entonces venga usted a mi casa, que está en el centro de la ciudad, cerca del Tribunal; usted y sus abogados se encontrarán mejor allí que aquí, donde están aglomerados, y mucho más lejos del campo de batalla. No tendrán que atravesar a diario la ciudad.

Lorenza aceptó; el anciano la condujo, lo mismo que a los Hauteserre, a su casa, que fué la de los defensores y de los moradores de Cinq-Cygne en tanto que duró el proceso. Después de la comida, y a puerta cerrada, Bordin hizo que Lorenza le contara exactamente todas las circuns-

tancias del asunto, rogándole no omitiese ningún detalle, aunque algunos de los hechos anteriores habían sido referidos ya a Bordin y al joven defensor por el marqués, durante su viaje de París a Troyes. Bordin escuchaba calentándose los pies, sin darse la menor importancia. El joven abogado no podía reprimir que su atención se dividiese entre la admiración que le inspiraba la señorita de Cinq-Cygne y escuchar lo que se le refería acerca de la causa.

—¿Eso es todo?—preguntó Bordin cuando Lorenza hubo contado todos los episodios del drama, tales como el presente relato los ha presentado hasta ahora.

—Sí—dijo ella.

El más profundo silencio reinó durante algunos instantes en el salón del palacio de Chargeboeuf, donde se desarrollaba esta escena, una de las más graves que tuvieron lugar durante su vida y una de las más extrañas. Todo proceso es juzgado por los abogados antes que por los jueces, lo mismo que la muerte del enfermo es presentida por los médicos antes de la lucha que los unos han de sostener con la Naturaleza y los otros con la Justicia. Lorenza, el señor de Hautesserre y su esposa y el marqués tenían los ojos puestos en la cara morena, profundamente arrugada y picada de viruelas, del viejo procurador, que iba a pronunciar palabras de vida o muerte. El señor de Hautesserre enjugaba las gotas de sudor de su frente. Lorenza miraba al joven abo-

gado y encontraba la tristeza retratada en su semblante.

—¿Qué le parece a usted, querido Bordin?—dijo la marquesa ofreciéndole su tabaquera.

El procurador, distraídamente, tomó un poco de rapé.

Bordin, que llevaba medias de seda negra, se rascó las piernas; vestía pantalón negro y llevaba un traje que se parecía por su forma a los trajes llamados de estilo francés; miró con sus ojos maliciosos a sus clientes con una expresión temerosa que dejó fríos a los circunstantes.

—¿Es preciso que les haga la disección del asunto—dijo—y que les hable francamente?

—¡Hable usted!—dijo Lorenza.

—Todo lo que ustedes han hecho hasta ahora de bien se vuelve en cargos contra ustedes—dijo entonces el viejo prácticón—. Es imposible salvar a sus parientes; lo que puede hacerse es disminuir la pena. La venta de los bienes de Michú, que ustedes han aconsejado a éste, será tomada por la prueba más evidente de las intenciones criminales de ustedes contra el senador. Ustedes habrán enviado expresamente a Troyes a sus servidores para estar solos, y esto será tomado como más verosímil puesto que es verdad. El mayor de los Hauteserre dijo a Beauvisage una palabra horrorosa que les pierde a todos ustedes. En el patio alguien de ustedes ha pronunciado otra palabra que prueba con anticipación el malquerer de ustedes contra los Gondreville. En cuan-

to a usted, estaba en la verja de observación en el momento del atentado, y si no la persiguen, es por no introducir un elemento de interés en el proceso.

—La causa no es defendible—dijo el señor de Grandville.

—Y lo es mucho menos—repuso Bordin—, porque es imposible decir la verdad. Michú, los señores de Simeuse y de Hauteserre deben atenerse simplemente a la declaración de que fueron a la selva con usted durante una parte de la jornada y que volvieron a comer a Cinq-Cygne. Aun en el caso que nosotros podamos establecer que ustedes estaban todos allí a las tres, mientras se realizaba el atentado, ¿dónde están los testigos? Marta, la mujer de uno de los acusados; los Durieu y Catalina, gente a sus órdenes; el señor y la señora, padres de dos de los acusados. Estos testigos no tienen valor; la ley no les admite contra ustedes, pero el buen sentido los rechaza en su favor. Si, por desgracia, ustedes declaran que fueron a buscar un millón cien mil francos en oro enterrados en la selva, condenará a galeras por ladrones a los acusados. El acusador público, los jueces, los jurados, la audiencia y Francia entera creerán que ese oro ha sido robado de Gondreville y que el senador ha sido secuestrado para dar el golpe. Admitiendo la acusación tal cual se encuentra en este momento, el asunto no está claro; pero en puridad de verdad se convertiría en límpido; los jurados explicarían por

el robo todas las partes tenebrosas del proceso, pues hoy día realista quiere decir bandido. El actual caso presenta una venganza admisible dada la situación política. Los acusados han incurrido en la pena de muerte, pero ésta no es deshonrosa para todo el mundo; mientras que mezclando la substracción de dinero, que jamás parecerá legítima, pierden ustedes el interés que inspiran siempre los condenados a muerte cuando su crimen parece disculpable. En el primer momento, cuando ustedes podían mostrar su escondrijo, el plano de la selva, los rollos de hoja de lata, el oro, para justificar el empleo de la jornada, hubiera sido posible sacar partido de ellos ante magistrados imparciales; pero en el estado de cosas en que nos encontramos hay que callarse. Dios quiera que ninguno de los seis acusados haya comprometido su causa; sin embargo, veremos de sacar partido de sus interrogatorios.

Lorenza se retorció las manos de desesperación y miraba al cielo angustiada, pues ahora comprendía la profundidad del precipicio donde habían caído sus primos. El marqués y el joven defensor aprobaron el terrible discurso de Bordin. El bueno de Hauteserre lloraba.

—¿Por qué no haber escuchado al abate Goujet cuando quería hacerlos huir?—dijo la de Hauteserre exasperada.

—¡Ah!—exclamó el ex procurador—, si ustedes hubieran podido hacer que se salvaran, y no lo hubiesen hecho, los habrían matado ustedes

mismos. La contumacia da tiempo. Con el tiempo se aclaran los asuntos inocentes. Este me parece el más tenebroso que yo he visto en mi vida, ¡y he desenredado muchos!

—Es inexplicable para todo el mundo, incluso para nosotros mismos—dijo el señor Grandville—. Si los acusados son inocentes, el golpe ha sido dado por otros. Cinco personas no llegan a un país por encantamiento, no se proporcionan caballos herrados igual que los de los acusados, ni imitan su semejanza y colocan a Malin en una fosa expresamente para perder a Michú, a los señores de Hauteserre y a los de Simeuse. Los desconocidos, los verdaderos culpables, tenían un interés determinado para ponerse en lugar de los cinco inocentes. Para encontrarlos; para buscar su rastro, nos harían falta, lo mismo que al Gobierno, tantos agentes y tantos ojos como pueblos hay a veinte leguas a la redonda.

—Eso es una cosa imposible—dijo Bordin—. No hay que pensar siquiera en ello. Desde que las sociedades han inventado la Justicia no han encontrado jamás el medio de dar al inocente acusado un poder igual al que dispone el magistrado contra el crimen. La Justicia no es bilateral. La defensa no tiene ni espías, ni policía, ni dispone, por consiguiente, en favor de sus clientes del poder social. La inocencia no tiene más que el razonamiento; y el razonamiento, que puede impresionar a los jueces, es a menudo impotente para vencer los prejuicios de los jurados.

El país entero está contra ustedes. Los ocho jurados que han sancionado el acta de acusación son propietarios de bienes nacionales. Nos encontraremos entre los jurados del juicio, gentes que serán, como los primeros, compradores, vendedores de bienes nacionales o empleados. En resumen: que tendremos un jurado de Malin. Hace falta, por tanto, un sistema completo de defensa, no salir de él y perecer en la inocencia. Serán condenados. Nosotros iremos al Tribunal de casación, y trataremos de permanecer en él largo tiempo. Si en el intervalo yo puedo recoger pruebas en su favor, tendrán el recurso del indulto. He aquí la anatomía del proceso, en mi opinión. Si triunfamos—pues todo es posible en la Justicia—, será un milagro; ahora bien: su abogado es, entre todos los que yo conozco, el más capaz de hacer este milagro, y yo le ayudaré.

—El senador debe tener la clave del enigma—dijo entonces el señor de Grandville—, pues siempre se sabe quién nos quiere mal y por qué nos quiere mal. Le estoy viendo dejar París a fin del invierno, venir a Gondreville solo, sin séquito, encerrarse con su notario y entregarse, por decirlo así, a los cinco hombres que le maniataron.

—Ciertamente—dijo Bordin—, su conducta es tan extraordinaria como la nuestra; pero ¿cómo ante un pueblo sublevado contra nosotros convertimos de acusados en acusadores? Nos haría falta la benevolencia, la ayuda del Gobierno y mil veces más pruebas que en un caso ordinario. Veo

claramente la premeditación más refinada en nuestros desconocidos adversarios, que conocían la situación de Michú y de los señores de Simeuse respecto a Malin. ¡No hablar! ¡No robar! Hay prudencia en esto. Yo veo bajo esas máscaras una cosa bien diferente a los malhechores. ¡Pero vaya usted a decírselo a los jurados que nos pondrán!

Aquella perspicacia en los asuntos privados que tanto mérito da a ciertos abogados y a ciertos magistrados, asombraba y confundía a Lorenza, que tenía el corazón en un puño ante esta tremenda lógica.

—De cien asuntos criminales—dijo Bordin—, no hay diez que la Justicia desenvuelva en toda su extensión, y hay tal vez más de una tercera parte cuyo secreto le es desconocido. El de ustedes pertenece a la categoría de los indescifrables para los acusados y para los acusadores, para la Justicia y para el público. En cuanto al soberano, tiene otras cosas en que ocuparse para socorrer a los señores Simeuse, a pesar de que éstos no hubieran querido derribarle. ¿Quién persigue a Malin? ¿Y qué quieren obtener de él?

Bordin y el señor de Grandville se miraron como si dudaran de la veracidad de Lorenza. Aquella mirada fué uno de los más agudos dolores que le proporcionó el asunto; ella también miró a los dos defensores de un modo que borró en ellos toda sospecha.

A la mañana siguiente el sumario fué remiti-

do a los defensores, que podían ya comunicarse con los acusados. Bordin comunicó a su familia que, como gente distinguida, los seis acusados *se habían portado bien*, para decirlo en términos profesionales.

—El señor de Grandville defenderá a Michú.

—¿Michú?...—exclamó el señor de Chargeboeuf extrañado de aquel cambio.

—En él está la entraña del asunto y en él está el peligro—replicó el viejo procurador.

—Si él es el más expuesto, la cosa me parece justa—exclamó Lorenza.

—Nosotros advertimos las probabilidades de éxito—dijo el señor de Grandville—, y vamos a estudiarlas. Si podemos salvarlos será porque el señor de Hautesserre dijo a Michú que arreglase uno de los postes de la barrera del camino hon-do y porque un lobo ha sido visto en la selva; pues todo depende de los debates de la Sala de lo criminal, y los debates se desarrollarán sobre cosas pequeñas que ustedes verán convertirse en inmensas.

Lorenza cayó en el abatimiento interior que tanto mortifica el alma de todas las personas de acción y de pensamiento, cuando la inutilidad de la acción y del pensamiento se les aparece con toda claridad. No se trataba aquí de derribar a un hombre o su poder con la ayuda de gentes fieles, de simpatías fanáticas envueltas en sombras de misterio: veía a la sociedad entera armada contra ella y sus primos. Una persona

sola no toma por asalto una prisión, no se pone en libertad a unos encarcelados en el seno de una población hostil y bajo los ojos de una policía despierta por la supuesta audacia de los acusados. Por esto, cuando asustado por el estupor de que daba muestras la noble y generosa joven, a quien su fisonomía daba mayor aspecto de estupefacción, el defensor trató de reconfortar su ánimo, respondió ella:

—No hablo, sufro y espero.

El acento, el gesto y la mirada dieron a esta respuesta una de esas formas sublimes a las que falta escenario más amplio para alcanzar celebridad. Unos instantes después el bueno de Haute-serre decía al marqués de Chargeboeuf:

—¡Para esto he trabajado tanto por mis hijos! Había ya reunido para ellos cerca de ocho mil libras de renta del Estado. Si hubieran querido servir hubiesen alcanzado grados superiores y podrían casarse hoy ventajosamente. He aquí todos mis planes al agua.

—¿Cómo es posible—dijo su mujer—que pienses en sus intereses cuando se trata de su honor y de su vida?

—El señor de Hauteserre piensa en todo—dijo el marqués.

VII

Marta, comprometida.

Mientras los moradores de Cinq-Cygne aguardaban la apertura de las sesiones de la Sala de lo criminal y solicitaban infructuosamente permiso para ver a los prisioneros, tenía lugar en el castillo, en medio del más profundo secreto, un suceso de la mayor gravedad. Marta volvió a Cinq-Cygne inmediatamente de su declaración ante el Jurado de acusación. Su declaración fué insignificante, y Marta no fué citada por el acusador público para comparecer ante la Sala de lo criminal. Como todas las personas de excesiva sensibilidad, la pobre mujer se hallaba sentada en el salón, acompañando a la señorita Goujet, en un estado de estupor que daba lástima. Para ella, lo mismo que para el cura y para todos los que no sabían el empleo que habían dado los acusados a la jornada, su inocencia parecía dudosa. Por momentos Marta creía que Michú, sus amos y Lorenza habían ejecutado alguna venganza contra el senador. La desgraciada mujer conocía demasiado la fidelidad de Michú para comprender que, de todos los acusados, él

era el que se hallaba más en peligro, bien a causa de sus antecedentes, bien por la parte que hubiera tomado en la ejecución.

El abate Goujet, su hermana y Marta se perdían en conjeturas; pero, a fuerza de meditar, dejaban que su espíritu se abandonase a la ventura. La duda absoluta que predica Descartes no es más fácil de obtener en el cerebro del hombre que el vacío en la Naturaleza, y la operación espiritual que habría de producirla daría lugar, como acontece en la máquina neumática, a un estado excepcional y monstruoso. En todas las materias se cree en alguna cosa. Marta tenía tanto miedo a la culpabilidad de los acusados, que su temor equivalía a la creencia; esta situación de espíritu le fué fatal. Cinco días después de la detención de los gentileshombres, en el momento en que iba a acostarse, a las diez de la noche, fué llamada desde el patio por su madre, que acababa de llegar a pie a la granja.

—Un obrero de Troyes quiere hablar contigo, de parte de Michú, y te espera en el camino hondo—dijo la madre.

Las dos mujeres pasaron por el portillo para tomar el camino más corto. En la obscuridad de la noche le fué imposible a Marta distinguir otra cosa que el cuerpo de una persona que se movía en las tinieblas.

—Hablad, señora, para que yo pueda cerciorarme de que usted es la mujer de Michú—dijo aquella persona con voz bastante inquieta.

—Yo soy —dijo Marta—. ¿Qué quiere usted de mí?

—Bueno—dijo el desconocido—. Deme la mano; no tenga miedo de mí. Yo vengo—dijo a Marta al oído—de parte de Michú a traer una carta. Soy uno de los empleados de la cárcel, y si mis superiores se aperciben de mi ausencia, estamos perdidos. Confíe en mí. Hace tiempo que su buen padre me dió este empleo. Por eso Michú ha confiado en mí.

Puso una carta en la mano de Marta y desapareció por la selva sin esperar respuesta. Marta se estremeció, pensando que iba a saber el secreto de lo que sucedía. Corrió hacia la granja con su madre y se encerró para leer la carta siguiente:

“Mi querida Marta: Puedes contar con la discreción del hombre que te llevará esta carta; no sabe leer ni escribir, y es uno de los más convencidos republicanos de la conspiración de Babeuf; tu padre lo utilizó con frecuencia, y considera al senador como a un traidor. Pues bien, querida Marta: el senador ha sido encerrado por nosotros en la cueva donde escondimos a nuestros amos. El miserable no tiene víveres sino para cinco días, y como nos interesa que viva, desde el momento en que recibas estas letras llévale alimento para cinco días lo menos. La selva debe estar vigilada; toma todas las precauciones que nosotros tomamos cuando nuestros jóvenes amos. No

digas una palabra a Malin, no le hables y ponte una de nuestras caretas, que encontrarás en un peldaño de la cueva. Si no quieres comprometer nuestras cabezas, debes guardar silencio absoluto acerca del secreto que me veo obligado a confiar-te. No digas una palabra a la señorita de Cinq-Cygne, que podría desconfiar. No temas nada por mí. Estamos seguros del buen resultado de este asunto, y, cuando sea necesario, Malin nos salvará. Y voy a terminar: cuando hayas leído esta carta no es necesario que te diga que la arrojes al fuego, pues me podría costar la cabeza si vieran una sola línea de ella.

Muchos besos de tu esposo

Michú."

La cueva, situada en la altura del centro de la selva, no era conocida más que de Marta, de su hijo, de Michú, de los cuatro gentileshombres y de Lorenza; al menos, Marta, a quien su marido no había dicho nada del encuentro con Peyrade y Corentin, debía creerlo así. Por esto, la carta, que le pareció escrita y firmada por Michú, no podía venir sino de él. Es cierto que si Marta hubiera consultado inmediatamente a su amo, a su ama y sus abogados, que conocían la inocencia de los acusados, el sagaz procurador habría obtenido alguna luz acerca de las pérfidas combinaciones en que se hallaban envueltos sus clientes. Pero Marta, dejándose guiar por su primer movimiento, como la mayoría de las mujeres, y convenci-

da por aquellas razones que saltaban a la vista para ella, tiró la carta al fuego. Sin embargo, por una singular luz de prudencia retiró del fuego la parte de la carta que no estaba escrita, guardando el pedazo que contenía las cinco primeras líneas, cuyo sentido no podía comprender nadie, y lo cosió en el dobladillo de su vestido. Asustada de saber que el secuestrado ayunaba desde hacía veinticuatro horas, quiso llevarle un poco de vino, de pan y de carne aquella noche misma. Su curiosidad, tanto como su humanidad, no le permitían aplazarlo para el día siguiente. Encendió la lumbre, y ayudada por su madre, hizo un pastel de liebre y de pato, un dulce de arroz, asó dos pollos, tomó tres botellas de vino y coció dos panes redondos. A eso de las dos y media de la madrugada se puso en camino hacia el bosque, llevándolo todo en un cuévano, y acompañada de *Courant*, que en todas aquellas expediciones servía de explorador, con una inteligencia admirable. Olfateaba a los extraños a distancias enormes, y cuando había reconocido su presencia volaba hacia su ama, ladrando bajito, mirándola y volviendo su hocico hacia el lado del peligro.

Marta llegó a la charca cerca de las tres de la madrugada, dejando allí a *Courant* de centinela. Después de trabajar media hora para dejar libre la entrada, llegó con una linterna sorda a la puerta de la cueva, llevando la cara tapada con el antifaz, que, en efecto, había hallado encima de

un peldaño. La detención del senador parecía haber sido premeditada con mucho tiempo de antelación. Un agujero grande, de un pie cuadrado, que Marta no vió antes, había sido practicado groseramente en lo alto de la puerta de hierro que cerraba la cueva; pero para que Malin no pudiera, con el tiempo y la paciencia de que disponen todos los prisioneros encarcelados, hacer jugar la barra de hierro que cerraba la puerta, aquélla había sido sujeta con cadenas.

El senador se había levantado de su lecho de musgo y suspiró al percibir una cara enmascarada y adivinó que no se trataba aún de liberarle. Malin observó a Marta hasta el punto que se lo permitía la luz desigual de la linterna sorda, y reconoció sus vestidos, su corpulencia y sus movimientos; cuando ella le daba el pastel por el agujero, él lo dejó caer adrede, para cogerle las manos, y con toda rapidez trató de quitarle del dedo dos anillos, su alianza de casada y una pequeña sortija, regalo de la señorita de Cinq-Cygne.

—No me podrá usted negar que es la señora de Michú.

Marta, al sentir los dedos del senador, cerró la mano en seguida y le dió un fuerte golpe en el pecho. Después, sin decir palabra, cortó un pequeño arbusto bastante fuerte, sirviéndose de él para pasar el resto de las provisiones al senador.

—¿Qué se quiere de mí?—dijo él.

Marta se marchó sin decir nada. Volviendo a

su casa, encontrándose, cerca de las cinco, en el lindero de la selva, fué prevenida por *Couraut* de la presencia de algún inoportuno. Entonces volvió atrás y se dirigió hacia el pabellón en que había habitado en otro tiempo; pero cuando desembocaba en la avenida fué vista, de lejos, por el guarda rural de Gondreville. Marta tomó el partido de dirigirse a él derechamente.

—Es usted muy madrugadora, señora Michú—dijo él acercándose.

—Somos tan desgraciados—respondió—, que me veo obligada a hacer el trabajo de una criada; voy a Bellache a buscar grano.

—¿De modo que no tienen ustedes grano en Cinq-Cygne?—dijo el guarda.

Marta no respondió. Continuó su camino, y al llegar a la granja de Bellache rogó a Beauvisage que le diera un poco de grano para semilla, diciéndole que el señor de Hautesserre le había encargado que fuera a buscarlos a su casa para renovar algunas especies. Cuando hubo partido, llegó el guarda de Gondreville a la granja para saber lo que Marta había ido a buscar allí.

Seis días después, Marta, ya más prudente, iba a media noche a llevar las provisiones para no ser sorprendida por los guardas, que vigilaban cautelosamente la selva. Después de haber llevado por tercera vez víveres al senador le acometió cierto pánico al oír leer un día al cura los interrogatorios públicos de los acusados, pues habían comenzado ya las sesiones. Marta llamó apar-

te al abate Goujet, y después de hacerle jurar que guardaría el secreto de lo que ella iba a contarle, lo mismo que si se tratara de una confesión, le mostró los fragmentos de la carta que le había mandado Michú. El cura preguntó a Marta a quemarropa si había recibido cartas de su marido, para poder comparar la letra. Marta fué a su casa, donde encontró una citación para comparecer como testigo en el juicio. Cuando volvió al castillo, el abate Goujet y su hermana habían sido igualmente citados, a requerimiento de los acusados. Se vieron obligados, pues, a trasladarse inmediatamente a Troyes. De este modo, todos los personajes del drama, aun los que no eran en cierto modo sino comparsas de él, se encontraban reunidos en la escena donde los destinos de dos familias se ventilaban.

VIII

La causa.

Hay pocas localidades en Francia donde la Justicia dé a las cosas el prestigio que debiera siempre acompañarla. Después de la religión y de la realeza, ¿no es la Justicia la más potente máquina de la sociedad? En todas partes, aun en París, la mezquindad del local, la pésima disposición del emplazamiento, y la falta de ornato en la nación más vanidosa y más teatral que existe en lo que se refiere a monumentos, disminuye la acción de ese enorme poder. En el fondo de cualquier sala cuadrada se ve una mesa de despacho con un tapete verde, encima de un estrado, detrás de la cual se sientan los jueces, en unos sillones vulgares. A la izquierda, la mesa del fiscal, y al mismo lado, a lo largo de la pared, una larga tribuna de sillas para los jurados. Frente a los jurados se extiende otra tribuna, donde hay un banco para los acusados y para los gendarmes encargados de su custodia. El escribano se coloca al pie del estrado, cerca de la mesa donde están depositadas las piezas de convicción. Antes de la institución de la justicia imperial, el comisario

del Gobierno y el director del Jurado tenían cada uno un sillón y una mesa, el uno a la derecha y el otro a la izquierda de la mesa presidencial. Dos escribientes revolotean de un lado para otro entre el espacio que hay libre delante del Tribunal para que comparezcan los testigos. Los defensores se colocan al pie de la tribuna de los acusados. Una balaustrada de madera une las dos tribunas con el final de la sala, y forma un recinto, donde se colocan los bancos para los testigos que han declarado y para los curiosos privilegiados. Después, frente al Tribunal, encima de la puerta de entrada, hay siempre una mala tribuna, reservada a las autoridades y a las mujeres de la provincia escogidas por el presidente, a las que corresponde el papel de fiscalizadores de la Audiencia. El público no privilegiado se coloca de pie en el espacio que queda entre la balaustrada y la puerta de la sala. Este aspecto normal de los tribunales franceses y de las salas de audiencia actuales era el que presentaba la Sala de lo criminal de Troyes.

En abril de 1806, ni los cuatro jueces ni el presidente que componían la sala; ni el acusador público, ni el director del Jurado, ni el comisario del Gobierno, ni los alguaciles, ni los defensores, nadie, excepto los gendarmes, denotaban por la ropa ni por signo exterior alguno nada de extraordinario que influyese en la desnudez de las cosas y en el aspecto desmedrado de las caras. Como faltaba el crucifijo, éste no podía servir de ejem-

plo ni a la Justicia ni a los acusados. Todo era triste y vulgar. El aparato, tan necesario al interés de la sociedad, es tal vez un consuelo para el criminal. El apresuramiento del público fué lo que siempre ha sido, y lo que será en todas las ocasiones semejantes, en tanto que Francia no reconozca que la admisión del público en la Audiencia no significa la publicidad, y que la publicidad de los debates constituye una pena tan atroz, que si el legislador hubiera podido suponerla, no la hubiera infligido. Las costumbres son, frecuentemente, más crueles que las leyes. Las costumbres las hacen los hombres, pero la ley es la razón de un país. Las costumbres, que a veces no tienen razón de ser, prevalecen sobre la ley.

Alrededor del palacio había estacionada una muchedumbre. Como en todos los procesos célebres, el presidente se vió obligado a poner en las puertas varios piquetes de soldados de guardia. El auditorio, que permanecía de pie detrás de la balaustrada, producía tal aglomeración, que la gente se asfixiaba. El señor de Grandville, que defendía a Michú; Bordin, el defensor de los señores de Simeuse, y un abogado de Troyes, que defendía a los señores de Hautesserre y Gothard, los menos comprometidos de los seis acusados, se hallaban en su puesto antes de la apertura de la sesión, y sus caras respiraban confianza. Así como el médico no deja traslucir nada respecto a sus aprensiones al enfermo, lo mismo el abogado pone una cara llena de esperanza a su cliente. Es

uno de los casos raros en que la mentira se convierte en virtud. Cuando los acusados entraron, se levantaron en la sala murmullos favorables, por el aspecto de los cuatro jóvenes, que, después de veinte días de prisión, habían palidecido un poco. La perfecta semejanza de los gemelos excitaba el más poderoso interés. Tal vez cada uno de los asistentes a la sesión pensaba que la Naturaleza debía ejercer una protección especial sobre una de sus creaciones más raras, y todo el mundo se hallaba tentado de reparar el olvido del destino respecto a ellos; su continente noble, sencillo y sin la traza más nimia de rubor, pero también sin altivez, impresionó mucho a las mujeres.

Los cuatro gentileshombres y Gothard se presentaron con el traje que llevaban el día de su detención; pero Michú, cuyas ropas formaban parte de las piezas de convicción, se había puesto sus mejores vestidos: una levita azul, un chaleco de terciopelo negro a lo Robespierre y una corbata blanca. El pobre pagaba los inconvenientes de su mala cara. Cuando él fijó su mirada amarilla, clara y profunda sobre la asamblea, en ésta se produjo un movimiento y la respuesta fué un murmullo de horror. El público veía la mano de Dios en el hecho de verle sentado en el banco de los acusados, donde su suegro había llevado a tantas víctimas. Aquel hombre, que poseía una grandeza de ánimo extraordinaria, miró a sus amos, conteniendo una sonrisa de ironía. Parecía decirles:

—¡Yo os hago perjuicio!

Los cinco acusados cambiaron afectuosos saludos con sus defensores; Gothard continuaba haciendo el idiota.

Después de las recusaciones llevadas a cabo sagazmente por los defensores, instruídos en ese punto por el marqués de Chargeboeuf, que se hallaba sentado valerosamente cerca de Bordin y del señor de Grandville, al constituirse el Jurado; una vez leídas las actas de acusación, los acusados fueron separados para proceder a sus interrogatorios. Las respuestas de todos ellos se hacían notar por su semejanza. Después de haber ido por la mañana a pasearse a caballo por el bosque, volvieron a la una para comer a Cinq-Cygne; después de la comida, de tres a cinco y media, marcharon otra vez a la selva. Tal fué en el fondo la respuesta de todos los acusados, sin más variante que la exigida por matiz que correspondía a la especial situación de cada uno. Cuando el presidente rogó a los señores de Si-meuse que explicaran las razones que les obligaron a salir tan temprano, uno y otro declararon que, después de su llegada, los dos pensaron volver a comprar a Gondreville, y que deseando entrar en tratos con Malin, salieron con su prima y Michú para examinar la selva y calcular sobre el terreno qué es lo que podían ofrecer por su compra. Durante ese tiempo, los señores de Hautesserre, su prima y Gothard, habían dado caza a un lobo, descubierto por los campesinos. Si el di-

rector del Jurado hubiese examinado las huellas de sus caballos en la selva con tanto cuidado como las de los caballos que habían atravesado el parque de Gondreville, se hubiese obtenido la prueba de sus paseos en lugares muy lejanos del castillo.

El interrogatorio de los señores de Hautesserre confirmó las declaraciones de los señores de Simeuse y estaba de acuerdo con sus palabras pronunciadas en la instrucción del sumario. La necesidad de justificar su paseo había sugerido a cada acusado la idea de atribuirlo a la caza. Los campesinos habían señalado la presencia, algunos días antes, de un lobo, y cada uno lo tomó por pretexto.

Sin embargo, el acusador público creyó encontrar contradicciones entre los primeros interrogatorios, en que los señores de Hautesserre decían haber cazado juntos y el sistema adoptado en la Audiencia, que dejaba a los señores de Hautesserre cazando, mientras los señores de Simeuse habían ido a evaluar la selva.

El señor de Grandville hizo notar que el delito había sido cometido de dos a cinco y media, y que los acusados, por tanto, debían ser creídos cuando explicaban cómo habían empleado la mañana.

El acusador respondió que los acusados tenían interés en ocultar los preparativos para secuestrar al senador.

La habilidad de la defensa se hizo patente entonces a todos. Los jueces, los jurados, la Au-

diencia, comprendieron inmediatamente que la victoria iba a ser disputada ardientemente. Bordin y el señor de Grandville parecían haberlo previsto todo. La inocencia les debe rendir cuenta clara de sus acciones. El deber de la defensa es oponer una novela probable a la novela improbable del acusador. Para el defensor, que considera a su cliente como inocente, la acusación es una fábula. El interrogatorio público de los cuatro gentileshombres explicaba suficientemente las cosas a su favor. Hasta allí todo iba bien. Pero el interrogatorio de Michú fué más grave y dió lugar a que se entablara el combate. Todos comprendieron entonces por qué el señor de Grandville había preferido tomar la defensa del criado en vez de la de los amos.

Michu confesó sus amenazas a Marion, pero negó la violencia que se le imputaba. En cuanto a que acechara a Malin, dijo que se paseaba sencillamente por el parque; el senador y el señor Grévin pudieron haber tenido miedo al ver la boca del cañón de su fusil y suponer hostil una actitud que era inofensiva. Hizo observar que era fácil que un hombre que no tiene costumbre de cazar pueda creer, al atardecer, que un fusil se halle dirigido hacia él, mientras que el que lo usa está tumbado de espaldas descansando. Para justificar el estado de sus ropas el día que fué arrestado, dijo haberse caído por el portillo volviendo a su casa.

—No viendo claro para trepar, me agarré a

unas piedras que cayeron sobre mí cuando trataba de asirme para subir por el camino hondo.

En cuanto al yeso que llevaba Gothard, respondió, como en todos los interrogatorios, que le había servido para los postes de la barrera del camino hondo.

El acusador público y el presidente le pidieron que explicara cómo había estado a la vez en el portillo y en el castillo y en lo alto del camino hondo a sellar un poste de la barrera, particularmente cuando el juez de paz, los gendarmes y el guarda rural declaraban haberle visto venir de abajo. Michú contestó que el señor de Hauteserre le había llamado la atención por no haber llevado a cabo antes aquella pequeña reparación, a la que él se resistía a causa de las diferencias que ese camino podía suscitar con el común; así, pues, había ido a anunciarle la reconstrucción de la barrera.

El señor de Hauteserre hizo, efectivamente, colocar la barrera en lo alto del camino hondo para impedir que la municipalidad se apoderara de él. Al ver la importancia que tenía el estado de sus ropas, y el yeso, que no podía negar hubiese empleado, Michú inventó ese subterfugio. Si en justicia la verdad parece a veces una fábula, la fábula parece muchas veces la verdad. El defensor y el acusador dieron una gran importancia a aquella circunstancia, que se convirtió en capital por los esfuerzos del defensor y las sospechas del acusador.

En la Audiencia, Gothard, sin duda aleccionado por el señor de Grandville, confesó que Michú le rogó llevara los sacos de yeso, pues hasta entonces se había puesto a llorar siempre que le interrogaban.

—¿Por qué ni usted ni Gothard no han confesado en seguida, llevando al juez de paz y al guardia rural a ver la barrera?—preguntó el acusador público.

—Nunca hubiera creído que se trataba de apoyar en esto una acusación capital para nosotros.

Se hizo salir a todos los acusados, a excepción de Gothard. Cuando Gothard estuvo solo, el presidente le conminó a que dijera la verdad por propio interés, haciéndole observar que su pretendida idiotez había cesado. Ninguno de los jueces le creía imbécil. Al callarse o al no decir palabra ante la Sala podía incurrir en penas graves; mientras que diciendo la verdad se dejaría sin efecto su procesamiento. Gothard lloró, titubeó, y terminó por decir que Michú le había rogado que le llevara varios sacos de yeso; pero siempre le había encontrado delante de la granja. Se le preguntó cuántos sacos había llevado.

—Tres—respondió él.

Se entabló un debate entre Gothard y Michú para saber si habían sido tres, contando el que le había llevado en el momento de la detención, lo que reducía los sacos a dos, o si eran tres, incluyendo el último. El debate terminó favorablemente para Michú. Para los jurados sólo se habían

empleado dos sacos. Pero parecía existir una convicción sobre este punto; Bordin y el señor de Grandville juzgaron necesario saciarles de yeso y fatigarlos hasta tal punto que ni comprendiesen nada. El señor de Grandville presentó unas conclusiones pidiendo que se nombrasen peritos para examinar el estado de la barrera.

—El director del Jurado—dijo el defensor—se ha contentado con ir a visitar esos lugares, más para ver el subterfugio de Michú que para realizar un examen severo; pero ha faltado, según nosotros, a sus deberes, y debemos aprovecharnos de su falta.

La Sala nombró, en efecto, dos peritos para saber si uno de los postes de la barrera había sido realmente fijado. Por su parte, el acusador público quería sacar provecho de tal circunstancia antes del dictamen de los peritos.

—¿Escogió usted—dijo éste a Michú—la hora en que aún no es de día, de cinco y media a seis de la mañana, para fijar la barrera usted solo?

—¡El señor de Hauteserre me había regañado!

—Pero—dijo el acusador público—si ha empleado el yeso para la barrera, ¿se ha servido de un cuezo o de una llana? Sin embargo, a pesar de que usted estuvo a decirle inmediatamente al señor de Hauteserre que había ejecutado sus órdenes, le es imposible explicar por qué Gothard le traía todavía yeso. Usted debió pasar por delante de su casa, y entonces podía usted haber dejado sus herramientas y prevenir a Gothard.

Estos argumentos anonadadores produjeron un silencio pavoroso en el auditorio.

—Vamos, confíeselo—prosiguió el acusador—, no es un poste lo que usted había ido a enterrar.

—¿Cree usted, pues, que era el senador?—dijo Michú profundamente irónico.

El señor de Grandville pidió expresamente al acusador público que se explicara acerca de esto. Michú era acusado de secuestro, de substracción y no de asesinato. Nada más grave que aquella interrogación. El Código de Brumario del año IV prohibía al acusador público introducir ningún cargo nuevo en los debates: debía atenerse, bajo pena de nulidad, a los términos del acta de acusación.

El acusador público respondió que Michú era principal autor del atentado, que en interés de sus amos había asumido toda la responsabilidad de la pena, y podía haber tenido necesidad de condenar la entrada del lugar, todavía desconocido, donde gimiese el senador.

Acorralado a preguntas, hostigado ante Gothard, puesto en contradicción consigo mismo, Michú dió un tremendo puñetazo sobre el pasamano de la tribuna de los acusados, y dijo:

—Yo no sé nada del secuestro del senador; me inclino a creer simplemente que sus enemigos le han encerrado en alguna parte; pero, si parece, ustedes verán cómo el yeso no ha podido servir para nada de lo que pretenden.

—Perfectamente—dijo el abogado, dirigiéndose al acusador público—; ha hecho usted más por la defensa de mi cliente que todo lo que yo pudiera decir.

La primera sesión fué levantada bajo la impresión de este audaz alegato, que sorprendió a los jurados y dió la ventaja a la defensa. Los abogados de la ciudad y Bordin felicitaron con entusiasmo al joven defensor. El acusador público, inquieto por tal aserción, temía haber caído en un lazo, y, en efecto, había sido cogido en una trampa, hábilmente urdida por los defensores, y en la cual Gothard acaba de representar admirablemente su papel. Los graciosos de la ciudad decían que se había echado yeso al asunto, que el acusador público había emplastecido su posición y que los Simeuse se volvían blancos como la cal. En Francia todo pertenece al dominio del chiste y de la chanza, que reina en ella: se hacen chistes en el cadalso, en el Bérésina, en las barricadas, y un francés bromeará indudablemente en las gradas del juicio final.

En la sesión siguiente declararon los testigos de cargo: la señora Marion, Grévin y su señora, el ayuda de cámara del senador, Violette, cuyas intenciones pueden fácilmente adivinarse por los acontecimientos. Todos reconocieron a los cinco acusados, con más o menos dudas respecto a los cuatro gentileshombres; pero con toda certeza en cuanto a Michú. Beauvisage repitió las palabras que se le habían escapado a Roberto de Haute-

serre. El campesino, que estuvo en Cinq-Cygne, repitió la frase de Lorenza. Los peritos confirmaron sus informes acerca de la confrontación de huellas en las herraduras de los caballos de los cuatro gentileshombres, que, según la acusación, eran absolutamente iguales. Esta circunstancia dió lugar, como es natural, a un violento debate entre el abogado defensor, señor Grandville, y el acusador público. El defensor tomó aparte al herrador de Cinq-Cygne y logró que constara en los debates que herraduras parecidas a aquéllas habían sido vendidas algunos días antes a unos forasteros. El herrador declaró, además, que no solamente herraba de aquel modo a los caballos del castillo de Cinq-Cygne sino a otros muchos del cantón. Hasta se daba el caso extraordinario que el caballo de que se servía habitualmente Michú había sido herrado en Troyes, y la huella de esa herradura no se encontraba entre las que habían sido comprobadas en el parque.

—La contrafigura de Michú ignoraba tal circunstancia—dijo el señor de Grandville mirando a los jurados—, y la acusación no ha demostrado que nos hayamos servido de uno de los caballos del castillo.

Además, pulverizó la declaración de Violette en lo concerniente a la semejanza de los caballos vistos ¡de lejos y por detrás!, a pesar de los increíbles esfuerzos del defensor; la multitud de testimonios positivos anonadó a Michú. El acusador, el auditorio, la Sala y los jurados sentían

unánimemente, como lo había presentido la defensa, que la culpabilidad del criado entrañaba la de los amos. Bordin había adivinado muy bien el nudo del proceso, dando por defensor a Michú al señor de Grandville; pero la defensa confesaba así sus secretos. Por este motivo, todo lo referente al antiguo administrador de Gondreville era de un interés palpitante. El aspecto y la serenidad de Michú fueron magníficas. Desplegó durante los debates toda la sagacidad de que le había dotado la Naturaleza; y a fuerza de verlo, el público reconoció su superioridad; pero, cosa extraña, el hombre parecía cada vez con mayor certeza el autor del atentado. Los testigos de descargo, menos serios que los testigos de cargo, a juicio de los jurados y de la ley, parecía que cumplían con su deber, y fueron escuchados como por mandato de conciencia. Primero, ni Marta ni los esposos de Hauteserre prestaron juramento; Catalina y los Durieu, por su calidad de criados, se encontraron en el mismo caso. El señor de Hauteserre dijo haber dado efectivamente orden a Michú de recomponer el poste derribado. La declaración de los peritos, que leyeron en aquel momento su informe, confirmó la declaración del viejo gentilhombre; pero dieron la razón al director del Jurado, declarando que les era imposible determinar la época en que el trabajo había sido realizado: lo mismo podían haber transcurrido varias semanas desde la fecha de su realización, que veinte días. La aparición de la señorita de Cinq-

Cygne excitó la más viva curiosidad; al ver Lorenza a sus primos en el banco de los acusados, después de veintitres días de separación, experimentó la emoción más violenta, hasta el punto que esto le daba un aspecto de culpabilidad. Sentía el irresistible deseo de encontrarse al lado de los gemelos, y se vió obligada, según ella dijo más tarde, a recurrir a toda su fuerza de voluntad para reprimir el furor que la impelía a matar, al acusador público, con el fin de ser considerada ante la gente, criminal como ellos. Contó ingenuamente que volviendo a Cinq-Cygne, y viendo una humareda en el parque, creyó que se trataba de un incendio. Al principio, ella pensó que el humo era producido por la maleza.

—Sin embargo—dijo—, me acordé más tarde de un detalle que yo pongo en conocimiento de la Justicia: encontré en la pasamanería de mi amazona, y en los pliegues de mi gorguera, restos parecidos a los de papel quemado, llevados sin duda por el viento.

—¿El humo era muy grande?—preguntó Bordin.

—Sí—dijo la señorita de Cinq-Cygne—; yo creí que se trataba de un incendio.

—Esto puede cambiar el aspecto del proceso—dijo Bordin—. Yo requiero a la Sala para que ordene inmediatamente una información en el lugar del incendio.

El presidente accedió.

Grévin, llamado nuevamente a instancia de los

defensores, e interrogado acerca de estos extremos, declaró no saber nada sobre ese extremo.

Pero entre Bordin y Grévin se cambiaron unas miradas que les descubrían mutuamente.

—El proceso está ahí—se dijo el viejo procurador.

—¡Ya han dado en el quid!—pensó el notario.

Pero de una y otra parte los dos astutos socarrones pensaron que la información sería inútil. Bordin pensó que Grévin sería discreto como un muro, y Grévin se regocijó de haber hecho desaparecer las trazas del incendio. Para evacuar este punto, accesorio en los debates, y que parecía pueril, pero de capital importancia para la justicia que la historia debe a los jóvenes procesados, los peritos y Pigoult, nombrados para la visita del parque, declararon no haber encontrado lugar donde existieran trazas del incendio. Bordin hizo que se citara a dos obreros, que declararon haber trabajado por orden del guarda un trozo del prado en el que la hierba estaba quemada; pero no habían podido observar de qué substancia procedían las cenizas. El guarda, llamado por segunda vez a requerimiento de los defensores, declaró haber recibido del senador, en el momento en que pasaba por el castillo para ir a ver el Carnaval de Arcis, la orden de remover la tierra en esta parte del prado, que el mismo senador había designado por la mañana paseando.

—Y lo que se quemó, ¿era hierba o papel?

—Yo no he visto nada que induzca a creer que se hayan quemado papeles—respondió el guarda.

—Pero, en fin—dijeron los defensores—, si ha quemado hierba alguien, ha debido llevarla y prenderle fuego.

Las declaraciones del cura de Cinq-Cygne y de la señorita Goujet produjeron una impresión favorable. Saliendo de vísperas y paseando por la selva vieron a los gentileshombres y a Michú salir a caballo del castillo y dirigirse al bosque. La posición y la moralidad del abate Goujet dieron fuerza a sus palabras.

El informe del acusador público, que creía seguro obtener una condena, fué lo que son todos los discursos del fiscal. Los acusados eran enemigos incorregibles de Francia, de las instituciones y de las leyes. Estaban ávidos de desórdenes. A pesar de hallarse complicados en los atentados contra la vida del Emperador y de haber pertenecido al ejército de Condé, el magnánimo soberano los había borrado de la lista de emigrados. He aquí el pago que daban a su clemencia. Todas las declamaciones oratorias repetidas hasta la saciedad en nombre de los Borbones contra los bonapartistas, que se repiten hoy contra los republicanos y los legitimistas en nombre de la rama menor, fueron dichas por el fiscal. Lugares comunes, que tendrían sentido en labios de un Gobierno estable, y que parecerán cómicos por lo menos cuando la Historia las encuentre

exactamente en todas las épocas en labios del ministerio público. Puede pronunciarse esta palabra, suministrada por otros sucesos más antiguos: "La marca es distinta, pero el vino es siempre el mismo." El acusador público, que fué, por otra parte, uno de los procuradores generales del Imperio más distinguidos, atribuyó el delito a la decisión tomada por los emigrados indultados de protestar contra la ocupación de sus bienes. Pintando la situación en que se encontraba el senador, conmovió suficientemente a su auditorio. Manejó las pruebas, las semipruebas, las probabilidades, con un talento que pedía una recompensa segura para su celo, y se sentó tranquilamente aguardando el fuego de los defensores.

El señor de Grandville no había defendido ninguna causa criminal; aquélla bastó para labrarle un nombre. Primero adoptó para su defensa esa forma de elocuencia que admiramos hoy en Berryer. Después expresó su convicción acerca de la inocencia de los acusados, lo que supone un poderoso vehículo de la palabra. He aquí los principales puntos de su defensa, reproducida íntegramente por los periódicos de su tiempo: Primero restableció sobre sus verdaderas bases la vida de Michú. Esta parte del discurso fué una hermosa oración donde salieron a relucir los más grandes sentimientos, y valió al orador muchas simpatías. Al verse rehabilitado por una voz elocuente, hubo un instante en que las lágrimas se asomaban a los ojos amarillentos de Mi-

chú y resbalaron por sus feroces mejillas. Entonces apareció él como realmente era: un hombre sencillo y mañoso como un niño, pero que había sacrificado su vida a un pensamiento. Súbitamente todo el mundo se explicó su carácter, particularmente por las lágrimas, que produjeron gran efecto en el Jurado. El hábil defensor aprovechó el momento para entrar en la discusión de los cargos.

—¿Dónde está el cuerpo del delito? ¿Dónde está el senador?—interrogaba—. Vosotros nos acusáis de haberlo secuestrado y encerrado a cal y canto! Pues, entonces, nosotros sabemos dónde se encuentra; y si es cierto, como tenéis encarcelados a nuestros defendidos hace veintitrés días, el senador habrá perecido por falta de alimentos. ¡Son asesinos y vosotros no los habéis acusado como tales! Pero si vive el senador, los acusados tienen cómplices; y si tuvieran cómplices viviendo el senador, ¿no le haríamos aparecer? Las intenciones que les suponéis, una vez fracasadas, ¿no agravarían inútilmente su posición? ¡Se os podría hacer perdonar por medio del arrepentimiento una venganza frustrada, persistiríamos nosotros en detener un hombre de quien nada podemos obtener! ¿No es eso absurdo? ¡Retire el señor acusador público su yeso, pues su efecto ha fallado, ya que nosotros somos o unos imbéciles criminales, cosa que el acusador no cree, o inocentes, víctimas de circunstancias inexplicables, tanto para nosotros como para

vosotros! Vosotros debéis buscar más bien la masa de papeles quemados en casa del senador y que revela interés más violento que el vuestro y que os pondría en conocimiento de su secuestro. El defensor planteó estas hipótesis con una habilidad maravillosa. Insistió sobre la moralidad de los testigos de descargo, de una viva fe religiosa, que creían en lo porvenir y en la pena eterna. En esta parte estuvo sublime y supo conmover profundamente.

—¿Qué más?—dijo—. Esos criminales se hallaban comiendo tranquilamente al saber por su prima el secuestro del senador. ¡Cuando el oficial de gendarmería les sugirió los medios de arreglar el asunto, se negaron a devolver al senador, porque no sabían qué se pretendía de ellos! Y entonces sugirió el presentimiento de que se trataba de un asunto misterioso, cuya clave se encargaría de revelar el tiempo, lo mismo que de descorrer el velo de aquella injusta acusación. Una vez en este terreno, tuvo la audaz e ingeniosa destreza de suponerse jurado; expuso lo que sería la deliberación con sus colegas, y se presentó de tal modo desgraciado, si, siendo causa de condena tan cruel, el error era descubierto. Pintó también sus remordimientos, insistió sobre las dudas que le produciría la defensa, con tanta fuerza, que produjo en los jurados una angustiosa ansiedad.

Los jurados no estaban todavía habituados a ese género de discursos, que tenían para ellos el

encanto de las cosas nuevas, y el Jurado se tambaleó. Después de la fogosa defensa del señor de Grandville, los jurados tenían que oír al astuto y especioso procurador, que multiplicó las consideraciones, hizo resaltar todas las partes tenebrosas del proceso, y lo calificó de inexplicable. Se produjo de modo que impresionase a la vez el espíritu y la razón, lo mismo que el señor de Grandville se había dirigido al corazón y a la imaginación. Finalmente, supo envolver a los jurados con tal convicción, que el acusador público consideró su andamiaje hecho astillas. Era aquello tan claro, que el abogado de los señores de Hauteserre y Gothard se remitió a la prudencia de los jurados, puesto que hallaba abandonada, a juicio suyo, la acusación. El acusador pidió se aplazase para el día siguiente su rectificación. En vano Bordin, que leía la absolución en los ojos de los jurados, si deliberaban inmediatamente, se opuso a ello, alegando motivos de hecho y de derecho respecto a la ansiedad que en el corazón de sus inocentes clientes produciría una noche más bajo el suplicio de la incertidumbre. La Sala deliberó.

—El interés de la sociedad me parece igual al de los acusados—dijo el presidente—; la Sala faltaría a todas las nociones de equidad si recusara una petición semejante de la defensa; debe concedérsele, pues, también a la acusación.

—Todo depende de la suerte—dijo Bordin mi-

rando a sus clientes—. Absueltos hoy, pueden ser condenados mañana.

—En todo caso—dijo el mayor de los Simeuse—, nosotros no podemos sino admiraros.

La señorita de Cinq-Cygne tenía los ojos arrasados de lágrimas. Después de las dudas expresadas por los defensores no creía pudiera lograrse aquel éxito. Fué felicitada, y fueron muchos los que le anunciaron la absolución de sus primos. Pero este asunto iba a tener un golpe teatral más ruidoso, más siniestro e imprevisto, como jamás se ha conocido en un proceso criminal, cambiando su fase.

IX

Horrible peripecia.

A las cinco de la mañana, al día siguiente de la defensa del señor Grandville, el senador fué encontrado en el camino de Troyes, puesto en libertad, mientras dormía, por unos desconocidos. El senador se dirigía a Troyes, ignoraba el proceso, desconocía la repercusión de su nombre en Europa y se sentía feliz de respirar el aire libre. El hombre que servía de eje al drama se quedó tan estupefacto al saber la noticia, como los que le encontraron de verle a él. Le proporcionaron el coche de una granja y se trasladó rápidamente a casa del prefecto de Troyes. El prefecto avisó inmediatamente al director del Jurado, al comisario del Gobierno y al acusador público, que después del relato que les hizo el conde de Gondreville mandaron detener a Marta en casa de los Durieu, mientras que el director del Jurado razonaba y fundamentaba la orden de detención contra ellos. La señorita de Cinq-Cygne, que se hallaba en libertad bajo fianza, fué igualmente arrancada de uno de los raros momentos de sueño que lograba conciliar en medio de sus constantes angustias, y encerrada en la prefectura

para ser interrogada. El director de la prisión recibió orden de mantener incomunicados a los acusados, incluso con sus defensores. A las diez, la muchedumbre congregada para asistir a la Audiencia recibió noticia de que la sesión había sido aplazada hasta la una.

Ese cambio, que coincidió con la noticia de la libertad del senador, la detención de Marta y de la señorita y la orden prohibiendo a la defensa, absolutamente, comunicarse con los acusados, llevaron el pánico al palacio de Chargeboeuf. Toda la ciudad y los curiosos llegados a Troyes para asistir al proceso, los taquígrafos de los periódicos y el pueblo experimentaron una emoción fácil de comprender. El abate Goujet cerca de las seis fué a ver al señor de Chargeboeuf, a la señora de Hauteserre y a los defensores. Cuando él llegó estaban comiendo, como se puede comer en semejantes circunstancias; el cura llamó aparte a Bordin y al señor de Grandville y les comunicó la confidencia de Marta y lo del fragmento de la carta que ella había recibido. Los dos defensores se miraron, y Bordin dijo al cura:

—¡Ni una palabra de esto! Nos parece que todo se ha perdido; guardemos las apariencias.

Marta no es capaz de resistir el interrogatorio del director del Jurado y del acusador público. Además, abundan las pruebas contra ella. Por indicación del senador, Lechesneau envió a buscar la corteza del último pan llevado por Marta, que él había dejado en la cueva con las botellas vacías, y

otros varios objetos. Durante las largas horas de su cautiverio, Malin había hecho conjeturas acerca de su situación, buscando indicios que le pusieran sobre la pista de sus enemigos; como es natural, comunicó sus observaciones al magistrado. La granja de Michú, construída recientemente, debía tener un horno nuevo; las tejas y los ladrillos sobre los que se colocaba el pan presentaban cierto dibujo en las juntas, pudiéndose obtener la prueba por las huellas del dibujo que presentaban las rayas marcadas en la corteza. Además, las botellas, cerradas con lacre verde, eran indudablemente iguales a las botellas de la bodega de Michú. Esos sutiles detalles, no revelados al juez de paz que efectuó la pesquisa en presencia de Marta, produjeron el resultado previsto por el senador. Víctima de la bondadosa aparienecia con que Lechesneau, el acusador público y el comisario del Gobierno, la persuadieron de que sólo una confesión explícita podía salvar la vida de su marido; en el momento en que era abrumada por esas pruebas, Marta confesó que el escondrijo donde el senador había sido metido era conocido de Michú, de los señores de Simeuse y de Hauteserre, y que había llevado víveres al senador tres veces durante la noche. Lorenza, interrogada sobre la existencia del escondrijo, se vió obligada a confesar que Michú lo había descubierto, y se lo había enseñado antes del proceso para substraer a los gentileshombres a las investigaciones de la Policía.

Inmediatamente de terminados los interrogatorios, el Jurado y los abogados fueron advertidos de que se reanudaba la audiencia. El presidente abrió la sesión a las tres anunciando que los debates iban a recomenzar con nuevos elementos de juicio. El presidente enseñó a Michú tres botellas de vino y le preguntó si las reconocía como suyas, mostrándole la semejanza del lacre de dos de las botellas con una botella llena, que por la mañana había sacado de la granja el juez de paz, en presencia de la mujer de Michú; éste no quiso reconocerlas por suyas; pero esas nuevas piezas de convicción fueron apreciadas por los jurados, a quienes el presidente explicó que las botellas vacías habían sido encontradas en el sitio donde había estado detenido el senador, como verdaderas. Cada acusado fué interrogado acerca de la cueva de las ruinas del monasterio. Se probó en los debates, después de una nueva declaración de todos los testigos de cargo y de descargo, que la cueva descubierta por Michú no era conocida de nadie más que de él, de Lorenza y de los cuatro gentileshombres. Puede juzgarse el efecto que produjo en el auditorio y en los jurados la revelación del acusador público anunciando que la cueva, sólo conocida de los acusados y de dos testigos, había servido de prisión al senador. Marta fué introducida en la sala; su aparición causó la más viva ansiedad en el auditorio y en los acusados. El señor de Grandville se levantó para oponerse a que se presentara como testigo a la esposa contra el

marido. El fiscal hizo observar que, según sus propias confesiones, Marta se hallaba complicada en el delito; no debía ni prestar juramento ni servir de testimonio, sino ser oída en interés de la verdad.

—Además, nos basta con leer su interrogatorio ante el director del Jurado—dijo el presidente dando orden al escribano de que leyera el proceso verbal incoado por la mañana.

—¿Confirma usted sus declaraciones?—dijo el presidente.

Michú miró a su mujer, y Marta, comprendiendo entonces su error, cayó desmayada. Puede decirse sin exageración que el desmayo de Marta produjo en el banco de los acusados y en los defensores un efecto desastroso.

—Yo no he escrito nunca a mi mujer estando en la cárcel; yo no conozco a ninguno de los empleados—dijo Michú.

Bordin le pasó los fragmentos de la carta; Michú no tuvo más que ojearlos para decir: “¡Mi letra ha sido imitada!”

—La negación es su último recurso—dijo el acusador público.

Con las ceremonias de rúbrica fué introducido en la sala el senador. Su entrada causó un efecto teatral. Malin, llamado por los magistrados, sin piedad alguna para los antiguos propietarios de la hermosa morada del conde de Gondreville, a invitación del presidente, miró a los acusados con gran atención durante largo rato. Reconoció que los ves-

tidos de sus secuestradores eran exactamente parecidos a los de los gentileshombres, pero declaró que la emoción del momento le impedía afirmar que los acusados fueran los culpables.

—Yo creo—dijo—, y esa es mi convicción, que esos cuatro señores no tienen que ver nada en este asunto. Las manos que me vendaron los ojos eran rudas. Más bien—dijo Malin mirando a Michú— me inclino a creer que ha sido mi antiguo encargado quien llevó a cabo esa tarea; sin embargo, yo ruego a los señores jurados que mediten bien mi declaración. Mis sospechas acerca de este punto son muy vagas, y no tienen la menor certeza. Y voy a explicar el porqué. Los dos hombres que se apoderaron de mí me subieron al caballo a grupas, detrás del que me había vendado los ojos, y que tenía el cabello rojo, como el de Michú. Por singular que sea mi observación, yo debo hablar de ella, pues se funda en una convicción favorable al acusado, y ruego que ello no produzca extrañeza. Al llevarme atado a la espalda de un desconocido, a pesar de la rapidez de la marcha del caballo, debía apercibirme del olor de aquél. Pero yo no he reconocido que tal particularidad pertenezca a Michú. En cuanto a la persona que me llevó tres veces víveres, de eso sí estoy cierto que se trataba de Marta, la mujer de Michú. La primera vez la reconocí por una sortija, regalo de la señorita de Cinq-Cygne, y que ella no había pensado sin duda en quitarse. La justicia y los señores jurados apreciarán las contradicciones que

existan en estos hechos, y que yo no me explico todavía.

La declaración de Malin fué acogida con rumores de aprobación. Bordin solicitó permiso del Tribunal para dirigir algunas preguntas a Marta como testigo de gran importancia.

—¿El señor senador cree, pues, que su secuestro obedece a otras causas que a los móviles que el fiscal atribuye a los acusados?

—¡Lo creo!—dijo el senador—. Pero ignoro los motivos, pues he de declarar que durante los veinte días de mi cautiverio no he visto a nadie.

—¿Cree usted—dijo entonces el acusador público—que su castillo de Gondreville puede guardar documentos, títulos o valores que hicieran necesario el registro por parte de los señores de Simeuse?

—No lo creo—dijo Malin—. Me parece que estos señores son incapaces, en ese caso, de apoderarse de ellos por la violencia. Les hubiera bastado con reclamármelos, para que yo se los entregara.

—¿El señor senador no ha mandado quemar algunos papeles en su parque?—dijo bruscamente el señor de Grandville.

El senador miró a Grévin. Después de haber cambiado rápidamente una mirada con el notario, que fué apercibida por Bordin, respondió que no había quemado papel alguno. Al pedirle el acusador público informes acerca del acecho de

que había sido víctima en el parque, y si estaba seguro de la posición del fusil, el senador dijo que Michú se hallaba, efectivamente, espiando detrás de un árbol. La respuesta, que coincidía con el testimonio de Grévin, produjo viva impresión. Los gentileshombres permanecían impasibles durante la declaración de su enemigo, que los confundía con su generosidad. Lorenza sufría la más horrible de las torturas; el marqués de Chargeboeuf se veía obligado a sujetarla por el brazo a cada momento. El conde de Gondreville se retiró saludando a los cuatro gentileshombres, quienes no le devolvieron el saludo. Tal pequeñez indignó a los jurados.

—Están perdidos—dijo Bordin al oído del marqués.

—¡Ay, siempre por orgullo!—respondió el marqués de Chargeboeuf.

—Nuestra tarea se ha hecho demasiado fácil, señores—dijo el acusador público levantándose y mirando a los jurados.

Y explicó el empleo de los dos sacos de yeso para adherir el espetón de hierro necesario para enganchar la cerradura que sujetaba la barra de la cueva, y cuya descripción había sido probada en el proceso verbal incoado por la mañana por Pigoult. El acusador encontraba muy natural que solo los acusados conocieran la existencia de la cueva. Puso en evidencia las falsedades de la defensa y pulverizó todos los argumentos de ella con las nuevas pruebas llegadas milagrosamente.

En 1806 estaba todavía demasiado próximo del Ser Supremo de 1793 para hablar de justicia divina, y dispensó a los jurados de la intervención celestial. Terminó su discurso diciendo que la justicia tendría la mirada fija sobre los cómplices desconocidos que habían puesto en libertad al senador, y se sentó aguardando confiadamente el veredicto.

Los jurados creían en la existencia de un misterio; pero se hallaban persuadidos de que este misterio estaba entre los acusados, quienes callaban por un interés privado de la más alta importancia.

El señor de Grandville, que creía en la evidencia de una maquinación, se levantó; pero parecía anonadado, mas por la convicción manifestada por los jurados que por los nuevos testimonios aportados al proceso. Su defensa superó la de la víspera. Y fué más lógica y más apretada tal vez que la primera. Pero sentía que su ardor era rechazado por la frialdad de los jurados. Sabía que hablaba inútilmente. Horrible y glacial situación. Hizo notar que la liberación del senador, operada como por magia, y ciertamente sin el socorro de ninguno de los acusados, ni de Marta, corroboraba sus primeros razonamientos. Ayer los acusados podían creer en la seguridad de una absolución. Y si ellos hubieran podido, como supone la acusación, detener o libertar al senador, lo hubiesen libertado después del juicio. Trató

de hacer ver que sólo enemigos ocultos en la sombra podían haber dado el golpe.

¡Cosa más rara! El señor de Grandville no logró sino turbar la conciencia del acusador público y de los magistrados, pues los jurados le escucharon por deber. El auditorio, que siempre había sido favorable a los acusados, estaba convencido de su culpabilidad. Hay una atmósfera para las ideas. En una sala de justicia, las ideas de la multitud pesan sobre los jurados, sobre los jueces, y recíprocamente. Al darse cuenta de esa disposición de espíritu que se reconoce o se siente, el defensor llegó a pronunciar sus últimas palabras poseído de una especie de exaltación febril producida por su convicción.

—¡En nombre de los acusados yo os perdono anticipadamente un error fatal, que nadie podrá borrar!—exclamó—. Todos nosotros somos juguete de una fuerza desconocida o maquiavélica. Marta Michú es víctima de una odiosa perfidia, y la sociedad se apercibirá de ello cuando el mal sea irreparable.

Bordin se fundó en la declaración del senador para pedir la absolución de los gentileshombres.

El presidente hizo el resumen de los debates con tanta más imparcialidad cuanto que los jurados se hallaban visiblemente convencidos. Hasta llegó a inclinar la balanza a favor de los acusados apoyándose en la declaración del senador. Esa amable generosidad no comprometía en nada el éxito de la acusación. A las once de la noche,

después de las diferentes respuestas del presidente del Jurado, la Sala condenó a muerte a Michú, y a los señores de Simeuse y a los de Hauteserre a veinticuatro y diez años de trabajos forzados, respectivamente. Gothard fué absuelto. Todo el auditorio quiso ver la actitud de los cinco culpables en el momento supremo en que fueron, sin escolta, ante el tribunal a escuchar su condena. Los cuatro gentileshombres miraron a Lorenza, quien a su vez los miraba con los ojos secos y encendidos, como los mártires.

—Hubiera llorado—dijo el menor de los Simeuse a su hermano—si hubiésemos sido absueltos.

Jamás hubo acusados que recibieran con la frente más serena y continente más digno una condena injusta como las cinco víctimas del sombrío complot.

—¡Nuestro defensor les ha perdonado!—dijo el mayor de los Simeuse, dirigiéndose al Tribunal.

La señora de Hauteserre se puso enferma y guardó cama durante tres meses en el palacio de Chargeboeuf. El bueno de Hauteserre retornó apaciblemente a Cinq-Cygne; pero rondado por una de esas enfermedades que no tienen ninguna de las distracciones de la juventud, tenía frecuentemente momentos de ensimismamiento, que para el cura eran indicio cierto de que el pobre viejo se hallaba al borde de emprender su último viaje. Imposible juzgar a la hermosa Marta; murió en la carcel veinte días después de la condena de su marido, recomendando su hijo a Loren-

za, entre los brazos de la cual expiró. Una vez conocido el fallo, acontecimientos políticos de gran trascendencia ahogaron el recuerdo de este proceso, del que nadie volvió a hablar. La sociedad es como el océano; vuelve a su nivel y toma su aspecto habitual después de una tempestad, y borra sus efectos por el movimiento de sus intereses devoradores.

Sin su firmeza de alma y su convicción de la inocencia de sus primos, Lorenza hubiera sucumbido; pero dió nuevas pruebas de la grandeza de su carácter, y asombró al señor de Grandville y Bordin por la aparente serenidad que las mayores desgracias imprimen en las almas grandes. Velaba y cuidaba a la señora de Hautesserre e iba todos los días dos horas a la prisión. Decía que se casaría con uno de sus primos cuando ellos estuvieran en presidio.

—¡En presidio!—exclamó Bordin—. Pero señorita, no pensemos sino en pedir gracia al Emperador.

—¡Su perdón! ¿Y de un Bonaparte?—exclamó Lorenza con horror.

Las gafas del viejo y digno procurador parecían saltarle de la nariz; las cogió antes de que cayeran y miró a la joven, persona que en aquel momento le parecía una mujer; comprendió ese carácter en toda su amplitud, tomó el brazo al marqués de Chargeboeuf y le dijo:

—¡Señor marqués, corramos a París a salvarlos sin ella!

X

El vivac del Emperador.

La revisión del proceso de los señores de Simeuse, de Hauteserre y de Michú fué el primer asunto que tuvo que juzgar el Tribunal de Casación.

Hacia últimos del mes de septiembre, después de tres audiencias empleadas en los informes, en el discurso del procurador general, Merlin, la petición fué desechada. Cuando fué creado el Tribunal imperial de París, el señor de Grandville había sido nombrado substituto del procurador general; como la provincia del Aube se encontraba bajo la jurisdicción de este Tribunal, le fué posible realizar dentro de su ministerio gestiones a favor de los condenados; insistió cerca de Cambacérès, su protector; Bordin y el señor de Chargeboeuf fueron al día siguiente de la detención, por la mañana, a su palacio del barrio del Marais, donde se encontraba pasando la luna de miel de su matrimonio, pues en el intervalo se había casado. A pesar de todos los acontecimientos que se habían sucedido en la existencia de su antiguo abogado, el señor de Chargeboeuf pudo persuadirse del dolor del joven substituto, quien seguía fiel a sus

clientes. Ciertos abogados y los artistas de profesión convierten sus causas en amantes. El caso es raro y no hay que fiarse. En cuanto sus antiguos clientes y él estuvieron solos en su gabinete, el señor de Grandville dijo al marqués:

—No esperaba su visita; he gastado ya todo mi crédito. No intenten salvar a Michú; no conseguirán el perdón de los señores de Simeuse. Es necesario una víctima.

—¡Dícs mío!—dijo Bordin, mostrando al joven magistrado los tres recursos de gracia—. ¿Puedo encargarme de suprimir la petición de su antiguo cliente? Tirar este papel al fuego es cortarle la cabeza.

Y presentó en blanco la firma de Michú. El señor de Grandville cogió el documento en sus manos y lo miró.

—No podemos suprimirlo; pero ¡sépalos usted bien!: si lo pide todo, no alcanzará nada.

—¿Tenemos tiempo para consultar a Michú?—dijo Bordin.

—Sí. La orden de ejecución corresponde al gabinete del procurador general, y nosotros podemos concederle a usted unos días. Se mata a los hombres—dijo con cierta amargura—; pero guardando las formas, sobre todo en París.

El señor de Chargeboeuf había obtenido ya, en casa del juez superior, informes que reforzaban enormemente las tristes palabras del señor de Grandville.

—Michú es inocente, yo lo sé, yo lo sosten-

go—repuso el magistrado—; pero ¿qué puede uno solo contra todos? Y piense usted que hoy mi papel es callar. Yo debo hacer erigir el cadalso donde mi defendido será decapitado.

El señor de Chargeboeuf conocía lo bastante a Lorenza para saber que no consentiría en salvar a sus primos a costa de Michú. El marqués recurrió a una última tentativa. Solicitó una audiencia del ministro de Relaciones Extranjeras, para saber si existía un medio de salvación en la alta diplomacia. Se hizo acompañar de Bordin, que conocía al ministro, a quien había hecho algunos favores. Los dos ancianos encontraron a Talleyrand absorto contemplando al fuego, con los pies estirados y la cabeza apoyada sobre la mano, el codo sobre la mesa. Junto a él, tirado en el suelo, tenía un periódico. El ministro acababa de leer la sentencia del Tribunal de Casación.

—Tenga usted la bondad de sentarse, señor marqués—dijo el ministro—; y usted Bordin—añadió, señalando un lugar delante de su mesa—, escriba:

“Señor:

Cuatro gentileshombres inocentes, declarados culpables por los jurados, acaban de ver confirmada su condena por vuestro Tribunal de Casación.

Vuestra majestad imperial no puede sino concederles la gracia de su indulto. Esos gentileshombres no reclaman esta gracia de vuestra au-

gusta clemencia, sino para tener ocasión de utilizar su muerte combatiendo bajo vuestra mirada, y reiterándose de vuestra majestad imperial y real..., con respeto, los...", etc.

—No hay como los príncipes para saberse crear gratitudes—dijo el marqués de Chargeboeuf, tomando de manos de Bordin la preciosa minuta de petición que tenían que firmar los cuatro gentileshombres, y para la cual él confiaba obtener las augustas apostillas.

—La vida de sus parientes, señor marqués—dijo el ministro—, está en manos del azar de los combates; ¡trate usted de llegar al día siguiente de una victoria y serán salvados!

Tomó la pluma y escribió él mismo una carta confidencial al Emperador y otra de diez líneas al mariscal Duroc; llamó al timbre, pidió a su secretario un pasaporte diplomático, y dijo tranquilamente al viejo procurador:

—¿Cuál es su opinión verdadera sobre el proceso?

—¿No sabe usted, pues, monseñor, quién nos ha enredado tan bien?

—Me lo presumo; pero tengo mis razones para buscar la certeza de ello—respondió el príncipe—. Vuelva usted a Troyes y tráigame aquí, mañana, a esta misma hora, pero secretamente, a la condesa de Cinq-Cygne; vaya usted a casa de mi señora, a quien yo avisaré su visita. Si la señorita de Cinq-Cygne, a quien colocaremos de modo

que ella pueda ver al hombre que estará de pie delante de mí, reconoce en él a un individuo que estuvo en su palacio cuando la conspiración de los señores de Polignac y de Rivière, ¡diga yo lo que diga, responda él lo que responda, que no haga un gesto ni pronuncieis una palabra! No piensen que al salvar a los señores de Si-meuse no van a suprimir al bribón de su guarda.

—¡Un hombre sublime, monseñor! — exclamó Bordin.

—¿Usted entusiasmado, Bordin? Ese hombre debe ser alguien.—Y cambiando de conversación: —Nuestro soberano tiene un amor propio extraordinario, señor marqués. Va a dimitirme para poder hacer todas las locuras que le vengan en gana sin que le contradigan. Es un gran soldado que sabe cambiar las leyes del espacio y del tiempo, pero que no sabe cambiar a los hombres, y él quisiera hacerlos a su semejanza. Ahora, no olvide usted que el indulto de sus parientes sólo puede obtenerlo una persona..., la señorita de Cinq-Cygne.

El marqués partió solo para Troyes, y comunicó a Lorenza el estado en que se encontraba el asunto. Lorenza obtuvo del procurador imperial permiso para ver a Michú, y el marqués la acompañó hasta la puerta de la prisión, donde la aguardó. Al salir, Lorenza tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡El pobre—dijo—trataba de ponerse de rodillas a mis pies para rogarme que no me ocupa-

ra más de él, sin acordarse de que lleva grilletas en los pies! ¡Ah, marqués, yo defenderé su causa! ¡Sí, yo iré a besar las botas del Emperador! Y si fracaso, ¡ah!, entonces ese hombre vivirá por mi recuerdo, solicitud y agradecimiento eternamente en nuestra familia; presente usted su demanda de gracia para ganar tiempo; quiero tener su retrato. Vámonos.

Al día siguiente, cuando el ministro supo por la señal convenida que Lorenza se hallaba en su sitio, llamó y apareció su secretario, que recibió orden de dejar pasar al señor Corentin.

—Amigo mío, es usted un hombre hábil—le dijo Talleyrand y quiero emplearle.

—Monseñor...

—Escuche. Sirviendo a Fouché, tendrá dinero; pero nunca honores ni posición decorosa; sirviéndome a mí siempre, como acaba usted de servir a Merlin, tendrá usted toda clase de consideraciones.

—Monseñor es muy bueno...

—Ha desplegado usted un talento en el último asunto de Gondreville...

—¿A qué se refiere monseñor?—dijo Corentin, adoptando un aire ni demasiado frío ni demasiado sorprendido.

—No llegará usted a nada—respondió secamente el ministro—; usted teme...

—¿Qué, monseñor?

—¡La muerte!—dijo el ministro con su hermosa voz profunda y hueca—. Adiós, amigo.

—¡Es él!—dijo el marqués de Chargeboeuf entrando—. ¡Por poco matamos a la condesa; se ahoga!

—No hay nadie que sea capaz de jugar una mala partida como la que les aflige a ustedes más que él—respondió el ministro—. Señor, está usted en peligro de no alcanzar lo que desea—repuso el príncipe—. Diríjase a Estrasburgo de modo que todo el mundo le vea; le voy a enviar a usted dobles pasaportes en blanco. Prepare varios hombres que tomen su disfraz y que puedan servir de contrafigura de usted; cambie hábilmente de camino y sobre todo de coche; deje usted prender en Estrasburgo a esos hombres y gane la frontera de Prusia por Suiza y por Baviera. No diga una palabra, y mucha prudencia. Tiene usted la policía en contra suya, ¡y no sabe usted lo que es la policía!...

La señorita de Cinq-Cygne ofreció a Roberto Lefebvre una suma bastante crecida para decidirle a venir a Troyes a hacer el retrato de Michú, y el señor de Grandville dió al pintor, célebre en aquella época, todas las facilidades apetecibles. El señor de Chargeboeuf partió en su vieja berlina con Lorenza y un criado que hablaba alemán. Pero cerca de Nancy se unió a Gothard y a la señorita Goujet, que les habían precedido en una excelente calesa; tomó esta calesa y les dió su berlina. El ministro tenía razón. En Estrasburgo, el comisario general de policía rehusó visar los pasaportes a los viajeros, alegando ór-

denes terminantes. En aquel mismo momento el marqués y Lorenza salían de Francia por Besançon, con los pasaportes diplomáticos. Lorenza atravesó Suiza en los primeros días del mes de octubre, sin prestar la menor atención a ese hermoso país. Iba en el fondo de la calesa en el sopor en que yace el criminal cuando se acerca la hora del suplicio. La Naturaleza se cubre entonces de un aire vaporoso y cálido, y las cosas más vulgares toman un aspecto fantástico. Este pensamiento: "Si no triunfo se matarán", caía sobre su alma lo mismo que en el suplicio de la rueda caía antaño la barra del verdugo sobre los miembros de la víctima. Se sentía poco a poco hecha pedazos; perdía toda su energía esperando el momento cruel, rápido y decisivo, en que había de encontrarse frente a frente al hombre de quien dependía la suerte de los cuatro gentilhombres. Había tomado el partido de dejarse llevar por su anonadamiento para no gastar inútilmente su energía. Incapaz de comprender ese designio de las almas fuertes, que se traduce diversamente en lo externo, pues en los momentos supremos, de espera, ciertos espíritus superiores se abandonan a una alegría sorprendente, el marqués tenía miedo de que Lorenza llegara sin vida hasta el lugar donde debía efectuarse el encuentro solemne para dos personas solamente, pero que sobrepasaba ciertamente las proporciones ordinarias de la vida privada. Para Lorenza, humillarse delante de aquel hombre objeto de su

odio y de su desprecio, era tanto como la desaparición de sus sentimientos generosos.

—Después de esto—dijo ella—, la Lorenza que sobrevivirá no se parecerá a la que va a perecer.

Sin embargo, fué muy difícil a los dos viajeros no apercibirse del inmenso movimiento de hombres y de cosas dentro del cual entraron, una vez en Prusia. La campaña de Jena había comenzado. Lorenza y el marqués veían las magníficas divisiones del ejército francés alargándose y formando como en las Tullerías. Ante aquellos despliegues de la fuerza militar, que no podían describirse sino con palabras e imágenes de la Biblia, el hombre que animaba aquellas masas tomó proporciones gigantescas en la imaginación de Lorenza. Pronto la palabra victoria resonó en sus oídos. Los ejércitos imperiales acababan de obtener dos triunfos señalados. El príncipe de Prusia había sido muerto la víspera del día en que los dos viajeros llegaron a Saalfeld, tratando de alcanzar a Napoleón, que marchaba con la rapidez del rayo. Al fin, el 13 de octubre, fecha de mal agüero, la señorita de Cinq-Cygne llegó a lo largo de un río, entre los regimientos del gran ejército francés, viendo no más que confusión, siendo dirigida de una a otra aldea, de división en división, asustada de verse sola con un anciano, mecida en un océano de ciento cincuenta mil hombres que acechaban a otros ciento cincuenta mil hombres apostados en el campo de batalla enemigo. Fatigada de ver siempre el río

por encima de los setos de un camino fangoso, que ella seguía por una colina, preguntó a un soldado cómo se llamaba el camino.

—Es el Saale—dijo el soldado señalando el ejército prusiano agrupado en grandes masas al otro lado del río.

Llegada la noche, Lorenza veía el resplandor de las hogueras y el brillo de armas. El viejo marqués, cuya intrepidez era caballeresca, guiaba, sentado junto a su nuevo criado, dos buenos caballos comprados la víspera. El anciano sabía de sobra que no encontrarían ni postillones ni caballos al llegar al campo de batalla. De pronto la audaz calesa, objeto de la extrañeza de los soldados, fué detenida por un individuo de la gendarmería del ejército, que llegó a galope cerca del marqués, gritándole:

—¿Quién es usted? ¿Adónde va usted? ¿A quién busca?

—Al Emperador—dijo el marqués—; llevo un importante despacho de los ministros para el gran mariscal Duroc.

—¡Bueno; usted no puede continuar aquí!—dijo el gendarme.

La señorita de Cinq-Cygne y el marqués se vieron obligados a quedarse allí por otro motivo además: obscurecía.

—¿Dónde estamos?—dijo Lorenza a dos oficiales que vió venir y que cubrían su uniforme con sobretodo de paño.

—Está usted delante de la vanguardia del ejér-

cito francés—le dijo uno de los oficiales—. No puede usted continuar aquí; pues si el enemigo hace algún movimiento y comienza a disparar la artillería, se encontrará usted entre dos fuegos.

—¡Ah!—dijo Lorenza indiferente.

Al oír aquella exclamación, el otro oficial dijo:

—¿Cómo se encuentra aquí esta mujer?

—Aguardamos—respondió ella—a un gendarme que ha ido a prevenir al señor Duroc, quien se interesa para que podamos hablar al Emperador.

—¿Hablar al Emperador?—dijo el primer oficial—. ¿Cree usted que es posible en vísperas de una batalla decisiva?

—¡Ah! Tiene usted razón—replicó ella—; no debo hablarle hasta pasado mañana, pues la victoria excitará su benevolencia.

Los dos oficiales fueron a colocarse a veinte pasos de distancia, montados en sus caballos, inmóviles. La calesa fué rodeada entonces por un escuadrón de generales, mariscales y oficiales, todos de brillante uniforme, que respetaron el coche precisamente porque vieron a Lorenza.

—¡Dios mío!—dijo el marqués a Lorenza—. Tengo miedo por no haber hablado antes al Emperador.

—¿El Emperador?—dijo un coronel general—. ¡Ahí está!

Lorenza apercibió entonces unos pasos delante de ella y sólo a aquel que había exclamado: “¿Cómo se encuentra aquí esta mujer?”, a uno de los

dos oficiales, al Emperador, en fin, llevando su célebre levita encima del uniforme verde, montado en un caballo blanco ricamente enjaezado. Examinaba con un anteojo de campaña el ejército prusiano, que se hallaba al otro lado del río. Lorenza sintió un movimiento convulsivo; la hora había llegado; entonces oyó el ruido sordo de varias masas de hombres y de sus armas instalándose a paso redoblado en la llanura. Las baterías parecía que hablaban; los arcones de municiones retumbaban y los cañones crepitaban.

—El general Lannes tomará posición con toda su división delante; el mariscal Lefebvre y la guardia ocuparán la meseta—dijo el otro oficial, que era el oficial general Berthier.

El Emperador se apeó. Al primer movimiento, Roustan, su famoso mameluco, se apresuró a coger el caballo. El asombro de Lorenza rayaba en la estupidez; nunca hubiera creído en aquella sencillez.

—Yo pasaré la noche en esta meseta—dijo el Emperador.

En aquel momento el gran mariscal Duroc, a quien el gendarme había encontrado, llegó junto al marqués de Chargeboeuf y le preguntó la razón de su llegada; el marqués le respondió que una carta escrita por el ministro de Relaciones Extranjeras le diría hasta qué punto era urgente que la señorita de Cinq-Cygne y él obtuvieran una audiencia del Emperador.

—Su majestad va a comer en su vivac segura-

mente—dijo Duroc tomando la carta—; cuando yo haya visto de qué se trata les haré saber si pueden ver ustedes al Emperador. Sargento—dijo al gendarme—, conduzca usted este coche cerca de la choza de retaguardia.

El señor de Chargeboeuf siguió al gendarme, y detuvo su coche detrás de una miserable cabaña construída de fango y madera, rodeada de algunos árboles frutales. Estaba custodiada por piquetes de infantería y caballería.

Puede decirse que la grandiosidad de la guerra se manifestó en aquel lugar con todo su esplendor. Desde aquella cima se veían los dos ejércitos, iluminados por la Luna. Después de una hora de espera, en que no se oía más que el movimiento constante producido por las idas y venidas de los ayudantes de campo, Duroc fué a buscar a la señorita de Cinq-Cygne y al marqués, y los hizo entrar en la cabaña, cuyo suelo era de tierra desnuda, como el de las eras de nuestras granjas. Delante de una mesa, recién levantada, en la que se veían aún los restos de una comida, y delante de una hoguera humeante donde ardía leña recién cortada, se hallaba Napoleón sentado en una silla ordinaria. Sus botas, llenas de barro, atestiguaban sus recientes carreras al través del campo de batalla. Se había quitado su famosa levita y su célebre uniforme verde, cruzado por el gran cordón de la Legión de Honor, rojo; realzado por su pantalón blanco, de cachemira, y su chaleco, destacaba admirablemente su pálida y terrible cara cesárea. Tenía la mano

puesta en un plano desdoblado sobre sus rodillas. Berthier estaba de pie, con su brillante uniforme de vicecondestable del Imperio. Constant, el ayuda de cámara, servía al emperador el café en una bandeja.

—¿Qué quiere usted?—dijo con simulada brusquedad, traspasando con la fuerza de su mirada los ojos de Lorenza—. Por lo visto ¿no teme usted venir a hablarme antes de la batalla? ¿Qué la trae a usted aquí?

—Señor—dijo Lorenza, mirándole no menos fijamente—, yo soy la señorita de Cinq-Cygne.

—Bueno; ¿y qué?—dijo él con voz colérica, creyéndose desafiado por su mirada.

—¿No comprende usted, pues? Yo soy la condesa de Cinq-Cygne, y yo os pido perdón—dijo, cayendo de rodillas y alargándole la solicitud redactada por Talleyrand, refrendada por la emperatriz, por Cambacérès y por Malin.

El emperador levantó con galantería a Lorenza, mirándola sutilmente, y le dijo:

—¿Será usted juiciosa por fin? ¿Comprende usted ya lo que debe ser el Imperio francés?...

—¡Ah, en este momento yo no comprendo más que al Emperador!—dijo ella, vencida por la sencillez con que el hombre providencial había pronunciado aquellas palabras, que hacían presentir el perdón.

—¿Son inocentes?—preguntó el emperador.

—Todos—dijo ella con entusiasmo.

—¿Todos? No; el guarda es un hombre peligro-

so, que mataría a mi senador sin consultar con ustedes.

—¡Oh, señor!—dijo Lorenza—, si un amigo se sacrificara por el Emperador, ¿lo abandonaría vuestra majestad?

—Es usted una mujer—dijo con un matiz de burla.

—¡Y vuestra majestad un hombre de hierro!—le dijo ella con dureza apasionada, que halagó al emperador.

—Ese hombre ha sido condenado por la justicia del país—repuso él.

—Pues es inocente.

—¡Niña!...

Y salió, tomando a la señorita de Cinq-Cygne por la mano y conduciéndola a la cima.

—He aquí—dijo Napoleón con su elocuencia peculiar, que transformaba los cobardes en valientes—. ¡He aquí trescientos mil hombres inocentes también! Pues bien: mañana treinta mil de ellos habrán muerto, ¡muerto por su patria! Hay entre los prusianos tal vez un gran ingeniero, un ideólogo, un genio, que será segado. En nuestro lado nosotros perderemos seguramente grandes hombres desconocidos. ¡Quién sabe, tal vez yo mismo veré morir a mi mejor amigo! ¿Acusaré por ello a Dios? No. Callaré. Sepa usted, señorita, que se debe morir por las leyes del país como se muere por su gloria—añadió entrando de nuevo en la cabaña.

—Vamos, vuelva usted a Francia—dijo mi-

rando al marqués—; mis órdenes irán en seguida.

Lorenza creyó en una conmutación de pena para Michú, y por efusión de su agradecimiento dobló una rodilla y besó la mano al Emperador.

—¿Usted es el señor de Chargeboeuf?—dijo entonces Napoleón dirigiéndose al marqués.

—Sí, señor.

—¿Tiene usted hijos?

—Muchos hijos.

—¿Por qué no me da usted uno de sus nietos? Haría de él uno de mis pajes...

“¡Ah, ya apareció el alférez!—pensó Lorenza—. Quiere que se le pague el perdón.”

El marqués se inclinó sin responder. Afortunadamente, el general Rapp entró precipitadamente en la cabaña.

—Señor, la caballería de la guardia y la del gran duque de Berg no podrán llegar hasta mañana al mediodía.

—No importa—dijo Napoleón volviéndose hacia Berthier—; hay horas de gracia para nosotros también; sepamos aprovecharlas.

Hizo una seña con la mano, y el marqués y Lorenza se retiraron y montaron en el coche; el sargento los puso en camino y los condujo hasta una aldea, donde pasaron la noche. A la mañana siguiente se alejaron del campo de batalla, en medio del fragoroso ruido de ochocientas piezas de artillería, que retumbaron durante diez horas; en el camino supieron la noticia de la

sorprendente victoria de Jena. Ocho días después entraban en los arrabales de Troyes. Una orden del juez superior, transmitida al procurador imperial del Tribunal de primera instancia de Troyes, ordenaba la libertad bajo fianza de los gentileshombres, mientras llegaba la decisión del Emperador y rey; pero al mismo tiempo la orden para la ejecución de Michú era expedida por el Tribunal. Las órdenes habían llegado aquella misma mañana. Lorenza se trasladó a la prisión cerca de las dos, vestida de viaje. Obtuvo permiso para ver a Michú, que estaba asistiendo a la triste ceremonia a que dan lugar los aprestos que sufre el condenado a muerte antes de ser conducido al suplicio. El buen abate Goujet, que había solicitado acompañarle hasta el cadalso, acababa de dar la absolución a Michú, que se hallaba desolado por la incertidumbre de la suerte que podían correr sus amos. Cuando vió a Lorenza lanzó una exclamación de alegría.

—Ya puedo morir—dijo.

—Están indultados, no sé en qué condiciones—respondió ella—; pero lo están; todo lo he intentado para salvarte, amigo mío, a pesar de tu consejo. Creía haberlo conseguido, pero el Emperador me ha engañado por fineza de soberano.

—¡Estaba escrito allá, en lo alto—dijo Michú—, que el perro del guarda debía ser muerto en el mismo lugar que sus viejos amos!

La hora postrera transcurrió rápidamente. Michú, en el momento de partir, no se atrevió a

solicitar más favor que besar la mano de la señorita de Cinq-Cygne; pero ella le ofreció sus mejillas y dejó que la besara santamente. Michú rehusó subir a la carreta de los ajusticiados.

—¡Los inocentes deben ir a pie!—dijo.

No quiso que el abate Goujet le diera el brazo, y marchó digna y resueltamente hasta la guillotina. En el momento de extenderse sobre la plataforma dijo al verdugo, rogándole que echara hacia atrás la levita, que le subía por encima del cuello:

—Mi traje le pertenece; tenga usted cuidado de no cortarlo.

Los cuatro gentileshombres apenas tuvieron tiempo de ver a la señorita de Cinq-Cygne. Un despacho del general comandante de su división les trajo el nombramiento de alférez del mismo regimiento de caballería, con orden de trasladarse en seguida a Bayona, al depósito de su cuerpo. Después de los adioses desgarradores, la señorita de Cinq-Cygne regresó a su castillo desierto.

Los dos hermanos murieron juntos ante los ojos del Emperador, en Somosierra, peleando juntos como jefes de escuadrón. Su última palabra fué: "*¡Lorenza, ¡si mueres!*"

El mayor de los Hautesserre murió de coronel en el ataque al reducto de Moskowa, siendo reemplazado por su hermano.

Adriano, nombrado general de brigada en la batalla de Dresde, donde fué gravemente herido, pudo volver a pasar su curación a Cinq-Cygne.

Intentando salvar lo que quedaba de los cuatro gentileshombres, que había visto alrededor suyo; la condesa, que tenía entonces treinta y dos años, se casó con él; pero le ofreció un corazón lacerado y marchito, que él aceptó. Las personas que aman no dudan de nada o dudan de todo.

La Restauración encontró a Lorenza sin entusiasmo; los Borbones llegaban demasiado tarde para ella; sin embargo, no tenía por qué quejarse: su marido, nombrado par de Francia, con el título de marqués de Cinq-Cygne, llegó a teniente general en 1816, y fué recompensado con el cordón azul por los eminentes servicios prestados entonces.

El hijo de Michú, que Lorenza tomó a su cuidado como a su propio hijo, se graduó de abogado en 1817. Después de haber ejercido dos años su profesión fué nombrado juez suplente del Tribunal de Alençon, y de allí pasó como procurador del rey al Tribunal de Arcis en 1827. Lorenza, que había cuidado el empleo del capital de Michú, entregó al joven doce mil libras de renta el día de su mayor edad; más tarde le casó con la rica señorita de Girel, de Troyes. El marqués de Cinq-Cygne murió en 1829 en brazos de Lorenza, de su padre, de su madre y de sus hijos, que le adoraban. Después de su muerte nadie había logrado penetrar en el secreto del secuestro del senador. Luis XVIII no rehusó reparar las injusticias del desgraciado asunto; pero no quiso hablar sobre las causas de este desastre a la marquesa de Cinq-Cygne, que entonces le creyó cómplice de la catástrofe.

XI

Las tinieblas, disipadas.

El primitivo marqués de Cinq-Cygne había empleado sus ahorros, los de su padre y los de su madre en la adquisición de un magnífico palacio, situado en la calle de Faubourg-du-Roule, incluido en el considerable mayorazgo creado para la conservación del señorío. La sórdida economía del marqués y sus parientes, que apenaba a veces a Lorenza, se explicó entonces. Después de la compra del palacio, la marquesa, que vivía en sus tierras, ahorrando para sus hijos, pasaba los inviernos en París; esto le producía gran placer, y se explicaba: su hija Berta y su hijo Pablo alcanzaban una edad en que su educación exigía la vida de París. La señora de Cinq-Cygne frecuentaba poco la sociedad. Su marido no podía ignorar el dolor que albergaba el corazón de su mujer; y él tenía para ella las atenciones más delicadas. Murió no habiendo amado más que a ella en el mundo. El marido, de noble corazón, desconocido durante algún tiempo, pero al que la generosa hija de los Cinq-Cygne consagró sus últimos años el mismo amor que él le prodigaba, fué finalmente muy feliz. Lorenza vivía sobre todo para los goces

de la familia. Ninguna mujer de París fué más querida y respetada por sus amigos. Visitar su casa era un honor. Dulce, inteligente, espiritual y sobre todo sencilla, agradaba a las almas escogidas, las atraía, a pesar de su aspecto doloroso; todos parecían como si protegiesen a esta mujer tan fuerte, y ese sentimiento de protección explicaba mejor todavía el atractivo de su amistad. Su vida, dolciosa en su juventud, era bella y serena hacia el ocaso. Sus sufrimientos eran conocidos, y nadie preguntó jamás quién era el original del retrato de Roberto Lefebvre, que, después de la muerte del guarda, constituía el principal ornato fúnebre del salón. La fisonomía de Lorenza tenía la madurez de los frutos tardíos. Una especie de orgullo religioso nimbaba su frente dolorida. En el momento en que la marquesa se hizo cargo de la casa, su fortuna, aumentada por la ley sobre indemnizaciones, se acercaba a doscientas mil libras de renta, sin contar los sueldos de su marido. Lorenza había heredado el millón cien mil francos de los Simeuse. Desde entonces gastaba cien mil francos al año, y ahorraba el resto para el dote de Berta.

Berta era el vivo retrato de su madre, pero sin su audacia belicosa; era su madre, pero fina y espiritual: "más femenina"—decía Lorenza con melancolía—. La marquesa no quería casar a su hija antes de los veinte años. Las economías de la familia, acertadamente administradas por el viejo de Hauteserre, colocadas en valores públicos

cuando las rentas bajaron en 1830, hacían ascender, en 1833, el dote de Berta a ochenta mil francos de renta. En esta fecha Berta tenía veinte años.

Por este tiempo, la princesa de Cadignan, que quería casar a su hijo, el duque de Maufrigneuse, había introducido entre las amistades de la marquesa de Cinq-Cygne a su hijo. Jorge de Maufrigneuse comía tres veces por semana en casa de la marquesa, acompañaba a la madre y a la hija a los Italianos, caracoleaba en el Bosque de Bolonia en torno del carruaje de ellas cuando iban a paseo. Era cosa evidente para la sociedad del Faubourg Saint-Germain que Jorge amaba a Berta. Sólo que nadie sabía si la señora de Cinq-Cygne deseaba hacer a su hija duquesa, mientras le llegaba la hora de ser princesa, o si la princesa deseaba para su hijo tan buen dote, ni si la célebre Diana salía al encuentro de la nobleza provinciana, o si ésta se hallaba escandalizada de la celebridad de la señora de Cadignan, de sus gustos y de sus despilfarros. Deseando no perjudicar a su hijo, la princesa se hizo por aquel tiempo devota, enmendó su conducta y pasaba el verano en una quinta de Ginebra.

Una noche, la princesa de Cadignan tenía reunidos en su casa al marqués de Espard y a De Marsay, presidente del Consejo. La princesa veía por última vez aquella noche a su ex amante, pues éste murió al año siguiente. Rastignac, subsecretario de Estado, agregado al ministerio Mar-

say, dos embajadores, dos célebres oradores de la Cámara de los Pares, los viejos duques de Lenoncourt y de Navarreis, al conde de Vandenesse y su joven esposa, y de Arthez. Estas personas formaban allí un círculo algo raro, fácil de explicar: se trataba de obtener del presidente del Consejo un pasaporte para el príncipe de Cadignan. De Marsay, que no quería cargar con esta responsabilidad, acababa de decir a la princesa que el asunto estaba en buenas manos. Un viejo político debía traerles la solución aquella misma noche. En aquel momento anunciaron a la marquesa y a la señorita de Cinq-Cygne. Lorenza, cuyos principios políticos no admitían discusión, no se sorprendió, pero sí le molestó ver a los representantes más ilustres del partido legitimista de las dos Cámaras hablando con el presidente del Consejo, de quien ella llamaba siempre monseñor duque de Orleáns, y escuchándolo y riendo con él. De Marsay brillaba como una lámpara próxima a apagarse con el último resplandor. De Marsay olvidaba en aquel salón con mucho gusto las preocupaciones de la política. La marquesa de Cinq-Cygne recibía a De Marsay como recibía, según el decir general, entonces la corte de Austria a monseñor de Saint-Aulaire: el hombre de mundo disculpaba al ministro. Pero se irguió lo mismo que si su asiento fuera de hierro candente cuando oyó anunciar al señor conde de Gondreville.

—Adiós, señora—dijo Lorenza a la princesa secamente.

Y salió en unión de Berta procurando no encontrarse con el hombre que tan funesto había sido para su vida.

—Probablemente ha estropeado usted el matrimonio de Jorge—dijo la princesa a De Marsay en voz baja.

El ex escribano de Arcis, ex representante del pueblo, ex thermidoriano, ex tribuno, ex consejero de Estado, ex conde del Imperio y senador, ex par de Luis XVIII, y nuevo par de Julio, hizo una reverencia servil a la hermosa princesa de Cadignan.

—No tiemble usted, hermosa dama, ya no hacemos la guerra a los príncipes—dijo sentándose a su lado.

Malin había tenido la estimación de Luis XVIII, al cual su vieja experiencia fué útil. Había contribuído mucho a derrocar a Decazes y había servido de consejero muchas veces al ministro Villèle. Fríamente acogido por Carlos X, había heredado los rencores de Talleyrand. Entonces gozaba de gran predicamento bajo el segundo Gobierno, a quien tenía la suerte de servir desde 1789, y al que dejará de servir indudablemente en el momento propicio; mas hacía quince meses que había roto la amistad que le unió durante treinta y seis años a nuestro más ilustre diplomático. Hablando en esta reunión del

gran diplomático, pronunció las siguientes palabras:

—¿Conoce usted la razón de su hostilidad contra el duque de Burdeos?... El pretendiente es demasiado joven...

—Da usted—respondió Rastignac—un peregrino consejo a los jóvenes.

De Marsay, que estaba ensimismado después de las palabras de la princesa, no recogió esta broma; miró burlescamente a Gondreville, y esperaba evidentemente para hablar a que el anciano, que se acostaba muy temprano, se marchase. Todos los presentes, testigos de la salida de la señora de Cinq-Cygne, y que conocían las razones de esto, imitaron el silencio del presidente del Consejo. Gondreville, que no había reconocido a la marquesa, ignoraba los motivos de esta reserva general; pero el hábito de los negocios, las costumbres políticas, le habían dado tacto, y como además era hombre de talento, creyó que su presencia molestaba, y se fué. De Marsay, de pie ante la chimenea, contemplaba de modo que dejaba adivinar sus graves pensamientos a ese anciano de setenta años que se iba pausadamente.

—Me he equivocado, señora, por no haberla nombrado mi intermediario—dijo el primer ministro oyendo el ruido del coche en la calle—. Pero quiero enmendar la falta y darle el medio de que haga las paces con los de Cinq-Cygne. Hace más de treinta años que ocurrió la cosa;

es tan vieja como la muerte de Enrique IV que, entre nosotros, ciertamente, a pesar del proverbio, es el episodio histórico menos conocido, lo mismo que otras catástrofes históricas. Le juro a usted, además, que si este asunto no concerniese a la marquesa, por esto no dejaría de interesarle. El asunto aclara uno de los pasajes famosos de nuestros anales modernos, el de Saint-Bernard. Los señores embajadores verán en él que, en cuanto a profundidad, nuestros políticos de hoy día están bien lejos de los Maquiavelos, que las olas populares elevaron, en 1793, por encima de las tempestades, y algunos de los cuales han hallado, como dice el romance, *puerto seguro*. Para ser algo hoy en Francia es preciso haber navegado por los huracanes de aquellos tiempos.

—Pero me parece—dijo sonriendo la princesa—que respecto a eso, el estado de cosas actual no deja nada que desear...

Y todos rieron francamente, y el mismo De Marsay no pudo reprimir una sonrisa. Los embajadores parecían estar impacientes; a De Marsay le dió un acceso de tos, y se hizo un silencio.

—Una noche, en junio de 1800—dijo el presidente del Consejo—, cerca de las tres de la madrugada, cuando la luz del día hace palidecer a las bujías, dos hombres, cansados de jugar a la berlanga, y que jugaban nada más que para entretener a los presentes, abandonaron el salón del palacio de Relaciones Exteriores, situado entonces en la calle de Bac, y se dirigieron al gabinete

de cierta dama. De los dos hombres, uno ha muerto ya, y el otro tiene un pie en la sepultura; los dos en su género son igualmente extraordinarios. Los dos han sido sacerdotes, y los dos han abjurado; los dos están casados. El uno había sido simple presbítero, y el otro había llevado la mitra episcopal. El primero se llamaba Fouché; el nombre del segundo no se lo digo a ustedes; pero ambos eran entonces simples ciudadanos franceses, muy simples. Cuando se les vió ir al gabinete de cierta dama, las personas que se hallaban allí todavía manifestaron un poco de curiosidad. Un tercer personaje les siguió. En cuanto a éste, que se creía mucho más fuerte que los dos primeros, se llamaba Sieyès, y todos ustedes saben que perteneció igualmente a la Iglesia antes de la Revolución. El que andaba con dificultad era entonces ministro de Relaciones Exteriores, y Fouché, ministro de la policía general. Sieyès se había separado del Consulado. Un hombre pequeño, severo y frío, abandonó su puesto y se unió a estos tres hombres diciendo en voz baja, delante del que me lo ha contado: "Temo la berlanga de los curas." Era ministro de la Guerra. La palabra de Carnot no inquietaba a los dos cónsules que jugaban en el salón. Cambacérès y Lebrun se hallaban entonces a merced de sus ministros, infinitamente más fuertes que ellos. Casi todos estos hombres de Estado han muerto; no se les debe nada: pertenecen a la Historia, y la historia de aquella noche es terrible; se la cuento a ustedes

porque yo sólo la sé, porque Luis XVIII no se la ha contado a la pobre señora de Cinq-Cygne, y porque al Gobierno actual le es indiferente que ella lo sepa. Los cuatro hombres se sentaron. El que era cojo debió cerrar la puerta antes de que se pronunciara una palabra; es más, se dice que echó el pestillo. Sólo las personas bien educadas guardan estos pequeños cuidados. Los tres curas tenían la cara pálida e impasible que ustedes conocen. Sólo Carnot podía ostentar un semblante colorado. El militar habló el primero. —¿De qué se trata? De Francia, debió decir el príncipe, a quien yo admiro como uno de los hombres más extraordinarios de nuestro tiempo. —De la República—dijo seguramente Fouché—. —Del Poder—dijo probablemente Sieyès.

Los presentes se miraron. De Marsay había pintado admirablemente con la voz, el gesto y la mirada a los tres hombres.

—Los tres hombres se entendieron a la perfección—repuso.

Carnot miró indudablemente a sus colegas y al ex cónsul con aire bastante digno. Yo creo que debió encontrarse aturdido.

—¿Cree usted en el éxito—le preguntó Sieyès.

—Todo se puede esperar de Bonaparte—respondió el ministro de la Guerra—; ha atravesado victoriosamente los Alpes.

—En aquel momento—dijo el diplomático con calculada lentitud—se lo jugaba todo.

—Para terminar, hablemos claro—dijo Fou-

ché—: ¿qué haremos si el Primer Cónsul es vencido? ¿Será posible rehacer un ejército? ¿Continuaremos siendo sus humildes criados?

—No hay República en este momento—hizo observar Sieyès; es cónsul por diez años.

—Tiene más poder que tuvo Cromwell—añadió el obispo—, y no ha votado la muerte del rey.

—Tenemos un amo—dijo Fouché—. ¿Le conservaremos si pierde la batalla, o volveremos a la República pura?

—Francia—replicó sentenciosamente Carnot—no podrá resistir sino volviendo a la energía convencional.

—Soy de la opinión de Carnot—dijo Sièyes—. Si Bonaparte vuelve vencido, hay que acabar con él. ¡Nos lleva prometidas demasiadas cosas en siete meses!

—Dispone del ejército—repuso Carnot pensativo.

—¡Nosotros disponemos del pueblo!—exclamó Fouché.

—¡Va usted muy de prisa!—replicó el gran señor con su voz de bajo que conservaba aún, y que recordaba al antiguo presbítero.

—Sea usted franco—dijo el ex convencional mostrando su cabeza—. ¡Si Bonaparte vence, nosotros le adoraremos; vencido, le enterraremos!

—Usted estaba allí, Malin—prosiguió el dueño de la casa sin inmutarse—. Usted será de los nuestros.

Y le indicó que se sentara. A esta circunstancia debió este personaje convencional obscuro llegar a ser lo que es actualmente. Malin fué discreto y los dos ministros le fueron leales; pero fué también el eje de la máquina y el alma de la maquinación.

—¡Ese hombre aun no ha sido vencido—exclamó Carnot con acento de convicción—, y acaba de superar a Aníbal!

—En caso de desgracia, he aquí al Directorio—repuso muy sutilmente Sieyès, haciendo observar que entre todos eran cinco.

—Y—dijo el ministro de Relaciones Exteriores—todos nosotros estamos interesados en mantener la Revolución francesa; nosotros tres hemos ahorcado los hábitos; el general ha votado la muerte del rey. En cuanto a usted—dijo a Malin—, usted posee bienes de los emigrados.

—Todos nosotros tenemos los mismos intereses—dijo perentoriamente Sieyès—, y nuestros intereses están de acuerdo con el interés de la patria.

—Cosa rara—dijo el diplomático sonriendo.

—Hay que obrar—añadió Fouché—; la batalla ha comenzado, y Mélas tiene fuerzas superiores. Génova se ha rendido y Massena ha cometido la falta de embarcar para Antibes; no es seguro, pues, que pueda alcanzar a Bonaparte, que se hallará reducido a sus propias fuerzas.

—¿Quién le ha dado a usted esa noticia—preguntó Carnot.

—Es cierta—respondió Fouché—. Recibirá usted el correo a la hora de la Bolsa.

—Esos no hacen melindres—dijo De Marsay sonriendo y deteniéndose un momento.

—Sin embargo, cuando llegue la noticia del desastre—prosiguió Fouché—no podremos organizar los clubs, reanimar el patriotismo y cambiar la Constitución. Debemos preparar nuestro 18 de Brumario.

—Dejemos hacer al ministro de la policía—dijo el diplomático—, y desconfiemos de Luciano.

Luciano Bonaparte era entonces ministro del Interior.

—Yo me encargo de detenerle—dijo Fouché.

—Señores—exclamó Sieyès—, nuestro Directorio no volverá a estar sometido a cambios anárquicos. Nosotros organizaremos un poder oligárquico, un Senado vitalicio, una Cámara directiva que estará en nuestras manos, puesto que sabremos aprovechar las faltas del pasado.

—Con ese sistema estaré tranquilo—dijo el obispo.

—¡Búsqüenme un hombre de confianza para comunicarme con Moreau, pues el ejército de Alemania será nuestro único recurso!—exclamó Carnot, que se hallaba sumido en una profunda meditación.

—En efecto—repuso De Marsay después de una pausa—, esos hombres tenían razón, señores! Han sido grandes en esta crisis, y yo hubiera hecho como ellos.

—¡Señores!—exclamó Sieyès en tono grave y solemne.

Y dijo De Marsay reanudando su relato:

—Esta palabra “¡señores!”, fué perfectamente comprendida; todas las miradas expresaron una misma fe, una misma promesa: la del más absoluto silencio, de una solidaridad completa en caso de que Bonaparte volviera triunfante.

—Todos sabemos lo que debemos hacer—añadió Fouché.

Sieyès descorrió el pestillo silenciosamente; su oído de cura le había sido muy útil. Luciano entró.

—¡Buena noticia, señores! Un correo de gabinete ha traído a la señora de Bonaparte una carta del Primer Cónsul; ha comenzado por una victoria en Montebello.

Los tres ministros se miraron.

—¿Ha sido una batalla general?—preguntó Carnot.

—No, un combate, donde Lannes se ha cubierto de gloria. Ha sido un combate sangriento. No disponiendo más que de diez mil hombres, ha sido atacado por diez y ocho mil; le ha salvado una división enviada en socorro suyo. Ott está en fuga. La línea de operaciones de Mélas ha sido cortada.

—¿Cuándo se ha efectuado el combate?—preguntó Carnot.

—El 8—dijo Luciano.

—¡Estamos a 13—repuso el inteligente ministro—; pues bien: según todas las apariencias, los destinos de Francia se juegan en el momento en

que nosotros estamos hablando. (En efecto, la batalla de Marengo comenzó el 14 de julio, con el alba.)

—¡Cuatro días de mortal espera!—dijo Luciano.

—¿Mortal?—repuso el ministro de Relaciones Exteriores fríamente y en tono interrogante.

—Cuatro días—dijo Fouché.

Un testigo ocular me ha asegurado que los dos cónsules no supieron esos detalles sino en el momento en que los seis personajes volvían a entrar en el salón. Eran las cuatro de la mañana. Fouché partió el primero. He aquí lo que hizo, con infernal y sorda actividad, ese genio tenebroso, profundo, extraordinario, poco conocido, pero que poseía seguramente un genio igual al de Felipe II, al de Tiberio y al de Borja. Su conducta, fuera del asunto de Walcheren, ha sido la de un militar consumado, de un gran político, de un administrador previsor. Es el solo ministro que tuvo Napoleón. Ustedes saben que llegó a causar miedo a Napoleón mismo. Fouché, Massena y el príncipe son los tres grandes hombres más extraordinarios, las cabezas más fuertes de la diplomacia, de la guerra y del Gobierno que yo he conocido. Si Napoleón los hubiera asociado francamente a su obra, no existiría Europa, sino un vasto Imperio francés. Fouché no se separó de Napoleón sino viendo a Sieyès y al príncipe de Talleyrand postergados. En el espacio de tres días, Fouché, ocultando la mano que removía las cenizas de esa hoguera, organizó aquella angustia general que abrumó a Francia y re-

animó la energía republicana de 1793. Como es necesario esclarecer este rincón obscuro de nuestra historia, les diré a ustedes que esta agitación par-tía de él, que tenía todos los hilos de la antigua Montaña, organizaba los complots republicanos, merced a los cuales la vida del Primer Cónsul estuvo amenazada después de su victoria de Marengo. La conciencia que él tenía del mal que originaba le dió fuerza para señalar a Bonaparte, a pesar de la opinión contraria de éste, a los republicanos como mezclados en esos complots más que los rea-listas. Fouché conocía admirablemente a los hom-bres; contaba con Sieyès por su ambición frustra-da, con el señor de Talleyrand, porque era un gran señor; con Carnot, a causa de su absoluta honra-dez; pero temía a nuestro hombre, al que ha esta-do aquí esta noche, y he aquí cómo se deshizo de él. Nadie más que Malin, el propio Malin, era por ese tiempo el confidente de Luis XVIII. El ministro de policía le obligó a redactar las proclamas del Go-bierno revolucionario, sus actas, a dictar sus de-tencciones y poner fuera de la ley a los facciosos del 18 de Brumario. Y más todavía: fué ese cómplice quien, a pesar suyo, hizo imprimir el número de ejemplares necesario y los tuvo preparados en far-dos en su casa. El impresor fué encarcelado como conspirador, pues se buscó un impresor revolucio-nario, y la policía no lo puso en libertad hasta dos meses después. Murió en 1816 creyéndose que se trataba de una conspiración de la Montaña. Una de las comedias más curiosas de las representadas

por la policía de Fouché es, sin duda alguna, la que dió lugar el primer correo recibido por el banquero más célebre de esta época, anunciándole que la batalla de Marengo había sido perdida. La suerte, como ustedes recuerdan, no se declaró en favor de Napoleón hasta las siete de la noche. Al mediodía, el agente enviado al teatro de la guerra por el rey de las finanzas de entonces vió al ejército francés como destrozado y se apresuró a enviar un correo. El ministro de la policía mandó llamar a los colocadores de carteles, a los pregoneros, y uno de sus confidentes llegó con un camión cargado de impresos cuando el correo de la noche, que había llegado apresuradamente, difundió la noticia del triunfo, que enloqueció verdaderamente a Francia. La noticia produjo pérdidas considerables en la Bolsa. Pero la multitud de fijadores de carteles y de los pregoneros que debían anunciar que Bonaparte había sido puesto fuera de la ley y su muerte política, sufrió una gran derrota y esperó a que se hubiera impreso la proclama, y el bando exaltaba la victoria del Primer Cónsul. Gondreville, sobre quien podía caer toda la responsabilidad del complot, sintió tal pánico, que metió los fardos en unas carretas y los envió durante la noche a Gondreville, donde sin duda enterró los funestos papeles en las cuevas del castillo, que había comprado bajo el nombre de cierto individuo... Le hizo nombrar presidente de un Tribunal imperial; se llamaba... ¡Marion! Después regresó a París a tiempo para cumplimentar al Primer Cónsul. Napoleón

acudió, como ustedes saben, con pasmosa celeridad de Italia a Francia, después de la batalla de Marengo; pero es cosa segura para los que conocen a fondo la historia secreta de ese tiempo, que su celeridad se debía a un mensaje de Luciano. El ministro del Interior entrevió la actitud del partido de la Montaña, y, sin saber de qué lado soplaba el viento, temía la tempestad. Incapaz de sospechar de los tres ministros, atribuía ese movimiento a los odios excitados por su hermano el 18 de Brumario y a la firme creencia, de la que participaban entonces los supervivientes de 1793, de una catástrofe irreparable en Italia. Las palabras "¡Muerte al tirano!", lanzadas en Saint-Cloud, resonaban siempre en los oídos de Luciano. La batalla de Marengo retuvo a Napoleón en los campos de Lombardía hasta el 25 de junio, y llegó a Francia el 2 de julio. Sin embargo, imagínense la cara de los cinco conspiradores felicitando en las Tullerías al Primer Cónsul por su victoria. Fouché, en el mismo salón, decía al tribuno: "Pues ese Malin que acaban ustedes de ver ha sido algo del tribunado, que esperase todavía que todo no estaba perdido." En efecto, Bonaparte no parecía a Talleyrand ni a Fouché tan leal como ellos a la Revolución, y sujetaban a Napoleón por propia seguridad con el asunto del duque de Enghien. La ejecución del príncipe se relacionaba, por ramificaciones visibles, con la que se había tramado en el palacio de Relaciones Exteriores durante la batalla de Marengo. Es cosa cierta hoy día para

quien ha conocido a personas bien informadas; está claro que Bonaparte fué engañado como un niño por Talleyrand y Fouché, que quisieron enemistarle irremisiblemente con la casa de Borbón, cuyos embajadores hacían entonces tentativas cerca del primer cónsul.

—Talleyrand, que estaba jugando su *whist* en casa de la señora de Luynes—dijo entonces uno de los personajes que escuchaban—, a las tres de la madrugada miró su reloj, interrumpió el juego y pidió súbitamente, sin transición, a sus tres compañeros, si el príncipe de Condé tenía algún hijo más que el señor duque de Enghien. Una pregunta tan absurda en boca del señor de Talleyrand, causó gran sorpresa. “¿Por qué nos pregunta lo que usted sabe tan bien?”—le dijeron—. “Para hacerles saber que la casa de Condé acaba en este momento.” Sin embargo, el señor de Talleyrand estaba en el palacio de Luynes desde el comienzo de la velada, y sabía sin duda que Bonaparte se hallaba en la imposibilidad de otorgar el perdón.

—Pero—dijo Rastignac a De Marsay—yo no veo en todo esto a la señora de Cinq-Cygne.

—¡Ah, es usted muy joven, querido! Olvidaba la conclusión: usted conoce el asunto del secuestro del conde de Gondreville, que causó la muerte de los Simeuse y del hermano mayor de Haute-se-rre, conde, y después marqués de Cinq-Cygne, por su matrimonio con la señorita de Cinq-Cygne.

Varios de los presentes, que desconocían esta

aventura, rogaron a De Marsay que la contara, y éste la refirió diciendo que los cinco desconocidos eran esbirros de la policía general del Imperio, encargados de hacer desaparecer los fardos de impresos que el conde de Gondreville había ido precisamente a quemar, creyendo que el Imperio se afirmaba.

—Yo sospecho que Fouché—dijo—hizo buscar al propio tiempo las pruebas de la correspondencia de Gondreville y de Luis XVIII, con quien se entendió siempre, aun durante el Terror. Pero en este espantoso asunto hubo pasión por parte del agente principal, que todavía vive, uno de esos subalternos insubstituíbles, y que se hizo notar por sus trabajos extraordinarios. Parece ser que la señorita de Cinq-Cygne le maltrató cuando él estuvo en el castillo a detener a los Simeuse. Así, pues, señora, ya conoce el secreto; ya puede usted explicárselo a la marquesa de Cinq-Cygne y hacerle comprender por qué Luis XVIII ha guardado silencio.

París, junio 1841.

FIN DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

	Págs.
Segunda parte: El desquite de Corentin.....	5
I.—Amor doble y único.....	5
II.—Un buen consejo.....	27
III.—Las circunstancias del asunto.....	43
IV.—La justicia en el año IV.....	55
V.—Detenidos	67
VI.—Vacilaciones de los defensores oficiosos.....	81
VII.—Marta comprometida.....	97
VIII.—La causa.....	105
IX.—Horrible peripecia.....	127
X.—El vivac del Emperador.....	139
XI.—Las tinieblas disipadas.....	159





COLECCIÓN UNIVERSAL

OBRAS PUBLICADAS

(Julio de 1919 a diciembre de 1920.)

- N.º 1, 2, 3 y 4.—**Poema del Cid**. Texto y traducción por Alfonso Reyes. 2 ptas.
- N.º 5 y 6.—Lope de Vega: **Fuente Ovejuna**. Comedia. Edición revisada por Américo Castro.—1 pta.
- N.º 7.—Kant: **La paz perpetua**. Ensayo filosófico. Traducción del alemán por F. Rivera Pastor.—50 cts.
- N.º 8, 9 y 10.—O. Goldsmith: **El Vicario de Wakefield**. Novela. Traducción del inglés por Felipe Villaverde.—1,50 pesetas.
- N.º 11, 12 y 13.—La Rochefoucauld: **Memorias**. Traducción del francés por Cipriano de Rivas Cherif.—1,50 ptas.
- N.º 14 y 15.—J. Ortega Munilla, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas**. Novelas breves.—1 pta.
- N.º 16.—P. Merimée: **Doble error**. Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—50 céntimos.
- N.º 17, 18, 19 y 20.—Stendhal: **Rojo y negro**. Novela. Tomo II. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—2 ptas.
- N.º 21, 22, 23 y 24.—Stendhal: **Rojo y negro**. Novela. Tomo II. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—2 ptas.
- N.º 25 y 26.—Goethe: **Las culpas de Werther**. Novela. Traducción del alemán por José Mor de Fuentes, revisada y corregida.—1 pta.
- N.º 27.—Antonio Machado: **Soledades, Galerías y otros poemas**.—Segunda edición.—50 cts.
- N.º 28 y 29.—Cervantes: **Novelas ejemplares**. Tomo I.—“La Gitanilla” y

"El amante liberal".—
1 pta.

N.º 30, 31, 32 y 33.—L. Andreiev: **Sachka Yegulev**. Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—2 ptas.

N.º 34 y 35.—C. Castello-Branco: **Dos novelas del Miño**. Traducción del portugués por F. Blanco Suárez.—1 pta.

N.º 36 y 37.—Cicerón: **Cuestiones académicas**. Traducción del latín por A. Millares.—1 pta.

N.º 38, 39 y 40.—Villalón: **Viaje de Turquía**. Tomo I. Edición de A. G. Solalinde.—1,50 pesetas.

N.º 41, 42 y 43.—Villalón: **Viaje de Turquía**. Tomo II. Edición de A. G. Solalinde.—1,50 pesetas.

N.º 44 y 45.—Vladimiro Korolenko: **El día del juicio**. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 peseta.

N.º 46 y 47.—Serafín Estébanez Calderón, "El Solitario": **Novelas y cuentos**.—1 pta.

N.º 48.—Leibnitz: **Opúsculos filosóficos**. Traducción por Manuel G. Morente.—50 cts.

N.º 49, 50 y 51.—Flutarcó: **Vidas paralelas**. Tomo I. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida.—1,50 ptas.

N.º 52, 53 y 54.—Abate Prévost: **Manón Lescaut**. Novela. Traduc-

ción del francés por Enrique de Mesa.—1,50 pesetas.

N.º 55 y 56.—Ruiz de Alarcón: **Los pechos privilegiados**. Comedia. Edición cuidada por Alfonso Reyes.—1 pta.

N.º 57.—Vélez de Guevara: **El Diablo Cojuelo**. Novela.—50 cts.

N.º 58, 59 y 60.—George Eliot: **Silas Marner**. Novela. Traducción del inglés por Isabel de Oyarzábal.—1,50 ptas.

N.º 61 y 62.—Alejandro Kuprin: **El Dios implacable**. Novelas. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.

N.º 63, 64 y 65.—Trindade Coelho: **Mis amores**. Cuentos. Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—1,50 ptas.

N.º 66, 67 y 68.—Madame de Staël: **Diez años de destierro**. Memorias. Traducción del francés por M. Azaña.—1,50 pesetas.

N.º 69 y 70.—Tirso de Molina: **El condenado por desconfiado**. Comedia. Edición de Américo Castro.—1 pta.

N.º 71.—Kant: **Lo bello y lo sublime**. Ensayos críticos. Traducción del alemán por A. Sánchez Rivero.—50 cts.

N.º 72 y 73.—Alfredo de Musset: **Cuentos**. Tomo I. Traducción del francés por L. Fernández Ardavin.—1 pta.

N.º 74 y 75.—Leopoldo

- Alas (Clarín): **El señor y lo demás son cuentos.** 1 pta.
- N.º 76 y 77.—L. Sterne: **Viaje sentimental.** Traducción del inglés por A. Reyes.—1 pta.
- N.º 78, 79 y 80.—Julio César: **Comentarios de la guerra de las Galias.** Traducción del latín por D. J. Goyá y Munlain, revisada y corregida.—1,50 ptas.
- N.º 81 y 82.—A. Chejov: **La sala número seis.** Cuentos. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 peseta.
- N.º 83 y 84.—Garcilaso de la Vega: **Poesías.**—1 pta.
- N.º 85.—C. Cornelio Tácito: **La Germania.** Traducción del latín por D. Alamos Barrientos, revisada y corregida.—**Diálogo de los oradores.** Traducción del latín por D. C. Sixto y D. J. Ezquerro, revisada y corregida.—50 cts.
- N.º 86, 87 y 88.—E. About: **El rey de las montañas.** Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—1,50 ptas.
- N.º 89 y 90.—A. Caron de Beaumarchais: **El barbero de Sevilla.** Comedia. Traducción del francés por J. I. Alberti y E. López Alarcón. 1 pta.
- N.º 91, 92 y 93.—J. Sandeau: **La señorita de la Seiglière.** Novela. Traducción del francés por Pedro Vances.—1,50 pesetas.
- N.º 94 y 95.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo II. "La española inglesa", "Rinconete y Cortadillo", "Licenciado Vidriera".—1 pta.
- N.º 96 y 97.—A. de Lamartine: **Graziella.** Novela. Traducción del francés por Juan José Llovet.—1 pta.
- N.º 98, 99 y 100.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo I. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—1,50 ptas.
- N.º 101, 102 y 103.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo II. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—1,50 ptas.
- N.º 104 y 105.—L. Andreiev: **Los espectros.** Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 106, 107 y 108.—Dante Alighieri: **El Convivio.** Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—1,50 ptas.
- N.º 109.—Francisco Herezeg: **Las hermanas Gyurkovics.** Historia familiar. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—50 cts.
- N.º 110, 111, 112 y 113.—Jane Austen: **Persuasión.** Novela. Traducción del inglés por M. Ortega Gasset.—2 ptas.
- N.º 114 y 115.—G. Flaubert: **Tres cuentos.** Traducción del francés por Luis Bello.—1 pta.
- N.º 116, 117 y 118.—A.

- Caron de Beaumarchais: **El casamiento de Figaro**. Comedia. Traducción del francés por E. López Alarcón.—**1,50 ptas.**
- N.º 119 y 120.—Fenelón: **La educación de las niñas**. Traducción del francés por María Luisa Navarro de Luzuriaga.—**1 pta.**
- N.º 121 y 122.—Máximo Gorki: **Varenka Olesova**. Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**
- N.º 123, 124 y 125.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos**. Tomo III y último. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**1,50 ptas.**
- N.º 126 y 127.—Agustín Moreto: **El lindo don Diego**. Comedia.—**1 pta.**
- N.º 128.—Robert Filmer: **Patriarcha o El poder natural de los Reyes**. Tratado político. Traducción del inglés por Pablo de Azcárate.—**50 cts.**
- N.º 129 y 130.—Plutarco: **Vidas paralelas**. Tomo II. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillis, revisada y corregida.—**1 peseta.**
- N.º 131, 132 y 133.—Carlos Nodier: **El hada de las migajas**. Cuento fantástico. Traducción del francés por Pedro Vances.—**1,50 ptas.**
- N.º 134, 135, 136 y 137.—Giovanni Verga: **Los Malasangre**. Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**2 ptas.**
- N.º 138 y 139.—Cervantes: **Novelas ejemplares**. Tomo III. "La fuerza de la sangre", "El celoso extremeño" y "La ilustre fregona".—**1 pta.**
- N.º 140.—Tomás Arnold: **Ensayos sobre Educación**. Traducción del inglés por Lorenzo Luzuriaga.—**50 cts.**
- N.º 141 y 142.—Leónidas Andreiev: **Dies irae**. Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**
- N.º 143 y 144.—Grazia Deledda: **Elías Portolu**. Novela. Traducción del italiano por Ecstaquio de Echauri.—**1 pta.**
- N.º 145.—Voltaire: **Memoorias**. Traducción del francés por M. Azaña.—**50 cts.**
- N.º 146, 147 y 148.—Trac keray: **Catalina**. Novela. Traducción del inglés por Mariano Alarcón.—**1,50 ptas.**
- N.º 149 y 150.—Goldoni: **La posadera**. Comedia. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**1 pta.**
- N.º 151, 152 y 153.—Víctor Hugo: **Bug-Jargal**. Novela. Traducción del francés por D. Dionisio Alcalá Galiano, revisada y corregida.—**1,50 pesetas.**
- N.º 154 y 155.—Torres Villarreal: **Vida**. Memorias. Tomo I.—**1 pta.**
- N.º 156, 157 y 158.—Mon-

- tesquieu: **Grandeza y decadencia de los romanos.** Traducción del francés por E. Bohigas. **1,50 ptas.**
- N.º 159 y 160.—Hauf: **Cuentos.** Traducción del alemán por C. Gallardo de Mesa.—**1 pta.**
- N.º 161 y 162.—Kuprin: **El brazalete de rubíes.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 peseta.**
- N.º 163 a 166.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo I. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**2 ptas.**
- N.º 167 y 168.—Teixeira de Queiroz: **Cuentos.** Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—**1 pta.**
- N.º 169 y 170.—A de Vigny: **Chatterton.** Drama. Traducción del francés por J. Robles. **1 pta.**
- N.º 171 a 173.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo IV y último. "La señora Cornelia", "Las dos doncellas" y "Coloquio de los Ferros".—**1,50 ptas.**
- N.º 174 y 175.—Torres Villarreal: **Vida.** Memorias. Tomo II y último. **1 pta.**
- N.º 176.—Eugenio d'Ors: **La Bien Plantada de Xenius.** Novela. Traducción del catalán por Rafael Marquina.—**50 céntimos.**
- N.º 177 a 180.—H. de Balzac: **Papá Goriot.** No-
- vela. Traducción del francés por J. de Zua-zagoitia.—**2 ptas.**
- N.º 181 y 182.—H. Taine: **Notas sobre Inglaterra.** Tomo I. Traducción del francés por L. Sánchez Cuesta.—**1 pta.**
- N.º 183 a 186.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo II. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**2 ptas.**
- N.º 187 y 188.—Molière: **El ricachón en la corte** (Le bourgeois gentilhomme). Comedia. Traducción del francés por J. I. de Alberti.—**1 pta.**
- N.º 189.—Gómez Carrillo: **Ciudades de ensueño.**—**50 céntimos.**
- N.º 190 a 192.—Chmelev: **El camarero.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1,50 pesetas.**
- N.º 193 y 194.—Fóscolo: **Últimas cartas de Jacobo Ortiz.** Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**1 pta.**
- N.º 195 a 198.—Anónimo catalán del siglo XV: **Curlal y Guelfa.** Novela. Tomo I. Traducción por Rafael Marquina.—**2 ptas.**
- N.º 199 y 200.—Kóbor: **Budapest.** Novela. Tomo I. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—**1 pta.**
- N.º 201 y 202.—Kóbor: **Budapest.** Novela. Tomo II y último. Tra-

- ducción del húngaro por Andrés Révész.—1 peseta.
- N.º 203 y 204.—Chejov: **Historia de mi vida.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 peseta.
- N.º 205.—Stevenson: **El extraño caso del Doctor Jekyll y mister Hyde.** Novela. Traducción del inglés por José Torroba.—50 cts.
- N.º 206 y 207.—Anónimo catalán del siglo XV: **Curial y Guelfa.** Novela. Tomo II y último. Traducción por Rafael Marquina.—1 pta.
- N.º 208 a 211.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo III. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—2 ptas.
- N.º 212 y 213.—Webster: **La Duquesa de Malfi.** Drama. Traducción del inglés por E. Díaz Canejo.—1 pta.
- N.º 214.—Heine: **Memoorias.** Traducción del alemán por Manuel M. Pedroso.—50 cts.
- N.º 215 a 217.—H. Taine: **Notas sobre Inglaterra.** Tomo II y último. Traducción del francés por L. Sánchez Cuesta.—1,50 ptas.
- N.º 218 a 220.—Balzac: **Eugenia Grandet.** Novela. Traducción del francés por J. Alvarez Pastor.—1,50 ptas.
- N.º 221 a 223.—Barbey D'Aureville: **La hechizada.** Novela. Traducción del francés por Rafael Sánchez Ocaña.—1,50 ptas.
- N.º 224 y 225.—Daudet: **Tartarín de Tarascón.** Novela. Traducción del francés por Felipe Villaverde.—1 pta.
- N.º 226 a 228.—M. d'Aze-glio: **Héctor Fieramosca.** Novela. Tomo I. Traducción del italiano por José Ignacio de Alberti.—1,50 ptas.
- N.º 229 y 230.—F. de Rojas: **Del rey abajo, ninguno.** Comedia.—1 pta.
- N.º 231.—E. About: **La nariz de un notario.** Novela. Traducción del francés por Pablo Perales.—50 cts.
- N.º 232 a 234.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo IV y último. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—1,50 ptas.
- N.º 235 y 236.—G. Verga: **La vida en los campos.** Novelas cortas. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—1 pta.
- N.º 237 a 240.—Cervantes: **Los trabajos de Persiles y Sigismunda.** Historia setentrional. Tomo I.—2 ptas.
- N.º 241 a 243.—Cervantes: **Los trabajos de Persiles y Sigismunda.** Historia setentrional. Tomo II y último.—1,50 pesetas.
- N.º 244 y 245.—Goethe: **Clavijo.** Drama. Traducción del alemán por

radoja del comediente.
Ramón María Tenreiro.
1 pta.

N.º 246 y 247.—M. d'Aze-
glio: **Héctor Fieramos-
ca.** Novela. Tomo II y
último. Traducción del
italiano por José Igna-
cio de Alberti.—1 pta.

N.º 248.—Gorki: **Malva y
otros cuentos.** Traduc-
ción del ruso por N. Ta-
sin.—50 cts.

N.º 249 a 252.—Ecker-
mann: **Conversaciones
con Goethe.** Tomo I.
Traducción del alemán
por José Pérez Bances.
2 ptas.

N.º 253 y 254.—Barbey
d'Aureville: **El caba-
llero Des Touches.** No-
vela. Traducción del
francés por Juan José
Llovet.—1 pta.

N.º 255 a 258.—Plutarco:
Vidas paralelas. To-
mo III. Traducción del
griego por Antonio
Ranz Romanillos, revi-
sada y corregida.—2
pesetas.

N.º 259 y 260.—Gaskell:
Mi prima Filis. Novela.
Traducción del inglés
por Pablo Martínez
Strong.—1 pta.

N.º 261 y 262.—N. Gar-
rín: **La primavera de
la vida.** Novela. Tra-
ducción del ruso por
N. Tasin.—1 pta.

N.º 263 y 264.—D'Alem-
bert: **Discurso preli-
minar de la Enciclopedia.**
Traducción del francés
por F. Rivera Pastor.—
1 pta.

N.º 265 a 268.—Ecker-
mann: **Conversaciones**

N.º 308.—Diderot: **La pa-
con Goethe.** Tomo II.
Traducción del alemán
por José Pérez Bances.
2 pesetas.

N.º 269.—Heine: **Cuadros
de viaje.** Tomo I. Tra-
ducción del alemán por
Manuel M. Pedroso.—
50 céntimos.

N.º 270 y 271.—Shakes-
peare: **La tragedia de
Mácbeth.** Drama. Tra-
ducción del inglés por
Luis Astrana Marín.—
1 peseta.

N.º 272 a 274.—Cherbu-
liez: **El conde Kostia.**
Novela. Tomo I. Tra-
ducción del francés por
Nicolás González Ruiz.
1,50 pesetas.

N.º 275 a 277.—Lamarti-
ne: **Rafael.** Novela. Tra-
ducción del francés por
Félix Lorenzo.—1,50 pe-
setas.

N.º 278 a 280.—Fogazza-
ro: **Daniel Cortis.** No-
vela. Tomo I. Traduc-
ción del italiano por Ci-
priano Rivas Cherif.—
1,50 pesetas.

N.º 281 y 282.—Cherbu-
liez: **El conde Kostia.**
Novela. Tomo II y úl-
timo. Traducción del
francés por Nicolás
González Ruis.—1 pta.

N.º 283 a 286.—Ecker-
mann: **Conversaciones
con Goethe.** Tomo III
y último. Traducción
del alemán por José Pé-
rez Bances.—2 ptas.

N.º 287 y 288.—Oscar
Wilde: **El abanico de
lady Windermere.** Co-
media. Traducción del

- inglés por Ricardo Baeza.—1 pta.
- N.º 289 a 291.—Claude Tillier: **Mi tío Benjamín**. Novela. Traducción del francés por Valentín de Pedro.—1,50 ptas.
- N.º 292 y 293.—Schiller: **La educación estética del hombre, en una serie de cartas**. Traducción del alemán por Manuel G. Morente.—1 peseta.
- N.º 294 a 297.—L. Apuleyo: **La metamorfosis o el asno de oro**. Novela. Traducción atribuida a Diego López de Cortegana.—2 ptas.
- N.º 298.—E. About: **Casamientos parisienses**. Tomo I. Traducción del francés por Pablo Perales.—50 cts.
- N.º 299 y 300.—Fogazzaro: **Daniel Cortis**. Novela. Tomo II y último. Traducción del italiano por C. Rivas Cherif.—1 pta.
- N.º 301 y 302.—A. Chejov: **Los campesinos**. Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—1 pta.
- N.º 303 a 305.—Plutarco: **Vidas paralelas**. Tomo IV. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida.—1,50 ptas.
- N.º 306 y 307.—Sedaine: **El filósofo sin saberlo**. Comedia. Traducción del francés por José Ignacio de Alberti.—1 pta. Comedia. Traducida del
- Traducción del francés por Ricardo Baeza.—50 céntimos.
- N.º 309 a 311.—M. Ugar-te: **Cuentos de la Pam-pa**.—1,50 ptas.
- N.º 312 y 313.—C. Dickens: **El grillo del hogar**. Novela. Traducción del inglés por Manuel Ortega Gasset.—1 pta.
- N.º 314 a 317.—P. Mérimée: **Crónica del reinado de Carlos IX**. Traducción del francés por Nilo Fabra.—2 ptas.
- N.º 318 a 320.—E. y J. Goncourt: **Renata de Maupérin**. Novela. Traducción del francés por E. de Echaurí.—1,50 pesetas.
- N.º 321 y 322.—L. Andreiev: **Las tinieblas y otros cuentos**. Novelas breves. Traducidas del ruso por N. Tasin.—1 peseta.
- N.º 323 a 325.—Plutarco: **Vidas paralelas**. Tomo V. Traducción del griego de D. Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida.—1,50 pesetas.
- N.º 326 y 327.—M. Jokay: **La rosa amarilla**. Novela. Traducida del húngaro por Andrés Révész.—1 pta.
- N.º 328 a 330.—Thackeray: **El viudo Lovel**. Novela. Traducida del inglés por Manuel Ortega Gasset.—1,50 ptas.
- N.º 331 y 332.—Oscar Wilde: **La importancia de llamarse Ernesto**.

inglés por Ricardo Baeza.—1 pta.

N.º 333 a 335.—Teófilo Gautier: **Viaje por España**. Tomo I. Traducido del francés por Enrique de Mesa.—1,50 pesetas.

N.º 336.—Alfredo de Musset: **Cuentos**. Tomo II. Traducido del francés por L. Fernández Ardevín.—50 cts.

N.º 337 a 340.—Miguel de Cervantes Saavedra: **Don Quijote de la Mancha**. Tomo I.—2 ptas.

N.º 341 a 343.—Fedor Sologub: **El trasgo**. Novela. Traducida del ruso por N. Tasin.—1,50 pesetas.

N.º 344 y 345.—Ibsen: **Juan Gabriel Borkman**. Drama. Traducido del inglés por Ricardo Baeza.—1 pta.

N.º 346 a 348.—Teófilo Gautier: **Viaje por Es-**

paña. Tomo II y último. Traducido del francés por Enrique de Mesa.—1,50 ptas.

N.º 349 a 351.—Eckmann-Chatrian: **El amigo Fritz**. Novela. Traducida del francés por Francisca Bohigas.—1,50 ptas.

N.º 352 a 355.—Miguel de Cervantes Saavedra: **Don Quijote de la Mancha**. Tomo II.—2 ptas.

N.º 356 y 357.—Alfonso Daudet: **Cuentos del lunes**. Traducido del francés por Fernando G.^a Vela.—1 pta.

N.º 358 y 359.—Carlos Baudelaire: **Poemas en prosa**. Traducido del francés por Enrique Díez Canedo.—1 pta.

N.º 360.—Javier de Maistre: **La joven siberiana**. Novela. Traducida del francés por Ceferino Falencia Tubau.—50 cts.

PUBLICACIONES CALPE

BIBLIOTECA DEL ELECTRICISTA PRÁCTICO

Gran enciclopedia de Electricidad

LA MAS MODERNA, MAS CLARA, MAS CONCISA,
MAS COMPLETA, MAS ECONOMICA, MAS MANUABLE
Y MAS PRIMOROSAMENTE ILUSTRADA DE CUAN-
TAS SE HAN PUBLICADO HASTA HOY

**OBRA SUMAMENTE PRACTICA Y ORIGINAL
REDACTADA POR AUTORES ESPECIALISTAS**

bajo la dirección de

D. RICARDO CARO Y ANCHÍA

*Licenciado en Ciencias fisicomatemáticas, oficial
de Telégrafos y profesor de Electrotecnia y te-
legrafía en la Escuela Industrial de Tarrasa.*

Biblioteca ideal para cuantas personas intervengan en la
electricidad y sus aplicaciones, pues enseña con admirable
claridad todos los conocimientos relacionados con tan im-
portantísima ciencia.

Consta de 30 preciosos tomos, encuadrados en tela, con
unas 5.000 páginas en total, cerca de 1.500 hermosos gra-
bados y muchas láminas en negro y colores.

Ingenieros industriales, Mecánicos, Electricistas, Contra-
maestres, Conductores de máquinas, Fabricantes, Indus-
triales, Maquinistas y Obreros de Centrales eléctricas,
Empleados de Compañías de Electricidad y Telefónicas,
Funcionarios del Cuerpo de Telégrafos, Peritos industria-
les, Alumnos de las Escuelas Superiores, Metalúrgicos,
Doradores, Plateadores, Constructores de máquinas, Ins-
taladores de Electricidad, Maquinistas y Telegrafistas de
buques, etc., encontrarán en estos interesantes volúmenes
materia abundantísima de estudio y consulta.

TOMOS QUE COMPRENDE

	Ptas.
I.—Electricidad y magnetismo.	3
II.—Corrientes alternas, Unidades.	3,50
III.—Pilas eléctricas.	3
IV.—Dinamos de corriente continua.	3,50
V.—Motores de corriente continua.	3
VI.—Alternadores.	3,50
VII.—Motores de corriente alternativa.	3
VIII.—Transformadores y convertidores.	3,50
IX.—Devanados.	4
X.—Reóstatos industriales.	3,50
XI.—Acumuladores.	3
XII.—Averías en las máquinas eléctricas.	3
XIII.—Líneas eléctricas.	3,50
XIV.—Transporte y distribución de la energía eléctrica.	3
XV.—Pararrayos.	3,50
XVI.—Centrales eléctricas.	3,50
XVII.—Contadores de electricidad.	3
XVIII.—Mediciones de laboratorio.	3,50
XIX.—Mediciones eléctricas de taller.	3
XX.—Instalaciones eléctricas.	3
XXI.—Electroquímica.	3
XXII.—Galvanoplastia y galvanostegia.	3
XXIII.—Electrometalurgia.	3
XXIV.—Lámparas eléctricas.	3
XXV.—Telegrafía.	4
XXVI.—Timbres y teléfonos.	3,50
XXVII.—Centrales telefónicas.	3,50
XXVIII.—Telegrafía y telefonía sin hilos.	3,50
XXIX.—Tranvías y ferrocarriles eléctricos.	3,50
XXX.—Electroterapia y Rontgenología.	3,50

PRECIO DE LA COLECCION, **90 pesetas**
A PLAZOS O AL CONTADO:

VENTAJA A LOS SUSCRIPTORES A TODA LA COLECCIÓN

Los suscriptores a 30 volúmenes de que consta la obra disfrutarán del precio excepcional de 90 pesetas la colección, mediante firma del contrato que facilita la Compañía editora, con lo cual se benefician de la notable diferencia que existe entre el precio de la obra completa y lo que suman los precios fijados para los volúmenes sueltos.



La famosa colección, útil y económica,
:- de conocimientos enciclopédicos :-

MANUALES GALLACH

abarca todas las ciencias, las artes, los oficios y las aplicaciones prácticas; sus volúmenes describen asuntos de interés para grandes y pequeños, para literatos y artistas, para obreros y hombres de estudio, para artesanos y comerciantes, y su precio está al alcance de todos.

Llevamos publicados más de 100 números, y continuamente
—: damos a luz nuevos e interesantísimos temas —: :

PÍDANOS USTED LA LISTA DE TOMOS PUBLICADOS; LE GUSTARÁ CONOCERLA

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen veinte números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de **CIN-
CUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 400 números publicados desde julio de 1919
— a febrero de 1921 contienen obras de —

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOU-
CAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMEE, STE-
VENSON, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVAN-
TES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLA-
LON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIBNITZ,
PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VE-
LEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO,
MME. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN,
STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO,
ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE,
D'AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT,
FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA,
ARNOLD, G. DELEDDA, HAUFF, VOLTAIRE, THACKE-
RAY, GOLDONI, VICTOR HUGO, TORRES VILLARROEL,
DOZY, TEIXEIRA DE QUEIROZ, MONTESQUIEU, VIGNY,
BALZAC, TAINE, EUGENIO D'ORS, MOLIERE, GOMEZ
CARRILLO, CHMELEV, FOSCOLO, KOBOR, WEBSTER,
HEINE, D'AUREVILLY, DAUDET, F. DE ROJAS, GAS-
KELL, ECKERMANN, N. GARIN, D'ALEMBERT, SHA-
KESPEARE, CHERBULIEZ, FOGAZZARO, OSCAR WILDE,
TILLIER, APULEYO y SCHILLER

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.
MADRID SAN MATEO, 13